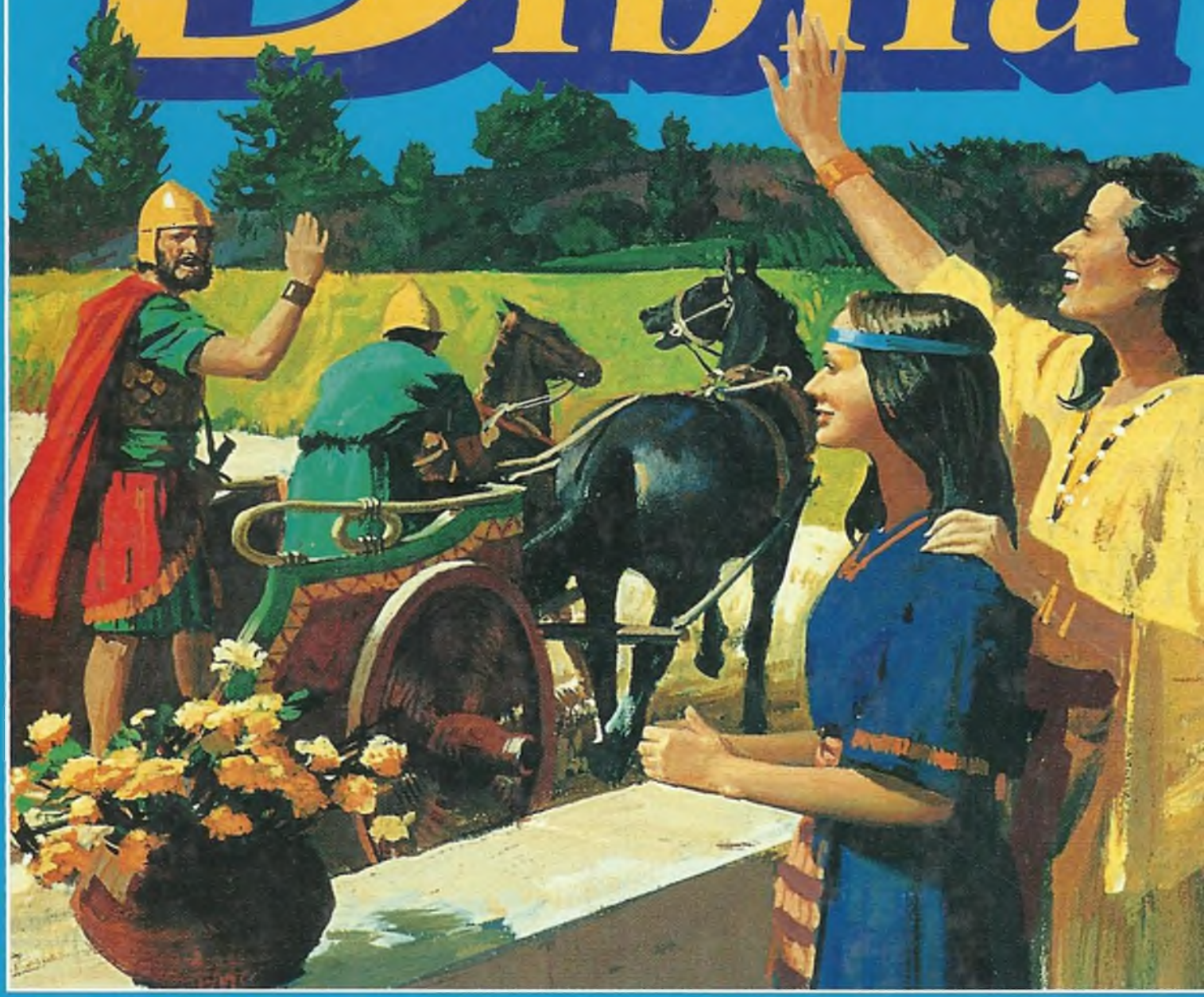
Las Bellas Historias de la Biblia



ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia

Grandes Hombres de Dios

(Desde Elías hasta la caída de Jerusalén)

TOMO V

Las Bellas Historias de la Biblia

Grandes Hombres de Dios ✦ Tomo Cinco

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009, by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994, by the Review and Herald Publishing Association.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de su contenido literario o pictórico debe ser reproducido sin permiso de los editores.

OFFSET IN KOREA

Bajo la conducción de sabios maestros en las escuelas de las sinagogas, las niñas y los niños hebreos recibían la instrucción moral y la enseñanza práctica que los haría buenos líderes.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias de Elías

1 Reyes 17:1 a 2 Reyes 2:15

1. El niño con un nombre maravilloso....9
2. El mensajero de Dios....12
3. Alimentado por cuervos....16
4. La vasija que nunca se vació....21
5. Fuego del cielo....26
6. La nube como una mano....35
7. Un suave murmullo....38
8. El viñedo robado....44
9. Se cumple la profecía de Elías....48
10. El destino de los tres capitanes....51
11. El carro ardiente del cielo....55

Segunda Parte: Historias de Eliseo

2 Reyes 2:16 a 13:20

1. Los muchachos malos y los osos 63
2. El valle de las zanjas rojas 66
3. Las misteriosas vasijas de la madre 69
4. La bondad recompensada 74
5. La pequeña criada fiel 79
6. El codicioso Guiezi 86
7. El ejército secreto de Eliseo 89
8. Cuatro sorprendidos leprosos 93
9. Haciendo que el hierro flote 98
10. Flechas de liberación 102

Tercera Parte: Historias de Conflicto y Bendición

2 Reyes 13:21 a 16:20; 2 Crónicas 17:1 a 31:21

1. El coro que ganó una batalla 107
2. Un bebé escondido en el templo 111
3. El niño con una alcancía 115
4. El rey que contrajo lepra 119
5. La liberación de los cautivos 123
6. Dos semanas maravillosas 127
7. Gran gozo en Jerusalén 133
8. Montones y montones de bendiciones 137

Cuarta Parte: Historias de Reyes y Profetas

2 Reyes 17:1 a 25:30; 2 Crónicas 32:1 a 36:21; Isaías; Jeremías; Lamentaciones

1. La causa de la caída de Israel 143
2. Un joven de visión 147
3. Un ángel al rescate 154
4. El sol retrocede 160
5. Visitantes de Babilonia 163
6. El niño-rey malo 167
7. El niño-rey bueno 170
8. El llamado a Jeremías 177
9. La última oportunidad de Judá 180
10. Sacado de la cisterna 184
11. Jerusalén es capturada 190

PRIMERA PARTE

Historias de

Elías

(1 Reyes 17:1 a 2 Reyes 2:15)

El niño con un nombre maravilloso

(1 Reyes 17:1)

NO mucho después que murió el rey Salomón, nació un niñito en la tierra de Galaad, al este del río Jordán. La Biblia no dice nada acerca de sus padres, ni siquiera menciona sus nombres. Pero deben haber sido muy buena gente, porque llamaron a su precioso hijito Elías, que significa "El Señor es mi Dios". No hay duda de que sus padres lo dedicaron a Dios desde el nacimiento, y oraron para que creciera como un valiente y noble campeón de la verdad y la justicia.

De vez en cuando, en su pequeño hogar, lejos de Jerusalén, se enteraban de las cosas terribles que ocurrían en la ciudad santa. La adoración a los ídolos que habían introducido las esposas de Salomón se habían diseminado por todo Israel y Judá. Pero los padres de Elías tenían la firme determinación de que, sin importar las circunstancias, ellos permanecerían leales al Señor, el Dios de Abraham, Isaac, Jacob y David.

Mientras Elías crecía, algunas personas se ponían de parte del Dios del cielo y, otras, de parte de los dioses paganos. In-

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

En medio de la idolatría y la maldad de Israel, los padres de Elías le enseñaron a adorar al Dios verdadero, y el Señor lo llamó para que fuera uno de los grandes profetas de su pueblo.

cluso se decía que Jeroboán, el nuevo rey de Israel, había mandado a hacer becerros de oro y le había dicho al pueblo que esos eran los dioses que los habían sacado de Egipto.

Al hablar con otros chicos que conocía, Elías sabía que algunos de ellos dirían: "Nosotros adoramos a Baal: él es el mejor dios"; y otros: "A nosotros nos gusta Astarté; tendrías que ver lo que se hace ante ese dios". E incluso otros: "Nosotros vamos al templo de Moloc; las cosas son mucho más emocionantes allí". Pero Elías les decía con mucho valor: "El Señor es mi Dios".

Cuanto más veía el mal que se hacía en nombre del culto de los ídolos, tanto más seguro estaba de que se hallaba en lo correcto. ¿Cómo podía la gente estar tan ciega y tan extraviada, se preguntaba él, como para pensar que a Dios le agradaba toda esa maldad? ¿Cómo podían creer que él quería que se quemaran niñitos como sacrificios, como se hacía en el templo de Moloc? Todo aquello estaba tan mal, era tan decididamente perverso, que resolvió consagrar su vida y todo lo que poseía a la tarea de enseñar a la gente acerca del Dios verdadero.

Cuando hablaba con otros muchachos y niños, al mezclarse con la gente en el mercado de la aldea, o solo en la ladera de la montaña, se repetía una y otra vez: "El Señor es mi Dios, el Señor es mi Dios".

Su nombre llegó a ser parte de sí mismo. Y las personas llegaron a conocerlo como el joven extraño que odiaba a los ídolos y adoraba al Dios del cielo. Decían que no estaba a la moda y se había quedado en el tiempo. Le decían que no llegaría a ninguna parte en la vida si conservaba esas ideas tan tontas.

Pero Dios lo tenía muy presente. Aquí había un muchacho a quien el Señor podía usar. ¡Aquí estaba el campeón a quien él buscaba!

¡Y qué destino era el suyo!

Hoy, casi 3.000 años más tarde, "el Señor recorre con su mirada toda la tierra, y está listo para ayudar a quienes le son fieles".* Por doquiera sus oídos prestan atención, esperando ávidamente las preciosas palabras de lealtad: "¡El Señor es mi Dios!" ¡Benditos sean los muchachos y las niñas que las pronuncian con corazones llenos de amor! ¡Cuánto hará Dios por ellos, aquí y en el más allá!

Tú también puedes ser un muchacho –o una niña– con un nombre maravilloso. Haz la misma decisión que hizo Elías. Di ahora mismo: "El Señor es mi Dios", y vive de acuerdo con eso.

---

* 2 Crónicas 16:9.

El mensajero de Dios

(1 Reyes 17:1; 18:10)

LEJOS de las ciudades de Judá e Israel, en la desierta y escarpada región de Galaad, Elías se iba convirtiendo en un hombre. Al igual que Juan el Bautista, que vivió en el mismo lugar años después, no conocía ninguna de las comodidades de la vida. Escaseaba la comida. La vestimenta era difícil de obtener. Lo que más le encantaba era hablar con Dios.

Muchas veces debe haberse preguntado por qué Dios no había hecho algo para eliminar toda la maldad del país. Muchas veces debe haber mirado al cielo y exclamado: "¿Durante cuánto tiempo más, Señor, seguirán las cosas así?"

Por fin, Dios habló, como él lo hace siempre cuando llega el momento. Le pidió a Elías que fuera a ver a Acab, que en ese momento era rey de Israel, para decirle que, debido a sus pecados, sobrevendría una gran sequía en el país. No habría ni lluvia ni rocío por años.

No era un mensaje agradable para llevar a un rey, pero sin temor Elías salió para comunicarlo. Sin considerar por un momento el peligro que corría, marchó por los senderos de la mon-

taña hasta Samaria, donde Acab había establecido su nueva capital y edificado un templo a Baal.

Al llegar a la ciudad, caminó por calle principal llena de gente que conducía al palacio ubicado en la colina. Pasando junto a los guardias que vigilaban la puerta, entró en la sala, donde el rey estaba sentado en su trono, rodeado de muchos cortesanos.

Rápidamente, todos los ojos se volvieron al forastero que había aparecido de improviso ante ellos. ¿Quién era ese hombre vestido de rústico manto de pelaje y cinturón de cuero? ¿Qué estaba haciendo en la corte del rey?

Pronto resonó en los oídos de los allí reunidos la voz del profeta, sonora y poderosa:

–"Tan cierto como que vive el Señor, Dios de Israel, a quien yo sirvo, te juro que no habrá rocío ni lluvia en los próximos años, hasta que yo lo ordene".

No se nos dice lo que ocurrió después. Pero se debe haber generado una gran confusión.

–"¿Está loco este hombre? –bien pudo haber preguntado Acab–. ¿Piensa él que puede dominar la lluvia y el rocío? ¿Cree que su Dios es más poderoso que Baal?"

Los cortesanos rieron ante la ocurrencia de Acab, burlándose de Elías mientras este se dirigía hacia la puerta y desaparecía.

Pero la advertencia del profeta no era para chistes. El tiempo de sequía comenzó, tal como lo predijo. Día tras días el solo hería la tierra reseca, resplandeciendo en un cielo sin nubes. No había rocío de noche ni lluvia de día. Pronto, todo el campo se puso amarillo y se marchitó.

No podía verse ni un solo pastito. El ganado vagabundeaba de aquí para allá buscando algo para comer. Se secaron las corrientes de agua. El nivel del agua de los pozos seguía descendiendo en forma alarmante a medida que el otoño se iba sin traer la esperada lluvia. La tierra casi no se podía arar. Los agricultores sembraron las semillas que habían guardado de la escasa cosecha anterior, pero apenas comenzaba a crecer, se marchitó.

El invierno llegó y se fue, pero sin lluvia. Las personas miraban las nubes con esperanza, pero pasaban sin dejar rastros de humedad. La cosecha de primavera no apareció.

El ganado comenzó a morir por centenares. Los cadáveres de vacas, ovejas y cabras estaban sin enterrar, listos para que los buitres y otras aves de rapiña los devoraran.

Todos estaban afligidos, desde el rey en su palacio hasta el agricultor más humilde en las colinas. Todos sabían que los esperaba hambre y ruina. Pero en lugar de orar a Dios, se volvieron a Baal, a Astarté y a Moloc.

–¡Mándanos lluvia! –clamaban a sus ídolos, pero no hubo lluvia.

El Mensajero De Dios

Pasó otro verano ardiente, otro otoño abrasador, otro invierno seco de nubes pasajeras. ¿No terminaría alguna vez esta sequía terrible?, se preguntaba la gente. Palestina, ¿llegaría a convertirse en un desierto?

Muchas veces, el rey Acab buscó al hombre que había venido a verlo en su palacio: el hombre que pretendía ser profeta de Jehová y que dijo que no habría rocío ni lluvia a menos que él lo dijera. Quizá él supiera cómo controlar el tiempo. Tal vez poseía el poder de evitar que cayera lluvia sobre la tierra. ¿Dónde estaba? Debía ser encontrado. Había que obligarlo a quebrar el hechizo que había lanzado sobre el país.

Así que Acab puso precio a la cabeza de Elías y dio la orden de que fuera traído a Samaria inmediatamente. Pero nadie podía encontrarlo. Había desaparecido. Desesperándose cada vez más, el rey envió mensajero a Egipto, a Siria, a Mesopotamia, para que buscaran a Elías. De hecho, no había "nación ni reino" adonde no hubieran ido en su búsqueda.

Todos los mensajeros regresaban con las mismas noticias. Habían fracasado en su misión. No existía rastro de Elías por ninguna parte. Nadie lo había visto ni había oído de él.

–¿Dónde puede estar este hombre? –rugió Acab–. Debe estar en alguna parte. ¡Traten de encontrarlo!

Pero no podían. Sin embargo, no se encontraba lejos. Dios sabía dónde estaba todo el tiempo.

Alimentado por cuervos

(1 Reyes 17:2-9)

CUANDO Elías abandonó el palacio de Acab, Dios le dijo:

–"Sal de aquí hacia el oriente, y escóndete en el arroyo de Querit, al este del Jordán. Beberás agua del arroyo, y yo les ordenaré a los cuervos que te den de comer allí".

Elías conocía muy bien el torrente de Querit. Es probable que, en su niñez, haya jugado en sus barrancas. Recordaba a los cuervos y sabía dónde hacían sus nidos.

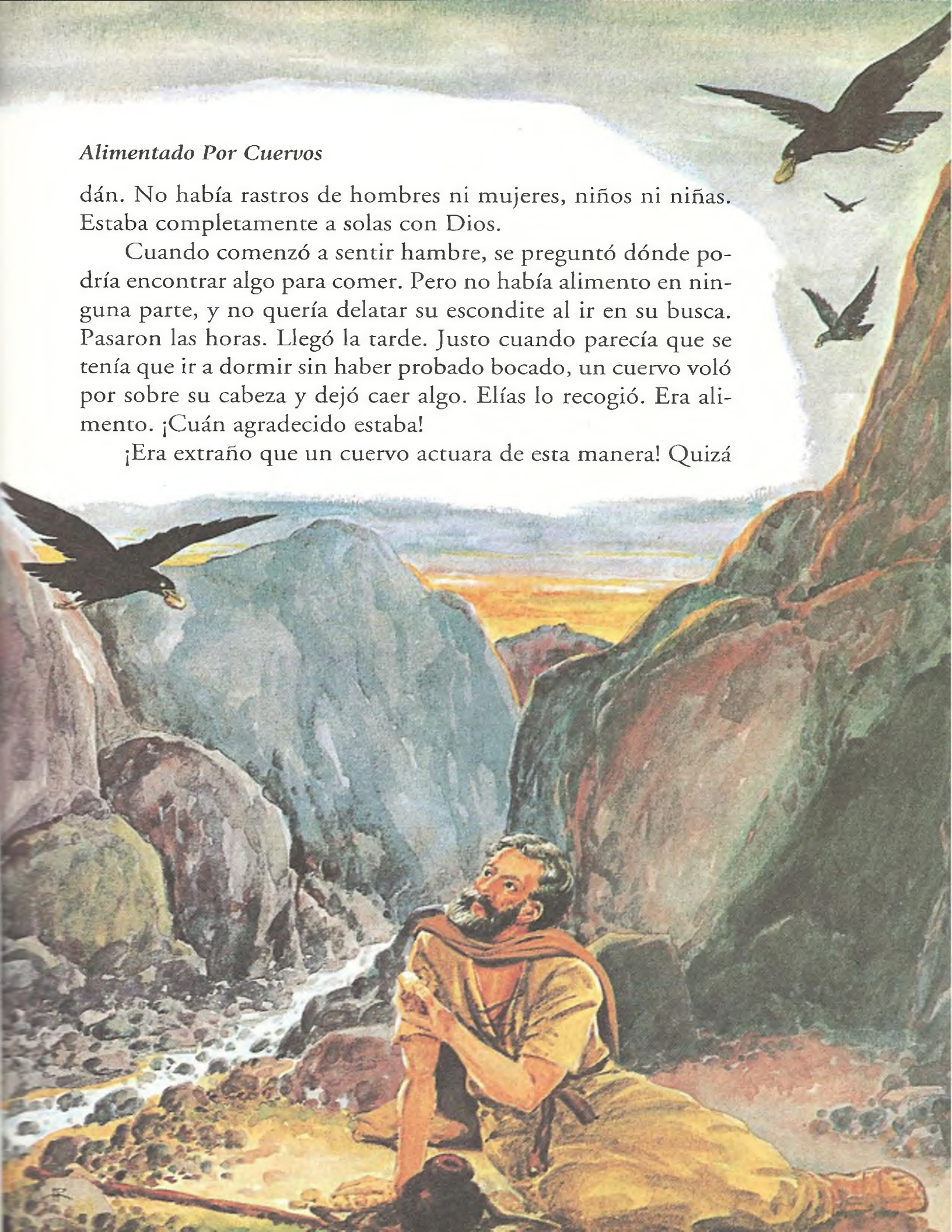
Fue un largo y agotador viaje cruzar la región que se extendía más allá del Jordán, pero finalmente Elías encontró el agreste cañón en medio de las montañas que Dios había mencionado. Siguió el hilo de agua que corría a lo largo del fondo del barranco, hasta que llegó a una cueva, o roca colgante, donde se detuvo para descansar. Tenía la certeza de que Acab nunca lo encontraría allí.

Era un lugar solitario, desolado y silencioso, salvo por el graznido distante de los cuervos o el canto del arroyo mientras su corriente saltaba sobre las rocas y las piedritas rumbo al Jor-

dán. No había rastros de hombres ni mujeres, niños ni niñas. Estaba completamente a solas con Dios.

Cuando comenzó a sentir hambre, se preguntó dónde podría encontrar algo para comer. Pero no había alimento en ninguna parte, y no quería delatar su escondite al ir en su busca. Pasaron las horas. Llegó la tarde. Justo cuando parecía que se tenía que ir a dormir sin haber probado bocado, un cuervo voló por sobre su cabeza y dejó caer algo. Elías lo recogió. Era alimento. ¡Cuán agradecido estaba!

¡Era extraño que un cuervo actuara de esta manera! Quizá



había sido un accidente. Pero no; no podía ser, porque llegó otro, y otro, dejando caer algún bocado escogido que normalmente habría comido.

Cuando Elías miró hacia arriba, y vio el alimento que caía como del cielo, recordó la promesa de Dios de que ordenaría a los cuervos que lo alimentaran. Su corazón rebosaba de gratitud. "El Señor es mi Dios –bien puede haber dicho–. ¡Maravilloso Dios!"

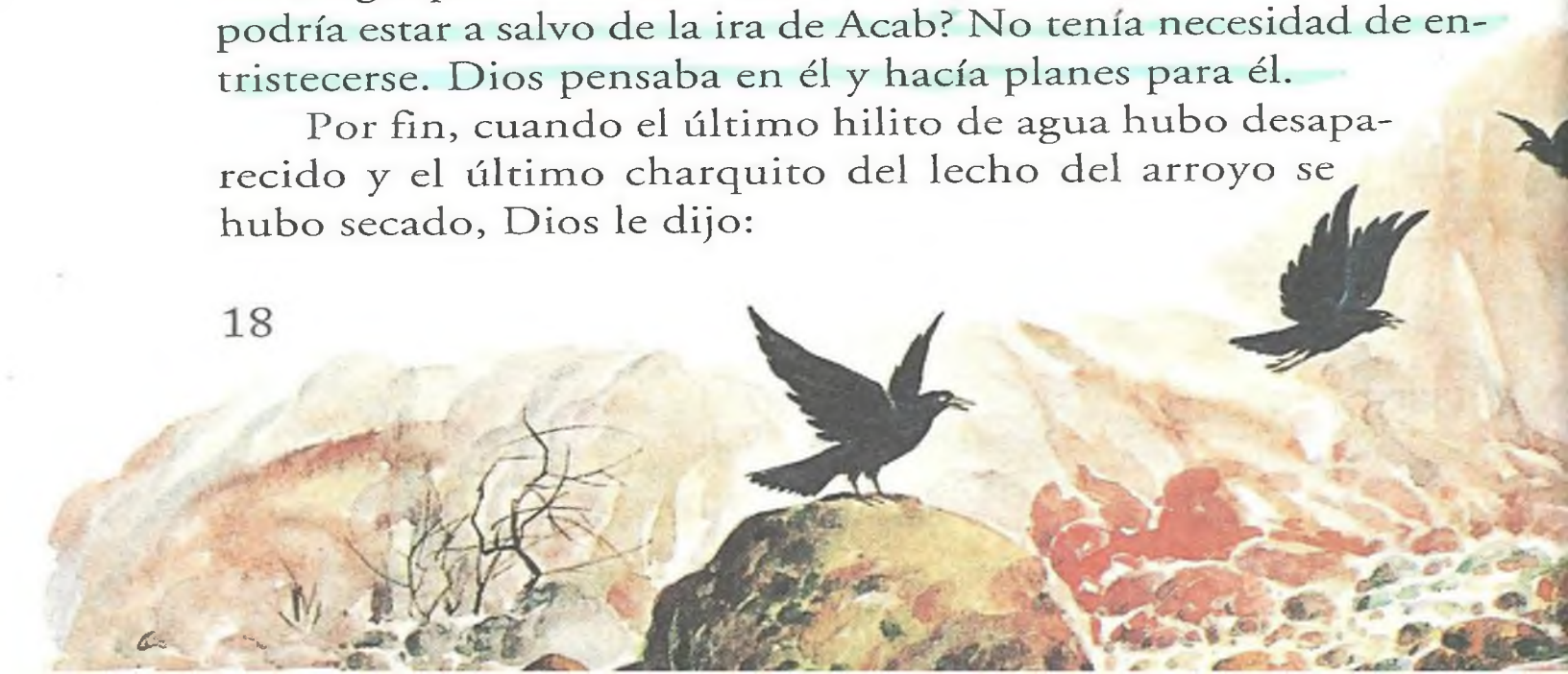
Por la mañana ocurrió lo mismo. Cuando el sol se elevó sobre los muros de la barranca, los cuervos pasaron volando bajo, y dejaron car las pequeñas ofrendas de alimento para este hombre que era amigo de Dios.

"Por la mañana y por la tarde los cuervos le llevaban pan y carne, y bebía agua del arroyo". Día tras día continuaba ocurriendo esta maravilla, y Elías se admiraba más y más de la bondad que Dios le mostraba al cuidarlo con tanta fidelidad.

Gran parte del tiempo la pasaba junto al arroyo, donde el agua fresca lo ayudaba a soportar el terrible calor. Gradualmente notó que la corriente se hacía cada vez más pequeña, cada vez más delgada. Algunas noches apenas podía escuchar el ruido del agua.

Entonces supo que pronto tendría que abandonar ese lugar de refugio para encontrar otro. Pero ¿adónde podría ir? ¿Dónde podría estar a salvo de la ira de Acab? No tenía necesidad de entristecerse. Dios pensaba en él y hacía planes para él.

Por fin, cuando el último hilito de agua hubo desaparecido y el último charquito del lecho del arroyo se hubo secado, Dios le dijo:



–"Ve ahora a Sarepta de Sidón, y permanece allí. A una viuda de ese lugar le he ordenado darte de comer".

Elías entendió. Dios lo enviaba lejos, al norte de Samaria, a una aldea cercana a la costa. Despidiéndose de sus amigos los cuervos, y recogiendo sus últimas dádivas de amor –porque sabía que no encontraría alimento en su viaje–, salió hacia Sarepta. Caminó días y días, recorriendo laderas rocosas y senderos de montañas empinadas. ¡Cuán cansado debe haber estado! ¡Cuán hambriento! ¡Cuánta sed habrá sentido!

Fatigado, polvoriento y con mucho calor, llegó por fin a Sarepta. Ahora podía ver la silueta del muro de la ciudad; y alcanzó a divisar la puerta por donde debía entrar. ¡Cuán contento estaba de que su viaje largo y cansador casi había terminado! ¿Pero cómo podría encontrar a la mujer que debía cuidarlo?

Dios no le había dicho su nombre, ni dónde vivía. ¿Era rica o pobre, anciana o joven? Todo lo que sabía era que se trataba de una viuda: y debe haber habido muchas viudas en Sarepta. ¿Cómo podría identificarla? Dado que los soldados de Acab lo buscaban por todas partes, no debía cometer ningún error.

La vasija que nunca se vació

(1 Reyes 17:10-24)

ELÍAS estaba preguntándose qué debía hacer, cuando vio a una mujer que recogía leña no lejos de la puerta de la ciudad. La llamó y le pidió:

–"Por favor, tráeme una vasija con un poco de agua para beber".

Al levantar la vista, la mujer vio al polvoriento extranjero. Le dio lástima, y se apresuró a buscar algo de agua. Mientras iba, oyó que le decía nuevamente:

–"Tráeme también, por favor, un pedazo de pan".

La mujer se detuvo, y se dio vuelta para mirarlo.

" –Tan cierto como que vive el Señor tu Dios –respondió ella con tristeza–, no me queda ni un pedazo de pan; sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en el jarro. Precisamente estaba recogiendo unos leños para llevármelos a casa y hacer una comida para mi hijo y para mí. ¡Será nuestra última comida antes de morirnos de hambre!"

Elías vio que la mujer le decía la verdad, y sintió compasión por ella. Estaba seguro de que esa debía ser la viuda a quien Dios

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Durante un tiempo de terrible hambruna en Israel, una pobre viuda compartió su último pan con el profeta Elías, y Dios honró su fe manteniendo llenas sus tinajas de aceite y de harina.

había ordenado que lo alimentara, una viuda tan pobre que no tenía nada en el mundo ¡excepto un puñado de harina y un poco de aceite! Elías sabía que algo maravilloso estaba por ocurrir muy pronto.

–"No temas –le dijo Elías cortésmente a la pobre viuda–. Vuelve a casa y haz lo que pensabas hacer. Pero antes prepárame un panecillo con lo que tienes, y tráemelo; luego haz algo para ti y para tu hijo. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: 'No se agotará la harina de la tinaja ni se acabará el aceite del jarro, hasta el día en que el Señor haga llover sobre la tierra'".

Puede haber parecido egoísta que le dijera: "Pero antes prepárame un panecillo"; pero no lo era, pues la fe de Elías en Dios era tan grande, que para él la tinaja de harina ya estaba llena y la vasija de aceite rebosante. Él estaba absolutamente seguro de que si la viuda pobre confiaba en la promesa de Dios lo suficiente como para hacerle primero a él una pequeña torta, Dios nunca cesaría de bendecirla de muchas maneras maravillosas.

La viuda decidió confiar en Dios. Aceptó al pie de la letra su palabra. Al ir a su casa, miró la tinaja de harina. Así como le había dicho ella a Elías, había solo un puñado de harina en el fondo. La juntó en un montoncito, rascando el fondo. Entonces, fue a la vasija de aceite. Inclinándola, vertió la última gota, o lo que ella pensaba que era la última gota.

Después de mezclar el aceite y la harina para hacer la masa, encendió el fuego. En ese momento, tal vez, su hijo vino corriendo en su búsqueda. Puedo oírlo diciendo:

–¿Ese pan es para mí, mamá?

–No, querido, es para el hombre de Dios que, después de re-

correr un camino largo y azaroso, ha venido a vernos.

–Pero yo tengo hambre.

–Lo sé, querido, pero él me ha prometido que Dios no nos dejará morir de hambre.

Ardió el fuego. El panecillo fue colocado sobre los ladrillos calientes. Comenzó a dorarse, y pronto llenó la humilde cocina con un dulce aroma.

Repentinamente, se oyó el grito alegre del muchacho.

–¡Mamá, yo pensé que habías dicho que no había más harina en la tinaja; pero ¡hay!

–No, querido, no puede haber. Yo rasqué del fondo lo último que había hace un instante.

–Pero ¡hay, hay! ¡Mira, mamá! ¡Es harina buena y nueva!

La viuda pobre miró en la tinaja y apenas podía creer lo que sus ojos veían. ¡Había harina allí! ¡Más de lo que habían tenido por muchos días! Se volvió entonces a la vasija de aceite y la inclinó. El aceite se derramaba. ¡Era demasiado maravilloso! El

gozo llenó su corazón.

Miró a Elías, que estaba sentado esperando la pequeña torta que ella le hacía. Había una sonrisa hermosa en su rostro cansado, una sonrisa de alegría y satisfacción, porque Dios había honrado su fe con tanta rapidez. No solo Elías comió aquella noche, sino también la viuda y su hijo. No habían disfrutado de una comida tan buena en muchos días.

Y gracias a que la viuda "hizo lo que le había dicho Elías", ocurrió que "cada día hubo comida para ella y su hijo, como también para Elías. Y tal como la palabra del Señor lo había anunciado por medio de Elías, no se agotó la harina de la tinaja ni se acabó el aceite del jarro".

¡Qué gozo admirable deben haber tenido los ángeles al colocar harina en esa tinaja y llenar la vasija de aceite! ¡Cuán felices deben haber estado al observar la sorpresa en el rostro de la viuda cuando descubrió lo que había sucedido!

Pero esta no fue la única bendición que Dios mandó para recompensarla por la bondad que había tenido hacia su siervo.

Un día, su hijo se enfermó gravemente. Ella lo atendió con amor, pero continuó empeorando. Viendo que se moría, lo tomó en sus brazos, y el niño allí mismo exhaló el último suspiro.

–¡Elías! ¡Elías! –exclamó.

El hombre de Dios bajó desde el piso alto, donde vivía. Vio inmediatamente lo que había ocurrido.

–"Dame a tu hijo" –le dijo a la viuda, tomando el cuerpo inerte de los brazos de la madre sollozante.

Subió con él al piso alto de nuevo y lo extendió sobre su cama. "Luego se tendió tres veces sobre el muchacho y clamó:

'¡Señor mi Dios, devuélvele la vida a este muchacho!'

"El Señor oyó el clamor de Elías, y el muchacho volvió a la vida".

Muda de dolor, la pobre viuda apenas notó a Elías cuando bajaba de nuevo con el niño en sus brazos.

Entonces, oyó al profeta que le hablaba. ¿Qué era lo que le decía?

–"¡Tu hijo vive! ¡Aquí lo tienes!"

–¿Qué? ¡Imposible!

De un salto, cruzó la habitación. ¡Era verdad, era verdad! ¡Estaba vivo! ¡Respiraba de nuevo! ¡Qué gozo! Lágrimas de felicidad y gratitud le rodaron por las mejillas, mientras exclamaba:

–"Ahora sé que eres un hombre de Dios, y que lo que sale de tu boca es realmente la palabra del Señor".

Fuego del cielo

(1 Reyes 18:1-39)

YA habían pasado tres años desde que Elías se había presentado en la corte de Acab para anunciarle la gran sequía. Durante ese período, se había repartido entre el arroyo de Querit, y la casa de la viuda de Sarepta.

Muchas veces, durante esos días solitarios, debe haberse preguntado qué es lo que Dios estaba planeando hacer por su pueblo. ¿Habrían ellos aprendido la lección ya? ¿Estarían listos para abandonar sus ídolos? Alguna vez, la sequía debía terminar, pero ¿cómo y cuándo?

Por fin le llegó palabra de Dios, que le decía:

–"Ve y preséntate ante Acab, que voy a enviar lluvia sobre la tierra".

Elías salió rumbo a Samaria de inmediato, situada a unos 240 kilómetros al sur de Sarepta. En el camino, se encontró con Abdías, el gobernador de la casa de Acab, que estaba buscando pastos para los caballos y las mulas que todavía vivían.

Este buen hombre era uno de los pocos dirigentes que permanecían fieles al Dios del cielo. Había manifestado su lealtad

al esconder a 100 de los profetas de Dios en una cueva cuando Jezabel había tratado de matarlos. Reconociendo a Elías, cayó sobre sus rodillas y clamó:

–"Mi señor Elías, ¿de veras es usted?

–"Sí, soy yo –le respondió–. Ve a decirle a tu amo que aquí estoy".

–No puedo –dijo Abdías.

Tenía miedo. Le explicó que Acab había estado buscando por todas partes a Elías. Había muchos informes falsos con respecto a donde lo habían visto, y estos habían servido solamente para enojar más y más al rey.

–Además –dijo Abdías– "si voy y le digo a Acab que usted está aquí, y luego él no lo encuentra, ¡me matará!"

–Tan cierto como que vive el Señor Todopoderoso, a quien sirvo, te aseguro que hoy me presentaré ante Acab".

Abdías le creyó, y cabalgó para ver al rey. Al oír las noticias, Acab fue en el acto al lugar donde su siervo había dicho que encontraría a Elías. El profeta todavía estaba allí.

–"¿Eres tú el que le está causando problemas a Israel?" –lo

increpó con enojo Acab, mientras conducía su caballo cerca de Elías.

–"No soy yo quien le está causando problemas a Israel –respondió Elías–. Quienes se los causan son tú y tu familia, porque han abandonado los mandamientos del Señor y se han ido tras los baales".

Elías le explicó a Acab lo que debía hacer si quería recibir nuevamente las bendiciones de Dios.

–"Ahora convoca de todas partes al pueblo de Israel, para que se reúna conmigo en el monte Carmelo con los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y los cuatrocientos profetas de la diosa Aserá que se sientan a la mesa de Jezabel".

El rey estuvo de acuerdo de inmediato. Quizá pensó que era su única esperanza de obtener lluvia y terminar con la espantosa sequía. Cuando regresó a su palacio, mandó mensajeros para que convocaran al pueblo a asamblea en el monte Carmelo.

Pronto, millares de hombres, mujeres y niños acudían con rapidez al lugar de reunión. Nadie estaba seguro de la razón por la que iban hacia allí, y solo sabían que el rey lo había ordenado. Se corría el rumor de que Elías iba a estar presente, pero nadie lo creía. Se habían contado historias similares acerca del profeta durante los tres años pasados, pero él nunca había aparecido. ¿No había estado buscándolo el rey mismo todo ese tiempo?

Casi atropellándose entre sí, comenzaron a ascender la cuesta del monte Carmelo hasta que todas sus laderas estaban literalmente cubiertas. Durante toda la noche, la muchedum-

bre permaneció allí, esperando la madrugada. Temprano por la mañana alguien gritó: "¡Allí está! ¡Puedo verlo! ¡Allí viene Elías!"

Instantáneamente, la noticia se esparció entre las multitudes que esperaban. Hombres y mujeres trataban de mirar por sobre la multitud para ver al hombre que había osado desafiar al rey, mientras los muchachos y niñas se abrían paso hacia el frente para poder ver mejor.

–"¡Oigan! –exclamó alguien–. ¡Oigan! Está hablando. ¡Elías está hablando!"

Un completo silencio dominó a la muchedumbre que se agolpaba. Luego, desde la cumbre de la montaña, resonó aquella voz profunda y poderosa que una vez se oyera en la corte de Acab.

–"¿Hasta cuándo van a seguir indecisos? Si el Dios verdadero es el Señor, deben seguirlo; pero si es Baal, síganlo a él.

Nadie habló.

Elías continuó:

–"Yo soy el único que ha quedado de los profetas del Señor; en cambio, Baal cuenta con cuatrocientos cincuenta profetas. Tráigannos dos bueyes. Que escojan ellos uno, y lo descuarticen y pongan los pedazos sobre la leña, pero sin pren-

derle fuego. Yo prepararé el otro buey y lo pondré sobre la leña, pero tampoco le prenderé fuego. Entonces invocarán ellos el nombre de su dios, y yo invocaré el nombre del Señor. ¡El que responda con fuego, ése es el Dios verdadero!"

–Bien dicho –contestó el pueblo, emocionado con el pensamiento de que había de presenciar un acto solemne para probar los poderes de los dioses rivales.

A partir de este instante, la multitud observó y escuchó con diez veces más interés.

Volviéndose a los profetas de Baal, Elías les dijo:

–"Ya que ustedes son tantos, escojan uno de los bueyes y prepárenlo primero. Invoquen luego el nombre de su dios, pero no prendan fuego".

Contentos por la oportunidad de comprobar que Baal era el mayor de todos los dioses de la tierra, los profetas tomaron un buey, lo cortaron y colocaron los trozos en orden sobre el altar que habían edificado.

Entonces, comenzaron a suplicar a su dios que mandara fuego para quemar el sacrificio.

–"¡Baal, respóndenos! –gritaban.

"Pero no se escuchó nada, pues nadie respondió".

–"¡Baal, respóndenos! –gritaban, mientras saltaban alrededor del altar que habían hecho".

Pero ni aun entonces descendía fuego del cielo.

Aquella danza salvaje prosiguió durante toda la mañana con gritos y clamores. A mediodía, "Elías comenzó a burlarse de ellos:

–"¡Griten más fuerte! –les decía–. Seguro que es un dios, pero tal vez esté meditando, o esté ocupado o de viaje. ¡A lo mejor se ha quedado dormido y hay que despertarlo!"

Ellos gritaban aún más fuertemente y comenzaron a cortarse con cuchillos, "hasta quedar bañados en sangre". No sucedió nada. Pasó el mediodía. Llegó la tarde. El sol comenzó a hundirse en el cielo gris. "Pero no se escuchó nada, pues nadie respondió ni prestó atención".

En este momento, Elías volvió a hablar al pueblo, que estaba cansado y chasqueado por el fracaso de los profetas de Baal.

–"¡Acérquense!" –ordenó, y la multitud se adelantó.

Entonces lo observaron mientras reparaba el altar del Señor que solía estar en la cumbre de la montaña, pero que había sido olvidado y derribado. Tomando 12 piedras, una por cada una de las 12 tribus de Israel, reedificó el altar, y entonces cavó una zanja a su alrededor. De inmediato "colocó la leña, descuartizó el buey, puso los pedazos sobre la leña". Se trajo agua –tal vez del mar, pues las fuentes se habían secado– y fue derramada sobre el altar.

Alguien dijo:

–¿Espera que arda, con toda el agua que echó sobre ella?

Pero si Elías escuchó eso, no pareció prestar atención.

–"Vuelvan a hacerlo" –dijo , y lo hicieron.

–"¡Háganlo una vez más! —les ordenó".

Y el sacrificio fue empapado de nuevo hasta que el agua chorreaba por la zanja y la llenaba. Ahora nadie podía decir que él mismo había puesto fuego en el sacrificio.

De repente, la gran asamblea quedó en profundo silencio mientras Elías elevaba su voz en oración. Todo el mundo escuchó, aun los profetas de Baal, que habían dejado de clamar.

–"Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel –clamó en voz alta–, que todos sepan hoy que tú eres Dios en Israel, y

HERBERT
RUDEEN

que yo soy tu siervo y he hecho todo esto en obediencia a tu palabra. ¡Respóndeme, Señor, respóndeme, para que esta gente reconozca que tú, Señor, eres Dios, y que estás convirtiendo a ti su corazón!"

Apenas había terminado de orar cuando bajó "el fuego del Señor y quemó el holocausto, la leña, las piedras y el suelo, y hasta lamió el agua de la zanja".

Era un espectáculo maravilloso que nunca había de ser olvidado.

Aterrorizadas, las multitudes cayeron sobre su rostro clamando: "¡El Señor es Dios, el Dios verdadero!"

Vieron qué error habían cometido al adorar los inútiles ídolos de Baal. Desde ese momento, servirían al Jehová, el Dios de Elías. Habían sido testigos del poder divino. Nunca más olvidarían a Dios.

La nube como una mano

(1 Reyes 18:40-46)

CUANDO vio que el pueblo estaba de rodillas delante de Dios, Elías dio orden de que los profetas de Baal, que habían inducido a la gente a tanta maldad, debían ser aprisionados y muertos. Nadie levantó una mano para salvarlos. Rápidamente, los condujo al torrente de Quisón, en donde les dio muerte.

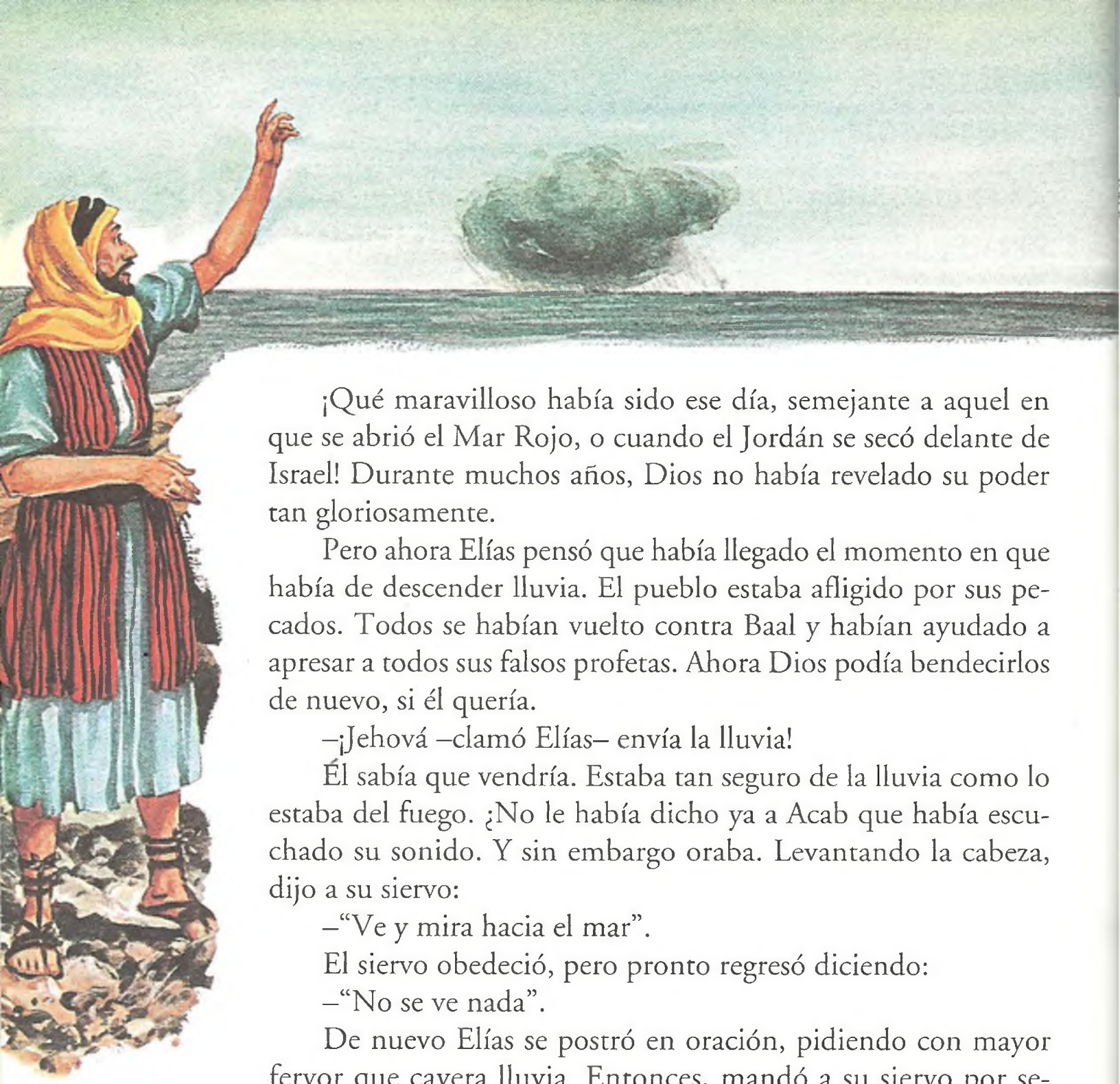
Entonces, se volvió al rey Acab, que había presenciado todo lo ocurrido ese día, y le dijo:

–"Anda a tu casa, y come y bebe, porque ya se oye el ruido de un torrentoso aguacero".

Acab estaba contento de poder comer, pero Elías subió a la cumbre del Carmelo de nuevo, "se inclinó hasta el suelo y puso el rostro entre las rodillas".

No había nadie en la cumbre de la montaña ahora, excepto el profeta y su siervo. Las multitudes se habían ido, dejando tras sí una gran quietud y soledad.

Postrado delante de Dios, Elías derramó su gratitud por ese día de victoria, por la rápida respuesta a su oración, por la llamarada de fuego que cayó del cielo, por la derrota de los profetas de Baal y, sobre todo, por el regreso de los corazones humanos a Dios.



¡Qué maravilloso había sido ese día, semejante a aquel en que se abrió el Mar Rojo, o cuando el Jordán se secó delante de Israel! Durante muchos años, Dios no había revelado su poder tan gloriosamente.

Pero ahora Elías pensó que había llegado el momento en que había de descender lluvia. El pueblo estaba afligido por sus pecados. Todos se habían vuelto contra Baal y habían ayudado a apresar a todos sus falsos profetas. Ahora Dios podía bendecirlos de nuevo, si él quería.

–¡Jehová –clamó Elías– envía la lluvia!

Él sabía que vendría. Estaba tan seguro de la lluvia como lo estaba del fuego. ¿No le había dicho ya a Acab que había escuchado su sonido. Y sin embargo oraba. Levantando la cabeza, dijo a su siervo:

–"Ve y mira hacia el mar".

El siervo obedeció, pero pronto regresó diciendo:

–"No se ve nada".

De nuevo Elías se postró en oración, pidiendo con mayor fervor que cayera lluvia. Entonces, mandó a su siervo por segunda vez a que mirara sobre el mar. Pero todavía los cielos estaban limpios de nubes. Seis veces oró y, sin embargo, no había señal de que su oración hubiera sido escuchada. La séptima vez, el siervo regresó entusiasmado, diciendo:

–"Desde el mar viene subiendo una nube. Es tan pequeña

como una mano".

Eso fue suficiente para Elías. No necesitaba otra señal. Por pequeña que fuera la nube –solamente la mano de un hombre en la gran bóveda del cielo–, estaba seguro de que era la respuesta de Dios. Él casi podía sentir ya la lluvia.

–Apresúrate –le dijo a su siervo–. "Ve y dile a Acab: 'Engancha el carro y vete antes de que la lluvia te detenga'".

Mientras Elías seguía a su siervo para descender la cuesta, la nubecita se agrandaba rápidamente, hasta que "las nubes fueron oscureciendo el cielo; luego se levantó el viento y se desató una fuerte lluvia".

La tormenta y la oscuridad atemorizaron a Acab mientras escapaba en su carroza en busca de amparo. El diluvio lo empapó hasta los huesos, y el viento salvaje rompió sus vestidos, mientras el estruendo de la tormenta aterrorizaba a sus caballos en su carrera a través de la noche.

De repente, cuando un relámpago iluminó la oscuridad del campo azotado por la tormenta, el afligido monarca vio una figura que corría delante de su carroza. ¿Quién podía ser? ¡Otro relámpago! De nuevo divisó al hombre. Este todavía corría, al parecer sin esfuerzo, y con tanta rapidez como los caballos. Ahora Acab lo reconoció. ¡Elías! ¡El hombre de la cumbre de la montaña! ¡El hombre del fuego y de la lluvia! ¡El hombre de Dios! ¡Para guiarlo por el camino a través de la noche!

"El poder del Señor vino sobre Elías, quien ajustándose el manto con el cinturón, echó a correr y llegó a Jezrel antes que Acab".

Un suave murmullo

(1 Reyes 19:1-18)

ELÍAS debe haber sentido muy cansado después de toda la actividad del gran día sobre el Carmelo, además de correr todo el camino hasta Jezrel al frente de la carroza de Acab. Y al estar tan cansado, no estaba preparado para el golpe que le vino al día siguiente.

Todavía estaba descansando, cuando llegó un mensajero de la reina Jezabel, que acababa de escuchar de labios de Acab lo que había ocurrido con los profetas de Baal. Ella no había estado en el monte Carmelo; no había visto el fuego bajar del cielo.

Así que no quiso creer que el fin de la sequía tenía algo que ver con Elías o con su Dios. Furiosa por que los profetas habían sido matados, mandó al profeta este mensaje:

–"¡Que los dioses me castiguen sin piedad si mañana a esta hora no te he quitado la vida como tú se la quitaste a ellos!"

El temor se apoderó repentinamente de Acab. Olvidándose de que Dios podía haberlo cuidado en Jezrel, así como lo había hecho en el arroyo de Querit, en la cumbre del monte Carmelo y en una multitud de oportunidades, "huyó para ponerse a salvo" y "llegó a

Berseba de Judá".

Huyó a unos 160 kilómetros de esta enojada mujer. Por cierto que no se volvió a sentir seguro hasta no haber cruzado la frontera entre Israel y Judá. Entonces, dejando a su siervo en Berseba, continuó solo, "caminó todo un día por el desierto" y se sentó a la sombra de un arbusto.

Para entonces estaba completamente agotado. Tan desalentado se hallaba, que aun oró por la muerte. "Luego se acostó debajo del arbusto y se quedó dormido. De repente, un ángel lo tocó y le dijo: 'Levántate y come'". Dios no se había olvidado de su siervo cansado, aunque él había escapado del peligro.

Al despertar, Elías miro en torno suyo y vio "un panecillo cocido sobre carbones calientes, y un jarro de agua. Comió y bebió, y volvió a acostarse".

Nadie sabe cuánto tiempo durmió el profeta. Bien puede haber sido durante varias horas, pues estaba muy cansado. Entonces "el ángel del Señor regresó y, tocándolo, le dijo: 'Levántate y come, porque te espera un largo viaje'".

Así, Elías encontró una segunda comida que lo esperaba en el desierto. Mientras comía, debe haber pensado en cuán maravilloso

era que Dios supiera dónde estaba él, y adónde iba. Dios sabía que él no encontraría alimento en el camino y que no tendría suficientes fuerzas para ese viaje.

Con toda gratitud, Elías "comió y bebió. Una vez fortalecido por aquella comida, viajó cuarenta días y cuarenta noches hasta que llegó a Horeb, el monte de Dios".

Toda la vida había querido visitar Horeb, donde tantas maravillas les habían ocurrido a los hijos de Israel en tiempos pasados. Él sabía que se lo llamaba "el monte de Dios", y esperaba que tal vez allí pudiera acercarse más al Señor de lo que había estado antes.

"¡El Señor es mi Dios! –se dijo a sí mismo mientras viajaba día tras día por el desierto solitario–. ¡El Señor es mi Dios! ¿Pero le veré cuando llegue a su monte? ¿Escucharé su voz?"

Por fin llegó, y se paró con gran reverencia sobre la montaña histórica. ¡Por fin Horeb! ¡Aquí, donde Moisés había estado! ¡Aquí, donde Dios había hablado a solas con su siervo fiel cuando Israel salió de Egipto! ¿Pero dónde estaba Dios ahora?

De repente, sopló un viento fuerte, más poderoso que el que había traído la lluvia al Carmelo. Barría las barrancas y formaba grandes remolinos de polvo en el desierto. Desprendiendo grandes piedras como si el viento tuviera manos invisibles, las pulverizaba contra la ladera de la montaña.

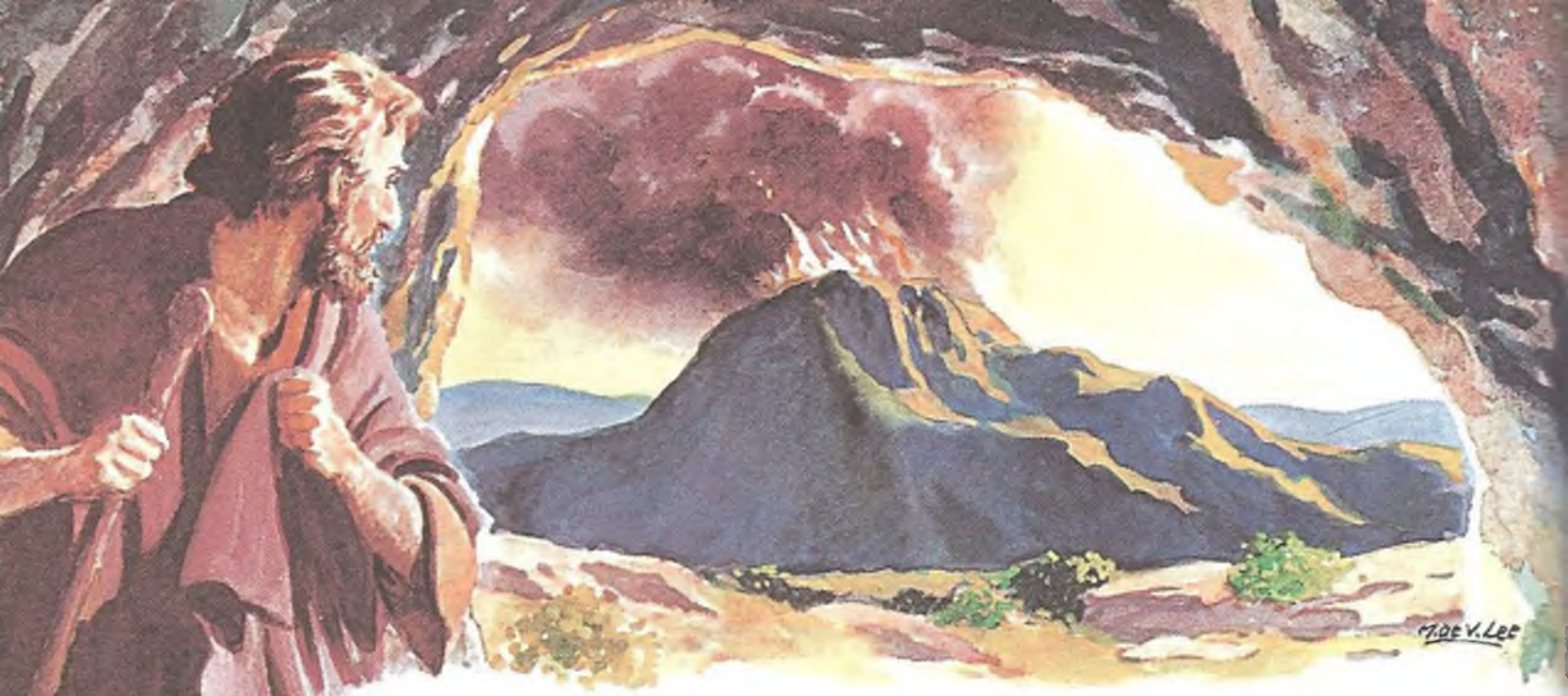
Pero "el Señor no estaba en el viento".

Pronto, la tierra comenzó a temblar. Se abrieron rajaduras en el suelo. Elías nunca había visto un terremoto semejante. Pero "el Señor tampoco estaba en el terremoto".

Entonces, el cielo se iluminó mientras los relámpagos fulguraban en la cumbre del monte. Elías recordó la historia de cómo el

← ILUSTRACIÓN DE MANNING DE V. LEE

Con miedo por las amenazas de la enojada reina Jezabel, Elías huyó al desierto y deseó morirse, pero Dios envió allí a su ángel para que confortara y alimentara a su fiel profeta.



fuego y el humo habían cubierto el monte cuando Dios dio a Israel los Diez Mandamientos. "Pero el Señor tampoco estaba en el fuego".

¿Dónde estaba entonces?

Por cierto que muy cerca, mucho más cerca de lo que Elías soñaba. Mientras el profeta se refugiaba en una caverna, oyó "un suave murmullo".

Él había pensado que el Dios poderoso del cielo estaría en el huracán, en el terremoto o en el fuego. Sin embargo, al escuchar ese suave murmullo, reconoció la voz de Dios.

En reverencia, "se cubrió el rostro con el manto y, saliendo, se puso a la entrada de la cueva".

Dios le hizo una pregunta sencilla:

–"¿Qué haces aquí, Elías?"

Él no esperaba esto. Había recorrido todo este camino para ponerse en comunión con Dios y adorarlo, y no para contestar preguntas. Sin embargo, sabía lo que Dios quería decir. Él sabía que Dios le estaba diciendo: "¿Por qué no estás en Jezrel representándome ante la malvada Jezabel? ¿Por qué escapaste de ella? ¿Por qué no te quedaste para consolidar la victoria que te di sobre el Carmelo?"

–"Yo soy el único que ha quedado con vida, ¡y ahora quieren matarme a mí también!" –dijo Elías.

–No –le contestó Dios–, "yo preservaré a siete mil israelitas que no se han arrodillado ante Baal ni lo han besado".

Con estas palabras, le sugería que otros no habían huido.

Entonces Dios le dijo que volviera a su trabajo en Israel. De regreso, debía ungir a Jazael como rey de Siria, y a Jehú como rey de Israel, y a un hombre llamado Eliseo, que lo sucedería como profeta del Señor.

Mientras viajaba hacia el norte, rumbo a Damasco, Elías pensó una y otra vez en lo que había ocurrido en Horeb. Ese suave murmullo había impactado al profeta más que todo lo demás que había visto y oído en el monte. Lo había afectado más que todos los acontecimientos sobre el monte Carmelo, cuando había descendido fuego del cielo y los profetas de Baal habían sido muertos.

Muchas veces Elías había visto las demostraciones de majestad y poder de Dios, a veces para proteger a su pueblo, otras para recordarles que debían acercarse al Señor con reverencia y respeto. Pero ahora había sido testigo de un poder mayor, el poder de las simples palabras de verdad, aun cuando habían sido dichas mediante un suave murmullo.

Cuando estamos dispuestos a escuchar reverentemente, nuestro Padre celestial hará mucho más que hablarnos de esta manera. Como Dios le explicaría más tarde al profeta Zacarías:

–"No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu –dice el Señor Todopoderoso".*

* Zacarías 4:6.

El viñedo robado

(1 Reyes 21:1-26)

EL rey Acab era un hombre muy rico, de acuerdo con los parámetros de sus días. Poseía por lo menos dos palacios, uno en Samaria y otro en Jezrel. El de Samaria era un "palacio que construyó e incrustó de marfil". Sus muros estaban cubiertos con placas de marfil pulido, cortado de colmillos de elefantes.

Pero con todas sus riquezas, Acab no era un hombre feliz. Como muchos chicos y chicas de hoy, siempre quería más. Si alguien tenía algo mejor de lo que él poseía, se sentía envidioso y miserable.

Un día, estaba mirando desde la ventana de su palacio de Jezrel cuando le llamó la atención un hermoso viñedo que quedaba cerca de las tierras reales. Se le ocurrió que sería bueno sumar esa viña a los jardines del palacio, y decidió comprarla.

Entrevistó al dueño, cuyo nombre era Nabot, y le ofreció darle otro viñedo en reemplazo o, si prefería, pagarle el precio en efectivo.

Era una oferta equitativa, pero Nabot no quería vender la propiedad. La viña había pertenecido a su padre, dijo él, y a su

abuelo. Había pertenecido a su familia por más años que los que él podía recordar, y no quería desprenderse de ella.

Acab se disgustó mucho, y cuando regresó a su palacio, se portó como un niño malcriado. Arrojándose sobre su lecho, volvió la cara contra la pared y rehusó comer.

Al no bajar para la cena esa tarde, la reina Jezabel fue a su pieza para enterarse de lo que pasaba.

–"¿Por qué estás tan deprimido que ni comer quieres?"

Él le contó entonces cómo su vecino Nabot había rehusado venderle la viña que tanto quería.

Jezabel se burló de él.

–"¿Y no eres tú quien manda en Israel? –le dijo con sorna–. ¡Anda, levántate y come, que te hará bien! Yo te conseguiré el vi-

ñedo del tal Nabot".

Acab hizo lo que le dijo, y Jezabel determinó obtener el viñedo para su marido mediante sus propios malvados métodos.

Escribió a los jefes del consejo de la ciudad y les dijo que "decreten un día de ayuno, y den a Nabot un lugar prominente en la asamblea del pueblo". Debían llamar a dos testigos falsos que testificaran que Nabot había blasfemado contra Dios y el rey. Después de escuchar la evidencia, tenían que declarar culpable a Nabot y apedrearlo hasta la muerte.

Así de sencillo y malvado era el procedimiento. Con todos los jefes de la ciudad ya comprados por Jezabel, y temerosos por sus vidas, el pobre Nabot no tenía posibilidades.

Se convocó la corte. Aparecieron los dos testigos y acusaron a Nabot de blasfemia. Afirmó que era inocente, pero fue en vano. Juró que nunca había pronunciado blasfemia en toda su vida, ni contra Dios ni contra el rey, pero nadie quiso escucharlo. Los jueces aceptaron el testimonio de los dos testigos, y lo condenaron a muerte. Entonces fue conducido fuera de la ciudad y apedreado.

Pero si Jezabel y Acab pensaron que iban a salirse con la suya con este malvado asesinato, estaban muy equivocados. El mismo día en que Acab fue a tomar posesión del viñedo de Nabot, se encontraron nada menos que con Elías. La última vez que Acab había visto a Elías había sido cuando corrió delante de su carro aquella noche tormentosa después que el fuego había descendido del cielo sobre el monte Carmelo y los profetas de Baal habían sido muertos.

–"¡Mi enemigo! ¿Así que me has encontrado?" –exclamó el rey con voz agitada.

–"Sí –contestó Elías–, te he encontrado porque te has vendido para hacer lo que ofende al Señor.

–"Así dice el Señor –agregó Elías–: '¿No has asesinado a un hombre, y encima te has adueñado de su propiedad?'... '¡En el mismo lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán también tu propia sangre!'"

Y concerniente a Jezabel le dijo:

–"Los perros se la comerán junto al muro de Jezrel".

Elías no podía haber hablado con mayor franqueza. Ciertamente que Acab no fue dejado en la duda en cuanto a lo que Dios pensaba del asesinato de Nabot. Podemos estar seguros de que no la pasó bien ni siquiera un minuto en ese viñedo robado. Cada vez que entraba en él, se preguntaba si Elías estaba escondido en alguna parte entre las viñas, esperando para condenarlo de nuevo por su mal proceder. Cada vez que lo miraba desde la ventana de su palacio, debe haber pensado en el precio que tanto él como Jezabel tendrían que pagar algún día.

Estos son los amargos frutos de la envidia, los celos y el egoísmo.

Se cumple la profecía de Elías

(1 Reyes 21:27 a 22:40; 2 Reyes 9:33-37)

ACAB no vivió mucho después de robar el viñedo de Nabot. Sintió pesar por su pecado, pero no podía devolverle el viñedo al hombre muerto ni olvidar el gran error que había cometido.

Algún tiempo más tarde, Josafat, rey de Judá, le hizo una visita oficial a Samaria. Se organizó una gran fiesta en honor de la ocasión. Los dos reyes, ataviados con su manto real, se sentaron sobre tronos colocados fuera de los muros de la ciudad. Hablaron de muchas cosas, pero mayormente acerca de la ciudad de Ramot de Galaad que, según dijo Acab, pertenecía a Israel, aunque estaba ahora ocupada por los sirios. ¿Le ayudaría Josafat a rescatarla?

–"Estoy a tu disposición, lo mismo que mi pueblo y mis caballos. Pero antes que nada, consultemos al Señor –añadió".

Acab llamó a sus "profetas". Vinieron por centenares, y dijeron exactamente lo que él quería que dijeran:

–"Vaya, Su Majestad –contestaron ellos–, porque el Señor la entregará en sus manos".

Un hombre hasta llegó a ponerse cuernos de hierro en la cabeza y a decir:

–"Con estos cuernos atacarás a los sirios hasta aniquilarlos".

Pero a Josafat no le gustaba el aspecto de estos hombres.

–"¿No hay aquí un profeta del Señor a quien podamos consultar?" –dijo él.

–"Todavía hay alguien por medio de quien podemos consultar al Señor, pero me cae muy mal porque nunca me profetiza nada bueno –respondió Acab con mal humor–; sólo me anuncia desastres. Se trata de Micaías".

–"No digas eso –replicó Josafat"–. Llámalo.

Así que Micaías fue llamado y, hablando en nombre del Señor, les advirtió que el plan fracasaría.

–"Vi a todo Israel esparcido por las colinas, como ovejas sin pastor" –añadió.

–"¿No te dije que jamás me profetiza nada bueno –dijo Acab a Josafat–, y que sólo me anuncia desastres?"

–"Así que ahora el Señor ha puesto un espíritu mentiroso en la boca de todos esos profetas de Su Majestad –dijo Micaías–. El Señor ha decretado para usted la calamidad".

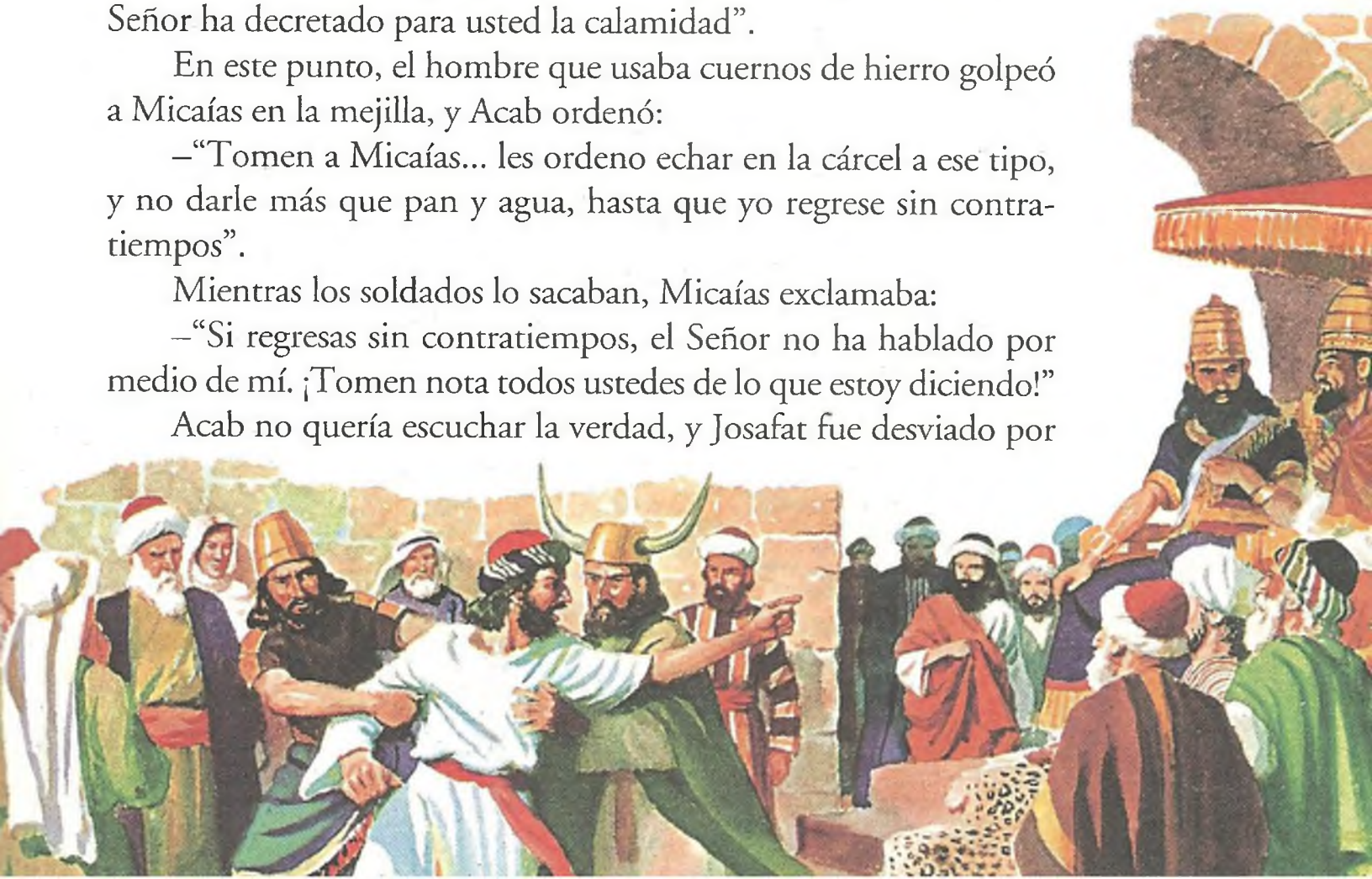
En este punto, el hombre que usaba cuernos de hierro golpeó a Micaías en la mejilla, y Acab ordenó:

–"Tomen a Micaías... les ordeno echar en la cárcel a ese tipo, y no darle más que pan y agua, hasta que yo regrese sin contratiempos".

Mientras los soldados lo sacaban, Micaías exclamaba:

–"Si regresas sin contratiempos, el Señor no ha hablado por medio de mí. ¡Tomen nota todos ustedes de lo que estoy diciendo!"

Acab no quería escuchar la verdad, y Josafat fue desviado por



él. Los dos reyes marcharon a Ramot de Galaad, pero sus ejércitos fueron derrotados y esparcidos como ovejas sin pastor, tal como Micaías lo había dicho.

Josafat escapó con vida, pero Acab fue muerto. Entonces "alguien disparó su arco al azar e hirió al rey de Israel entre las piezas de su armadura", hiriéndolo de gravedad.

Los siervos de Acab lo mantuvieron en pie para que pareciera como que todavía estaba luchando, pero tanta sangre salió de su herida que cubrió el fondo de su carroza, y él murió a la puesta del sol esa tarde.

Llevaron al rey muerto de regreso a Samaria y lo enterraron allí. Mientras la carroza y la armadura de Acab eran lavadas en el estanque de Samaria, los perros vinieron y lamieron su sangre.

Así se cumplió la profecía de Elías.

En cuanto a Jezabel, ella vivió 11 años después de la muerte de Acab. Pero llegó el día en que sus propios guardas la arrojaron por la ventana del palacio de Jezrel, donde una vez ella había tramado la muerte de Nabot. "Y su sangre salpicó la pared y a los caballos que la pisotearon". Después, cuando fueron a enterrarla, "no encontraron más que el cráneo, los pies y las manos". Los perros habían comido el resto de su cuerpo, tal como Elías lo había predicho muchos años antes.

Es bueno recordar que Dios siempre cumple lo que dice. Sus profecías y sus promesas nunca fallan.

El destino de los tres capitanes

(1 Reyes 22:40, 51-53; 2 Reyes 1)

DESPUÉS que murió Acab, su hijo Ocozías llegó a ser el rey de Israel. Desafortunadamente, no fue mejor que su padre y su madre. "Sirvió y adoró a Baal, y provocó la ira al Señor, Dios de Israel".

Cierto día, sufrió un serio accidente, al caer desde una ventana alta del palacio. Parece que el enrejado cedió mientras él se apoyaba. No se nos dice cuán seriamente fue herido, pero era lo suficiente como para afligirlo con el pensamiento de que tal vez no mejoraría.

Ansioso por conocer cuál sería su destino, envió mensajeros para interrogar acerca del asunto a Baal Zebub, el dios de Ecrón, como si este dios de madera supiera lo que ocurriría.

En su camino, los mensajeros se encontraron con Elías, aunque no lo reconocieron. El profeta les preguntó solemnemente por qué iban buscar de la ayuda de Baal Zebub antes que la ayuda del Dios del cielo. Y entonces les ordenó que regresaran y dijeran a Ocozías que él iba a morir. Los mensajeros sintieron tan asustados por el viejo profeta, que le obedecieron.

Ocozías se sorprendió al verlos de regreso tan pronto. Cuando le contaron lo que había acontecido, les pidió que le describieran al hombre que les había hablado.

–"Llevaba puesto un manto de piel, y tenía un cinturón de cuero atado a la cintura –contestaron ellos".

No necesitaron decir más.

–"¡Ah! ¡Era Elías el tisbita! –exclamó el rey".

Entonces, envió a uno de sus capitanes con 50 hombres para apresar a Elías y traerlo a Samaria. El capitán encontró al profeta sentado en la cumbre de una montaña y le ordenó que descendiera de inmediato.

–"Hombre de Dios –le dijo–, el rey le ordena que baje".

Elías quiso hacerlo. Estaba convencido de que aquella no era forma en que los soldados malvados de un rey impío trataran al profeta del Señor.

–"Si soy hombre de Dios –replicó Elías–, ¡que caiga fuego del cielo y te consuma junto con tus cincuenta soldados!"

Entonces, descendió del cielo una repentina ráfaga de luz como fuego y los hombres se desvanecieron. Cuando el rey oyó lo que había ocurrido, se encolerizó y envió un segundo capitán con otros 50 hombres para que capturasen a Elías y lo trajesen a juicio.

Elías se encontraba todavía en la cumbre de la montaña, completamente tranquilo.

–"Hombre de Dios –le dijo el capitán del segundo grupo de cincuenta–, el rey le ordena que baje inmediatamente".

Una vez más, Elías dijo:

–"Si soy hombre de Dios –repuso Elías–, ¡que caiga fuego del cielo y te consuma junto con tus cincuenta soldados!"

De nuevo descendió fuego del cielo, y el capitán y sus hombres fueron consumidos.

Cuando Ocozías recibió las noticias, envió un tercer capitán con 50 hombres para apresar a Elías. Este capitán, sin embargo, había aprendido algo de la triste suerte de sus amigos. Cuando llegó al monte en que Elías estaba sentado, "se puso de rodillas delante de él y le imploró:

–"Hombre de Dios, le ruego que respete mi vida y la de estos cincuenta servidores suyos".

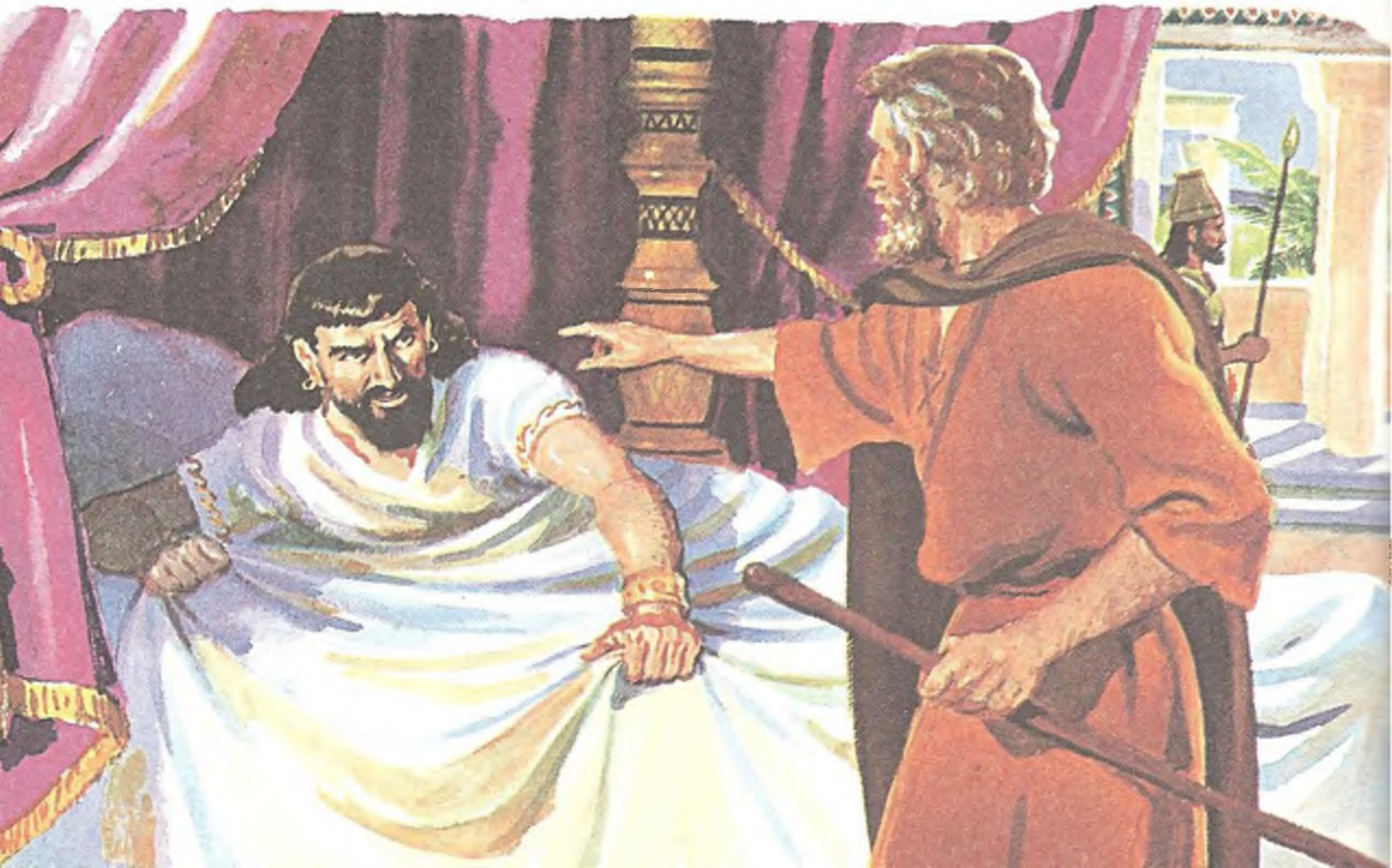
Dios apreció la humilde actitud de este hombre y el respeto

que demostró hacia el profeta.

–"Baja con él –le dijo el Señor a Elías–; no le tengas miedo".

Así, pues, Elías fue con este capitán y sus 50 hombres al palacio donde Ocozías estaba en cama. El profeta no mostro ningún temor del rey, aun cuando tenía el poder de arrojarlo fácilmente en el calabozo en cualquier momento. Ni tampoco alteró su mensaje. En cambio, le dijo al rey, así como le había dicho a sus mensajeros, que siendo que él había mandado a pedir ayuda a Baal Zebub, el dios de Ecrón, en lugar de solicitarla del Dios del cielo, no se recuperaría de su enfermedad, sino que moriría con toda certeza.

Ocozías murió, tal como Elías lo había dicho. Por supuesto, no solo porque había mandado a preguntar a Baal Zebub acerca de su futuro, sino porque toda su vida –tal como había acontecido con su padre, y con su madre– había odiado a Jehová, el Dios verdadero y, en cambio, había rendido culto a los dioses de los paganos.



El carro ardiente del cielo

(2 Reyes 2:1-15)

LA obra de Elías estaba casi terminada. Había permanecido de parte de Dios lo mejor que pudo en tiempos muy malos. Con valentía, había peleado las batallas del Señor y defendido su causa. En su corazón sintió que Dios estaba por llevárselo de este mundo.

Ahora, Eliseo estaba constantemente con él, pues Elías estaba preparando al joven para que se hiciera cargo de su trabajo cuando él tuviera que partir. Eliseo, como recuerdas, fue mencionado por aquel "suave murmullo" como el que debía tomar el lugar de Elías. Este lo había ungido a su regreso del monte Horeb, y los dos habían estado trabajando juntos desde entonces.

Al acercarse a Betel, los hijos de los profetas salieron a encontrarlos. Eran jóvenes que estudiaban en una de las escuelas de los profetas que, según se cree, fueron establecidas por Elías.

Por extraño que parezca, estos jóvenes también pensaban que ya no tendrían a Elías por mucho tiempo. Le preguntaron a Eliseo si el Señor estaba por arrebatar a su maestro pronto.

–"Lo sé muy bien; ¡cállense!" –les dijo, negándose a hablar del tema.

Entonces, Elías le dijo a Eliseo que esperara en Betel mientras él proseguía solo.

–"Quédate aquí, Eliseo, pues el Señor me ha enviado a Jericó" –le dijo.

Pero Eliseo no quiso dejarlo ir solo.

–"Tan cierto como que el Señor y tú viven, te juro que no te dejaré solo" –fue su respuesta.

Así que los dos siguieron juntos hasta Jericó, donde había otra escuela de los profetas. Aquí, de nuevo los jóvenes salieron a encontrarlos, y otra vez le advirtieron a Eliseo que pronto perdería a su maestro.

–"Lo sé muy bien; ¡cállense!" –les dijo.

Elías le pidió entonces a Eliseo que esperara en Jericó mientras él iba al Jordán. Pero de nuevo Eliseo se rehusó. Se había propuesto estar con su maestro hasta el mismo fin, sin saber cómo o cuándo llegaría.

–"Tan cierto como que el Señor y tú viven, te juro que no te dejaré solo" –le expresó Eliseo.

De esta manera, los dos hombres marcharon hacia el Jordán, mientras por lo menos 50 jóvenes de la escuela los seguían a la distancia para ver lo que acontecería.

Y lo vieron todo. Cuando Elías y Eliseo llegaron al río, no esperaron un barco para que los hiciera cruzar. Elías "tomó su manto

y, enrollándolo, golpeó el agua. El río se partió en dos, de modo que ambos lo cruzaron en seco".

Si los jóvenes pensaron que podrían seguirlos, estaban equivocados, pues el agua rápidamente volvió a correr. Un momento más tarde, el Jordán parecía el mismo de siempre.

En la otra orilla Elías se volvió a Eliseo y le dijo, con mucha ternura:

–"¿Qué quieres que haga por ti antes de que me separen de tu lado?"

¡El terrible momento de la partida había llegado! Pronto, Elías se habría ido para siempre. ¿Qué le pediría Eliseo? ¿Dinero? ¿Tierra? ¿Casas? ¿Posición? Cualquier cosa que quisiera podría ser suya, pues seguramente Elías iba derecho al cielo.

–"Te pido que sea yo el heredero de tu espíritu por partida doble –respondió Eliseo".

No podía haber hecho mejor elección. A Dios debió haberle agradado tanto esta actitud como la de Salomón cuando pidió sabiduría.

Elías le dijo que había pedido algo difícil –porque por supuesto solamente Dios podía conceder su Espíritu–; pero, agregó, "si logras verme cuando me separen de tu lado, te será concedido".

Luego avanzaron juntos "caminando y conversando", dice la Biblia, y es una lástima que no sepamos cuáles fueron las últimas palabras preciosas que estos dos grandes hombres de Dios se dijeron mutuamente. Sin duda que Elías instó a Eliseo a que fuera fiel a Dios y mantuviera en marcha la buena obra que él había comenzado.

No estaban ahora lejos del monte Pisga, que se hallaba a solo 16 kilómetros de Jericó. Tal vez subieron a la cumbre de la mon-

taña, hasta el lugar donde Moisés murió y donde Dios lo resucitó de los muertos.

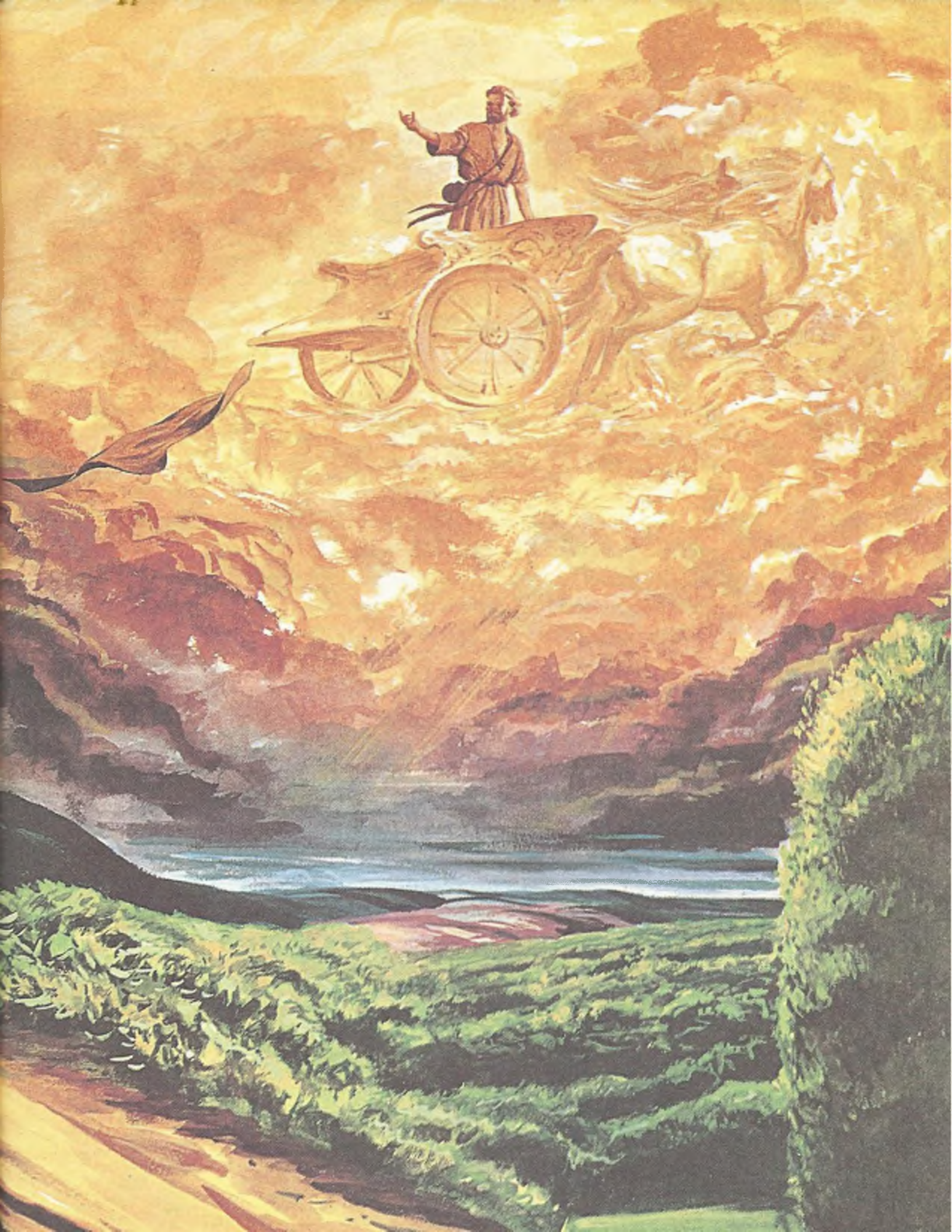
Pronto comenzó a soplar el viento, cada vez más fuerte, hasta que la violencia se hizo arrolladora. Elías pareció arrebatado en él y elevado por encima de la tierra. Repentinamente una ráfaga de luz los rodeó, y apareció algo en el cielo semejante a una de las carrozas de Acab, con la diferencia de que era infinitamente más gloriosa.

Brillaba con gran fulgor, como si fuera de fuego, mientras los seres que la guiaban parecían también envueltos en fuego. ¡Seguramente que debió haber sido una de las propias carrozas de Dios, una carroza de ángeles, enviada para conducir a su fiel siervo a la patria celestial! Rápidamente se acercó a Elías, que subió a la carroza.

"Y Elías subió al cielo en medio de un torbellino".

"¡Padre mío, padre mío –clamó Eliseo al ver a su maestro arrebatado en una ráfaga de gloria–, carro y fuerza conductora de Israel!"

Algo cayó de la carroza mientras se alejaba con rapidez. Poco a



poco fue descendiendo a la tierra, a medida que el viento se calmaba. Eliseo corrió con avidez para tomarlo. Era un manto, el manto de Elías, el último regalo que el profeta le hacía a su amigo.

Al tomarlo, Eliseo regresó al Jordán. Más allá del río estaba Jericó, con su escuela de los profetas, y más allá, la gran obra que Dios quería que hiciera por todo Israel.

¿Podría él hacerla? ¿Estaba preparado? ¿Podría ser un dirigente tan capaz como Elías? ¿En verdad Dios le daría Dios una doble porción de su Espíritu?

El Jordán fue la primera prueba. ¿Se abriría para dejarlo pasar como lo había hecho en el caso de Elías? Tomando el manto de Elías, golpeó las aguas como había hecho su maestro, exclamando: "¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías?" El río se detuvo y Eliseo cruzó al otro lado. Ahora sabía con certidumbre que Dios estaba con él y que siempre lo estaría.

El grupo de profetas lo estaba observando. Al principio, creyeron que Elías había regresado. Pero no, Eliseo estaba solo. Entonces, supieron que tenían un nuevo maestro. "¡El espíritu de Elías se ha posado sobre Eliseo!", dijeron. Y tenían razón, pues Eliseo continuó realizando más y mayores milagros que los que Elías había hecho.

SEGUNDA PARTE

Historias de

Eliseo

(2 Reyes 2:16 a 13:20)

Los muchachos malos y los osos

(2 Reyes 2:16-24)

ELISEO explicó lo mejor que pudo lo que le había ocurrido a Elías, pero la gente no quería creer en él. Incluso a los jóvenes que estudiaban en la escuela de los profetas de Jericó les resultó difícil comprender cómo su amado maestro había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego y en un torbellino. Estaban seguros de que, aún así, debía haber caído en algún lugar, tal vez sobre "algún monte o en algún valle". Querían ir en su búsqueda.

Eliseo les dijo que no fueran, porque solamente perderían el tiempo. Pero de cualquier manera salieron, los 50. Por tres días buscaron sin éxito a Elías.

Un día, los ancianos de la ciudad de Jericó vinieron a ver a Eliseo y le pidieron que hiciera algo con la provisión de agua. Tenía mal gusto, dijeron ellos, y no era buena para regar. Las plantas no crecían con ella.

Eliseo quería ayudarlos. Pidió un vaso lleno de sal, y lo llevó al lugar donde la fuente brotaba de la tierra. Echando en ella la sal, dijo:

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Cuando el agua de la ciudad de Jericó se volvió amarga e inadecuada para tomar, Eliseo pidió un poco de sal, que echó en el manantial. Así, Dios la convirtió en agua potable.

–"Así dice el Señor: '¡Yo purifico esta agua para que nunca más cause muerte ni esterilidad!'"

El chorro de agua todavía brota y aún hoy sigue siendo dulce. Lo sé, porque yo probé esa agua un día cuando visitaba el lugar hace algunos años.

Dejando muy feliz a la gente de Jericó, Eliseo emprendió el camino de regreso a Betel. Al acercarse a la ciudad, para su asombro, vino corriendo hacia él un grupo de muchachos revoltosos, gritando:

–"¡Anda, viejo calvo! ¡Anda, viejo calvo!"

¡Eso quería decir que la historia de la traslación de Elías había llegado ya aquí! ¡Y esto era lo que la gente pensaba de ella! Era evidente que no creía una sola palabra del relato. Estaban riéndose de la idea de que alguien fuera arrebatado al cielo en una carroza de fuego. Estos muchachos maleducados, en realidad, le estaban diciendo que él también fuera a estar con Elías.

Eliseo vio que esto era parte de un plan para arruinar su obra. Sus enemigos querían convertirlo en objeto de burlas. Y él no podía permitirlo. Ni tampoco podía permitir que un suceso tan solemne y tan hermoso como la entrada triunfal de su

maestro en el cielo, fuera puesto en ridículo. A estos muchachos malos debía se les debía enseñar una lección.

De manera que, mientras el grupo de muchachos burlones seguía gritando: "¡Anda, viejo calvo!", Eliseo "se volvió y, clavándoles la vista, los maldijo en el nombre del Señor". En otras palabras, él pidió a Dios que los tratara como merecían por su falta de respeto.

Al hacerlo, dos osas aparecieron en la escena, saliendo de los bosques cercanos. De repente, cesaron las burlas, y las risotadas se convirtieron en gritos de terror, mientras los muchachos escapaban por su vida. Pero las osas los alcanzaron y "despedazaron" a 42 de ellos. Podemos decir, sin equivocarnos, que aquel día los muchachos que pudieron huir y los demás habitantes de Betel aprendieron una lección que jamás olvidaron. Nunca más tratarían irrespetuosamente a un hombre de Dios.

Eliseo siguió su camino y fue al monte Carmelo, donde Dios se había acercado tanto a su maestro Elías, y donde había descendido fuego del cielo. Era un buen lugar adonde ir al comienzo de su ministerio.

El valle de las zanjas rojas

(2 Reyes 2:25 a 3:24)

DEL monte Carmelo, Eliseo fue hasta Samaria. Viajó un buen trecho, tal como Elías lo había hecho antes, sin detenerse demasiado en un solo lugar.

Cierto día, oyeron fuertes golpes en la puerta de la humilde casa donde posaba. Al ir a ver de quién se trataba, encontró una multitud de hombres armados afuera. En su medio había dos personajes reales revestidos de armaduras.

Los reconoció de inmediato. El hombre anciano y de barba era Josafat, rey de Judá. El otro era el joven Jorán, rey de Israel, que había ascendido al trono cuando su hermano Ocozías cayó de la ventana del palacio y murió como consecuencia de las heridas. Como hijo de Acab, era tan malvado como su padre. Los dos reyes dijeron que habían venido para hablar con Eliseo acerca de un asunto importante.

Repentinamente, volviéndose hacia Jorán, Eliseo preguntó qué pretendía al venir a ver a un profeta del Señor.

–"¿Qué tengo yo que ver con usted? Váyase a consultar a los profetas de su padre y de su madre... Le juro que si no fuera por

el respeto que le tengo a Josafat –prosiguió Eliseo–, rey de Judá, ni siquiera le daría a usted la cara".

No había tacto en esa forma de dirigirse a un rey, pero Eliseo era un hombre valiente, y él quería que Jorán supiera que él desaprobaba con todo vigor sus malos actos. Pero gracias a que el buen rey Josafat estaba allí, Eliseo accedió a escuchar la historia.

Ambos estaban en gran dificultad. Sus ejércitos habían comenzado a luchar contra los moabitas. Pensando que podían sorprenderlos atacándolos desde el este, habían hecho un gran desvío atravesando una región desértica, pero ahora no tenían agua ni para los hombres ni para las bestias. Estaban a la merced de sus enemigos. ¿Qué debían hacer? ¿Tenía Eliseo algo que sugerirles?

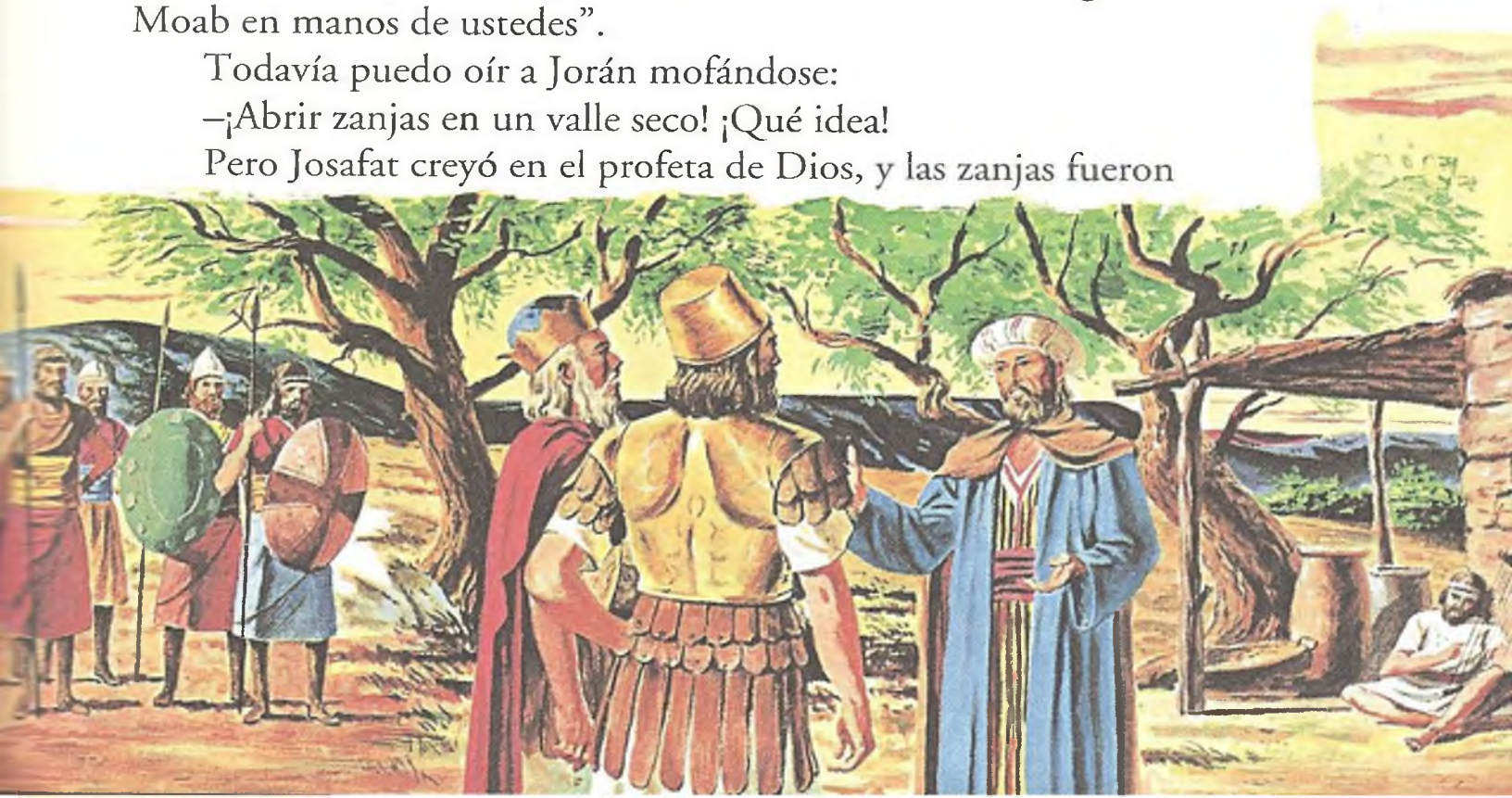
Eliseo llamó a un músico, y mientras tocaba una suave melodía, "la mano del Señor vino sobre Eliseo, y éste dijo:

–"Así dice el Señor: 'Abran zanjas por todo este valle, pues aunque no vean viento ni lluvia –dice el Señor–, este valle se llenará de agua, de modo que podrán beber ustedes y todos sus animales'. Esto es poca cosa para el Señor, que además entregará a Moab en manos de ustedes".

Todavía puedo oír a Jorán mofándose:

–¡Abrir zanjas en un valle seco! ¡Qué idea!

Pero Josafat creyó en el profeta de Dios, y las zanjas fueron



cavadas. Esas zanjas probaron su fe.

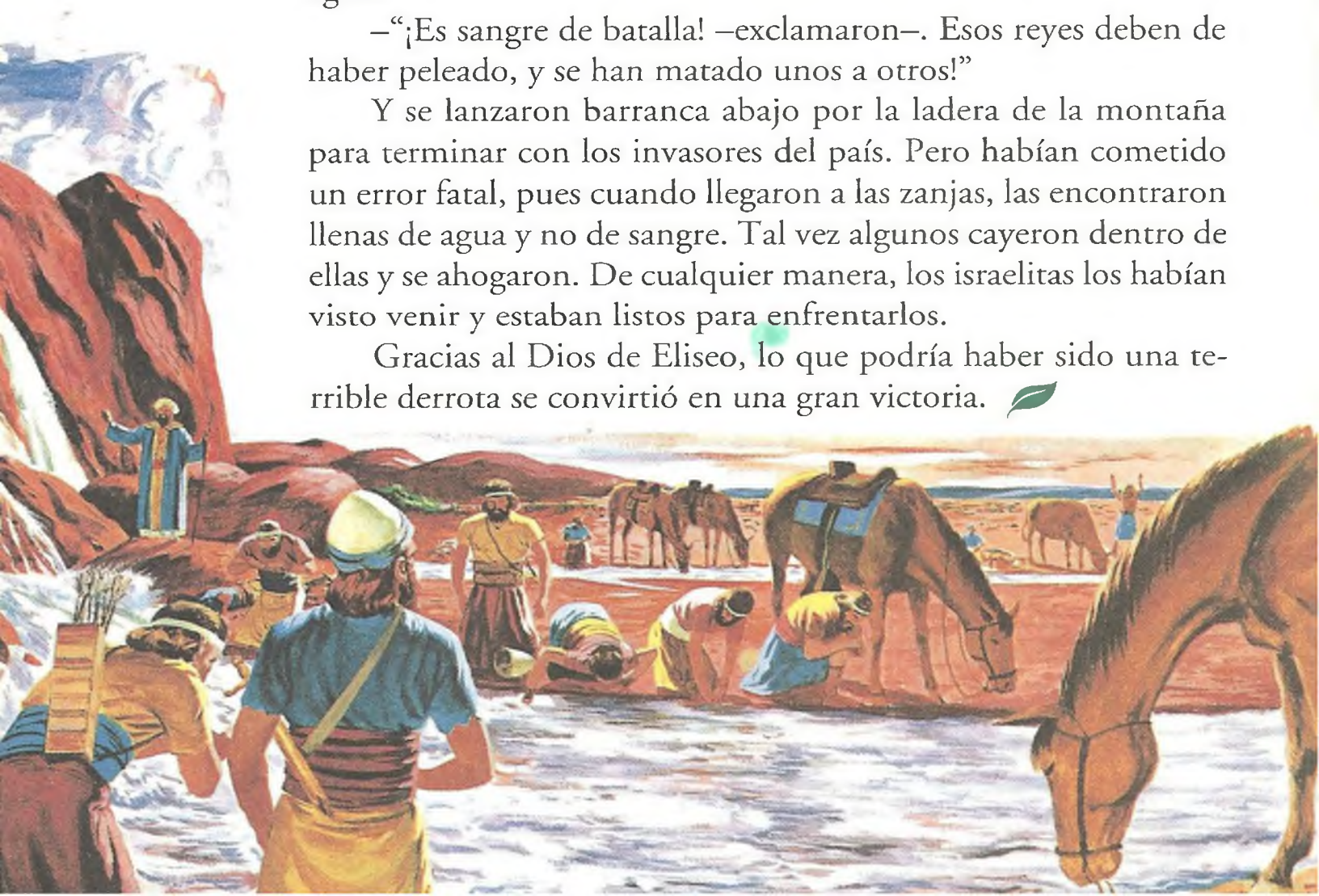
A la mañana siguiente, el sol se elevó en un cielo sin nubes. El aire estaba tranquilo, y no había señal de lluvia; pero repentinamente comenzó a descender una fuerte corriente de agua por la ladera de una de las montañas, por el camino de Edom. El agua se esparció sobre el valle y llenó completamente las zanjas. Soldados, caballos y ganado bebieron con avidez y, su fuerza revivió.

Para ese entonces, por supuesto, los moabitas ya estaban listos para la batalla. Mirando hacia el este, vieron que los soldados de Israel se comportaban de una manera muy extraña. Mientras algunos estaban de pie, otros se arrodillaban, y aun otros estaban echados boca abajo. Era como si estuvieran rodeados de sangre, pues el sol matutino se reflejaba sobre las zanjas llenas de agua.

–"¡Es sangre de batalla! –exclamaron–. Esos reyes deben de haber peleado, y se han matado unos a otros!"

Y se lanzaron barranca abajo por la ladera de la montaña para terminar con los invasores del país. Pero habían cometido un error fatal, pues cuando llegaron a las zanjas, las encontraron llenas de agua y no de sangre. Tal vez algunos cayeron dentro de ellas y se ahogaron. De cualquier manera, los israelitas los habían visto venir y estaban listos para enfrentarlos.

Gracias al Dios de Eliseo, lo que podría haber sido una terrible derrota se convirtió en una gran victoria.



Las misteriosas vasijas de la madre

(2 Reyes 4:1-7)

POR este tiempo, murió un integrante del grupo de los profetas, dejando a una viuda con dos hijos jóvenes. La Biblia no nos dice los nombres de los muchachos, por lo que estoy seguro de que nadie se opondrá si los llamamos Jonás y Joel.

Esa familia era tan pobre, que no había un solo centavo en la casa. Peor aún, su padre había estado fuertemente endeudado, y ahora el acreedor exigía su dinero.

La madre le dijo al acreedor que ella no podía pagar la deuda; sencillamente no tenía dinero. Así que él quiso tomar a Jonás y a Joel para venderlos como esclavos, con el fin de pagar la cuenta.

¡Pobre madre! ¡Cuán triste y asustada debe haber estado! Pero ¿qué podía hacer? ¿Adónde buscaría ayuda? Entonces pensó en Eliseo.

Dejando en casa a los dos muchachos, fue a buscar al profeta, esperando contra toda esperanza que él le daría la solución a sus problemas. Al fin lo encontró y le contó lo que le pasaba.

–"Dime –le dijo Eliseo en tono amable–, ¿qué tienes en casa?

–"Su servidora no tiene nada en casa –le respondió–, excepto un poco de aceite".

Entonces, Eliseo le pidió que hiciera algo extraño.

–"Sal y pide a tus vecinos que te presten sus vasijas; consigue todas las que puedas".

Es muy probable que el profeta notara la mirada inquisidora que le dirigió la viuda, pues él continuó explicándole lo que debía hacer con las vasijas de aceite vacías. Después de haber reunido todas las que podía encontrar, debía cerrar la puerta de su casa y comenzar a verter aceite de la vasija en los envases vacíos. Tenía que continuar vertiendo hasta que todas las vasijas estuvieran llenas.

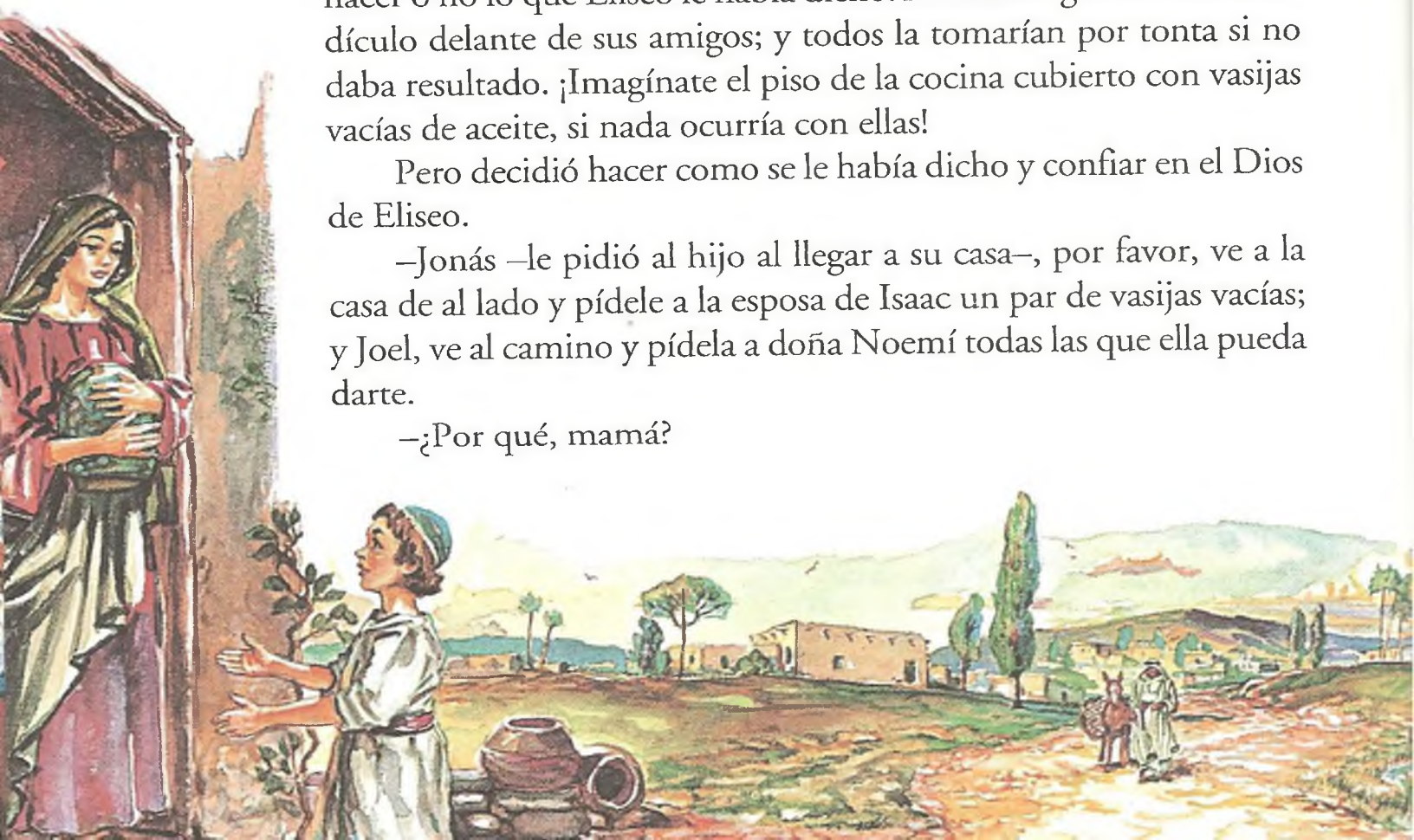
La viuda debió haberse preguntado por un momento si el hombre de Dios hablaba en serio. Ella sabía que tenía solamente una vasija de aceite; ¿cómo podría una sola vasija llenar muchos otros potes vacíos? ¿Y qué pensarían los vecinos si ella comenzaba a pedirles prestados todos sus cacharros?

En el camino de regreso, debe haberse preguntado si debía hacer o no lo que Eliseo le había dicho. A nadie le gusta hacer el ridículo delante de sus amigos; y todos la tomarían por tonta si no daba resultado. ¡Imagínate el piso de la cocina cubierto con vasijas vacías de aceite, si nada ocurría con ellas!

Pero decidió hacer como se le había dicho y confiar en el Dios de Eliseo.

–Jonás –le pidió al hijo al llegar a su casa–, por favor, ve a la casa de al lado y pídele a la esposa de Isaac un par de vasijas vacías; y Joel, ve al camino y pídela a doña Noemí todas las que ella pueda darte.

–¿Por qué, mamá?



–No importa, queridos. Vayan y pidan. Entonces pidan a todos los otros vecinos que les presten todas las vasijas que puedan.

Mientras los chicos corrían, seguramente se preguntaban qué le estaba pasando a la mamá. Tal vez la angustia de la muerte del padre la había afectado. Pero fueron a buscar los cántaros, de cualquier manera. Pronto estaban de vuelta, trayendo todos los cacharros que podían. Entonces salieron de prisa para buscar más.

Los vecinos, al mirar desde sus ventanas, comenzaron a preguntarse qué estaba ocurriendo.

–¿Por qué esos muchachos están llevando todas esas vasijas de aceite a su casa? –se preguntaban.

Cuando les hacían la misma pregunta a Jonás y Joel, la única respuesta que recibían era esta:

–No sé; mamá sencillamente las necesita para algo.

Cuando el piso de la cocina estaba casi todo cubierto de cacharros, la madre cerró la puerta.

–¿Qué estás por hacer con ellos? –preguntaron Jonás y Joel, divertidos.

–Un momento. Ya van a ver.

Entonces tomó su única preciosa vasija que contenía aceite. Y mientras su corazón exhalaba la oración: "¡Querido Dios, manifiéstate!", empezó a verter aceite.

El primer pote no la preocupó mucho, pues sencillamente estaba transfiriendo el contenido de uno a otro. ¡Pero el segundo! Tomó el peso de su propia vasija; todavía estaba pesada. Miró en su interior; todavía había aceite allí. Comenzó a verter en la segunda vasija. Pronto esta también estuvo llena. Con ansiedad, se volvió a la tercera, a la cuarta, a la quinta, a la sexta. Entonces perdió la cuenta.

Con ojos sobresaltados, los muchachos miraban atónitos.

–¿Pero de dónde viene, mamá?

–¡No lo sé –respondió mientras continuaba volcando aceite–. ¡No lo sé!

Llenó una hilera tras otra de vasijas. De repente, se dio cuenta de que había llenado la última vasija.

–¡Jonás, Joel! –gritó–. ¡Más vasijas! ¡Tráiganme otra rápidamente!

Salieron corriendo por la calle, golpeando con entusiasmo todas las puertas.

–¡Mamá necesita otro cántaro! ¡Otro cántaro!

Pero no había más recipientes para prestarle. "En ese momento se acabó el aceite".

Dejando que los muchachos cuidaran el precioso líquido, la madre corrió a Eliseo y le contó su admirable historia, con un corazón desbordante de gratitud a Dios por su bondad.

Eliseo debe haber lucido una bondadosa sonrisa en el rostro mientras escuchaba. Entonces, le dijo a ella:

–"Ahora ve a vender el aceite, y paga tus deudas. Con el dinero que te sobre, podrán vivir tú y tus hijos".

A Dios le gusta hacer cosas así por lo que confían en él.

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Con un corazón lleno de gratitud a Dios por su bondad, la pobre viuda comenzó a verter aceite en las vasijas. La provisión se mantuvo hasta que todas las vasijas estuvieron llenas.

La bondad recompensada

(2 Reyes 4:8-37)

MIENTRAS Eliseo viajaba de un lado a otro de Palestina, con frecuencia pasaba por un lugar llamado Sunén, donde vivía una señora rica. A veces, se detenía en la casa de ella y pedía algo de comer. Siempre lo trataban muy bien y le ofrecían lo mejor, y siempre dejaba una bendición tras sí cuando continuaba su viaje.

Eliseo había dejado una muy buena impresión en esta mujer rica. Él era tan cortés, tan amigable, tan respetuoso, tan diferente de los hombres del mundo, que le dijo a su esposo un día:

–"Mira, yo estoy segura de que este hombre que siempre nos visita es un santo hombre de Dios".

Le propuso entonces que edificaran una pieza en la que él pudiera descansar, y que pusieran en ella "una cama, una mesa con una silla, y una lámpara". Su esposo estuvo de acuerdo. La habitación se edificó y se equipó, y la siguiente vez que Eliseo llegó, fue alojado en ella. ¡Cuán feliz y agradecido estaba! Nadie había sido tan bondadoso con él antes.

Al día siguiente, el profeta le dijo a su siervo Guiezi que llamara a la señora para que él pudiera expresarle su gratitud.

–"Dile a la señora: '¡Te has tomado muchas molestias por nosotros! ¿Qué puedo hacer por ti?'"

Eliseo le ofreció hablar con el rey, o con el capitán del ejército en su favor, si ella tenía algo especial que pedirles. Pero la señora contestó que no, pues estaba contenta con lo que tenía. Entonces le preguntó a Guiezi:

–"¿Qué puedo hacer por ella?"

Guiezi pensó un momento y entonces se le ocurrió una brillante idea.

–"Bueno –contestó el siervo– ella no tiene hijos, y su esposo ya es anciano".

–¡Ah! –replicó Eliseo, agradecido por la sugestión–. "Llámala".

Cuando vino la señora, Eliseo le prometió que, antes que pasara un año, tendría un hijo.

–"¡Imposible!" –dijo ella.

Pero nada es imposible para Dios. Justo cuando se cumplió el plazo mencionado por Eliseo, el niño nació. No es ne-

cesario decir que la mujer amaba a su hijo con mucha ternura y lo cuidaba día y noche mientras crecía. Seguramente que Eliseo manifestaba gran interés en él cuando visitaba a la familia de vez en cuando.

Un día ardiente de verano, cuando el muchacho estaba lejos, trabajando en la cosecha con su padre, repentinamente gritó:

–"¡Ay, mi cabeza! ¡Me duele la cabeza!"

Tal vez tuvo una insolación. El hecho es que su padre se afligió mucho y dijo a uno de sus siervos:

–"¡Llévaselo a su madre!"

Ella lo colocó en su falda y allí lo tuvo hasta el mediodía. A esa hora, el muchacho falleció. Entonces, llevó el cuerpecito inerte escaleras arriba a la habitación que había edificado para Eliseo, y lo colocó en su cama. Cerrando la puerta detrás de ella, salió sin hacer ruido de la habitación con el corazón doblegado por el dolor y el rostro arrugado por la pena. Parecía que había envejecido de repente.

Pero se secó las lágrimas y, asumiendo una actitud va-

liente, pidió a su esposo un siervo y uno de los asnos para ir de inmediato a ver a Eliseo. Él quería saber por qué.

–"No es día de luna nueva ni sábado" –le dijo.

Ella no le explicó por qué, para que el golpe no le resultara demasiado grande al descubrir que su hijito había muerto.

Ella misma ensilló el asno, y le dijo al siervo:

–"¡Anda, vamos! No te detengas hasta que te lo diga".

Así fueron a paso rápido al monte Carmelo, donde encontraron a Eliseo. Cayendo a sus pies, le contó lo que había ocurrido, y cómo el niño se hallaba muerto sobre su cama.

Fue un golpe para Eliseo. Alcanzándole su vara a Guiezi, le dijo que se apresurara tanto como pudiera y la colocara sobre el rostro del niño muerto.

Guiezi corrió adelante, y Eliseo lo siguió, acompañando a la angustiada madre. Pronto los dos vieron a Guiezi que regresaba, con mirada triste e inquisidora.

–"El niño no despierta" –dijo.

Eliseo estaba afligido ahora. Al llegar a la casa, subió las escaleras, entró en la pieza, cerró la puerta, "y oró al Señor".

¡Qué oración fue aquella! ¡Cómo debió haber implorado, al grande y maravilloso Dios a quien servía, que honrara su fe y restaurara el niño a la vida!

Entonces "se tendió sobre el niño boca a boca, ojos a ojos y manos a manos, hasta que el cuerpo del niño empezó a entrar en calor".

Sin embargo ese calor en el cuerpo fue todo lo que él notó; no había otra señal de vida. Eliseo "se levantó y se puso a caminar de un lado a otro del cuarto", preguntándose qué más

podría hacer. Pero todavía seguía teniendo una gran fe de que Dios podía levantar al niño de los muertos, y que lo haría. Mientras caminaba de un lado a otro, oraba con mayor urgencia para que Dios hiciera este milagro para la gloria de su nombre y para bendición de esta apreciada señora que había sido tan buena con él.

El muchachito todavía estaba sin movimiento sobre la cama. El profeta se echó boca abajo sobre él una vez más.

Repentinamente, el niño despertó, estornudó siete veces, y abrió sus ojos. ¡El milagro había ocurrido!

Llamando a la madre, Eliseo dijo bondadosamente y con inmensa felicidad:

–"Puedes llevarte a tu hijo".

Desbordante de gozo, la madre cayó a los pies del profeta y le expresó su agradecimiento. Entonces tomó a su hijo, lo abrazó y besó como solo podía hacerlo una madre que acababa de ver a su más querido tesoro recuperado de entre los muertos.

La pequeña criada fiel

(2 Reyes 5:1-15)

–"¡DÉJENME irme! ¡Déjenme irme! –gritaba la niña–. ¡No me separen de mi mamá!"

Pero los desalmados invasores no escucharon sus súplicas. La pusieron sobre un caballo detrás de un gran soldado sirio y partieron hacia Damasco.

La niña lloró todo el camino, preguntándose entre sollozos y lágrimas: "¿Por qué permitió Dios que esto me aconteciera? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?"

En la gran ciudad, fue vendida como esclava, y se convirtió en la criada de la esposa de Naamán, capitán del ejército del rey de Siria. ¡Cuánta nostalgia y desesperación debió haber sentido aquella primera noche en la gran casa, con toda esa gente extraña! Sin embargo no se olvidó de hacer su oración cotidiana. Sus padres la habían criado en el temor del Dios del cielo, y ella se propuso ser fiel a él sin importar lo que ocurriera.

Por suerte, su ama era bondadosa con ella. Pronto comenzaron a conversar como madre e hija. Sin duda que la niña

contó algunas de las historias que su mamá le había relatado acerca de la forma maravillosa en que el Dios del cielo había cuidado al pueblo de Israel en los años pasados, tales como el cruce del Mar Rojo, pues todo niño hebreo sabía esto de memoria.

A menudo, la pequeña criada notaba que la señora tenía el rostro muy triste. Se preguntaba por qué, pero no se atrevía a preguntarle. Un día, sin embargo, se enteró de cuál era el problema. Naamán, su esposo, tenía esa terrible enfermedad que se llama lepra.

La criadita había visto leprosos antes, y conocía los efectos terribles de la enfermedad. Su bondadoso corazón sentía simpatía por sus patrones. Anhelaba hacer algo para ayudarlos, pero ¿qué podía hacer una niñita, tan lejos de su hogar, en una tierra extranjera?

Entonces, se le ocurrió una brillante idea. Si ella misma hacía su parte, tal vez Dios también haría la suya. Viendo las lágrimas en el rostro de su señora, fue a ella y le dijo con toda bondad:

–"Ojalá el amo fuera a ver al profeta que hay en Samaria, porque él lo sanaría de su lepra".

–Dulce niñita, ¿qué es lo que te hace pensar así?

Esto le dio a la pequeña criada la oportunidad que buscaba. Comenzó a hablar acerca de todas las cosas admirables que Eliseo había hecho, y Elías antes que él.

–El otro día Eliseo resucitó a un muchacho muerto. Sí, estaba completamente muerto. Todo el mundo lo dice. Y en una ocasión transformó el agua amarga de la fuente de Jericó en agua dulce. Y su maestro, Elías, hizo también algunas cosas maravillosas. Consiguió que la vasija de harina y el pote de aceite de una pobre viuda duraran varios días, tal vez un año entero. En una ocasión, hizo descender fuego del cielo sobre la cumbre del monte Carmelo, para quemar sacrificio, aunque el agua lo empapaba todo. ¡Sí, mi señora, el Dios del cielo es un Dios maravilloso! ¡Y Eliseo es su profeta, un hombre de Dios! Yo estoy segura de que él sanaría a su esposo si solamente fuera a verlo.

La pequeña criada habló una y otra vez. Su ama quedó tan conmovida, que le contó toda la historia a su siervo, quien a su vez se la fue a contar a Naamán. Este resultó tan impresionado, que se lo contó al rey de Siria, quien pensó que la niña tenía una buena idea, y dijo que le escribiría al rey de Israel acerca del asunto de inmediato.

Desgraciadamente, el rey de Siria confundió un poco las cosas. Cuando la historia de la criada llegó a sus oídos, pensó que el rey de Israel, y no Eliseo, era el que había de realizar la curación. Así lo expresó en su carta: "Te lo envío para que lo

sanes de su lepra".

Cuando el rey de Israel recibió la carta y se enteró de que Naamán ya había llegado con "treinta mil monedas de plata [340 kilogramos], seis mil monedas de oro [68 kilogramos] y diez mudas de ropa" para pagar por su cura, se puso sumamente nervioso. La Biblia dice que rasgó sus vestidos y exclamó:

–"Y acaso soy Dios, capaz de dar vida o muerte, para que ese tipo me pida sanar a un leproso? ¡Fíjense bien que me está buscando pleito!"

Pronto la historia corrió por toda Samaria. Le llegó a Eliseo, que debe haberse sonreído ante la situación en que ahora se encontraba el rey idólatra. Él podría haber dejado que se las

arreglara solo, pero buscó una oportunidad de traer gloria al Dios de Israel en un país extranjero, y le dijo al rey que él atendería a Naamán.

"Así que Naamán, con sus caballos y sus carros, fue a la casa de Eliseo y se detuvo ante la puerta".

Eliseo le envió un mensajero para decirle que, si él se lavaba en el Jordán siete veces, sería curado de su lepra. Cuando oyó esto, Naamán se enojó mucho y partió diciéndoles a sus siervos:

–"¡Yo creí que el profeta saldría a recibirme personalmente para invocar el nombre del Señor su Dios, y que con un movimiento de la mano me sanaría de la lepra!"

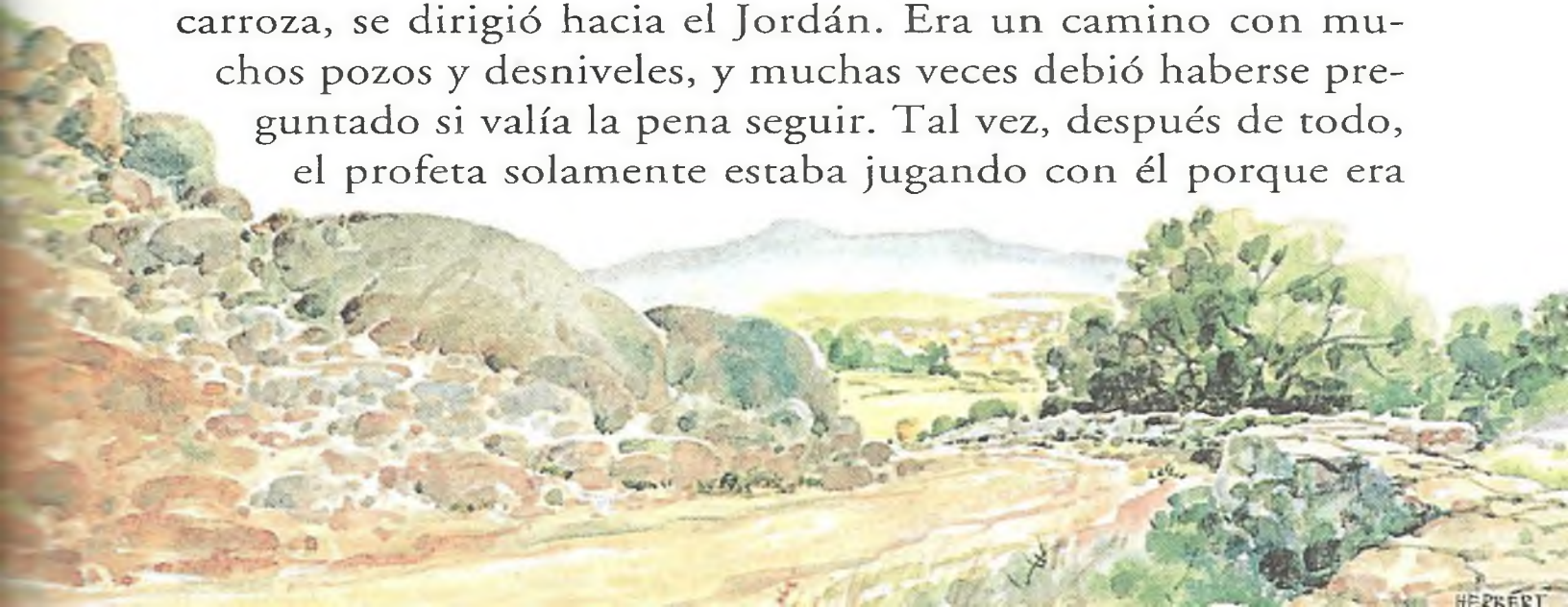
Estaba alterado porque no lo habían recibido con honores, y más aún porque su orgullo nacional había sido herido. ¿Por qué debía ir a lavarse en el Jordán?

–"¿Acaso los ríos de Damasco, el Abaná y el Farfar, no son mejores que toda el agua de Israel? –dijo con ira–. ¿Acaso no podría zambullirme en ellos y quedar limpio?"

Sus siervos revelaron más sentido común.

–"Señor, si el profeta le hubiera mandado hacer algo complicado, ¿usted no le habría hecho caso? ¡Con más razón si lo único que le dice a usted es que se zambulla, y así quedará limpio!" –le respondieron.

Por fin Naamán estuvo de acuerdo. Haciendo regresar su carroza, se dirigió hacia el Jordán. Era un camino con muchos pozos y desniveles, y muchas veces debió haberse preguntado si valía la pena seguir. Tal vez, después de todo, el profeta solamente estaba jugando con él porque era



un general extranjero.

Al llegar al Jordán, se introdujo en el río mientras sus siervos observaban lo que ocurría. Entonces, se sumergió en el agua y volvió a salir. Todos observaron las manchas blancas que señalaban el lugar donde la lepra se había iniciado. Todavía estaban allí. Se sumergió la segunda vez y volvió a salir. Todavía nada ocurría. La tercera vez, la cuarta, la quinta, la sexta, y todavía la horrible marca estaba allí.

Todos los siervos habían estado contando. Todos sabían que la próxima vez sería la séptima y la definitiva. Una vez más Naamán entró en el agua, se sumergió y salió.

–¡Miren! ¡Miren! –gritó–. ¡Se ha ido!

Todos se apiñaron en torno a él. Era verdad. La lepra había desaparecido. Colocándose sus vestiduras, Naamán saltó a la carroza. ¡Cómo la condujo mientras ascendía la ruta montañosa! Fue una maravilla que las ruedas no se le salieran mientras saltaban por los baches del camino y sobre las rocas. Sus siervos lo siguieron con la misma velocidad salvaje, hasta que llegaron a la casa de Eliseo.

Esta vez, él estaba allí para saludarlos, pues al oír el galope de los caballos sospechó lo que había acontecido. Naamán casi no sabía cómo expresarle su gratitud. Inclinando la cabeza, dijo:

–"Ahora reconozco que no hay Dios en todo el mundo, sino sólo en Israel".

De esta manera, la niñita cautiva llevó a su señor a Dios y le salvó la vida. ¡Cuán feliz debe haber estado cuando oyó las buenas noticias!

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

La lepra de Naamán, capitán del ejército del rey de Siria, fue curada cuando obedeció la palabra del Señor por medio de Eliseo y se sumergió hasta siete veces en el río Jordán.

El codicioso Guiezi

(2 Reyes 5:15-27)

NAAMÁN se sentía tan feliz y agradecido por haber sido curado de su lepra, que quiso regalarle a Eliseo todo el oro, la plata y los hermosos vestidos que había traído con él.

Pero Eliseo no quería pago alguno por algo que Dios había hecho. Esperaba que este famoso general fuera de regreso a su rey y a su país y contara cómo el Dios de Israel, a diferencia de los dioses de los paganos, está dispuesto ayudar a los necesitados de todas las naciones gratuitamente, "sin pago alguno".*

–"¡Tan cierto como que vive el Señor –le dijo a Naamán–, a quien yo sirvo, que no voy a aceptar nada!"

Naamán insistió, pero él se negó.

Maravillado con el recuerdo de esta admirable generosidad, Naamán inició el camino de regreso a Damasco. Seguramente que les dijo a sus siervos: "Nunca he visto algo semejante en toda mi vida. ¡Imagínense a un hombre que se niega a aceptar todo este dinero que yo le ofrezco! ¡El Dios a quien sirve debe ser diferente de cualquier otro que yo haya conocido hasta ahora!" Así,

el grupo prosiguió feliz su marcha hacia el norte, todos ansiosos por llegar a su casa y contar lo que habían visto y oído en Israel.

Entonces, algo hizo que Naamán mirara hacia atrás. Un hombre corría detrás de ellos. A la distancia, parecía Guiezi, el siervo de Eliseo. ¿Qué querría? Naamán detuvo sus cabalgaduras, y todos los demás hicieron lo propio. Guiezi llegó jadeante. Naamán salió de su carroza para saludarlo.

–¿Va todo bien? –le preguntó, un poco preocupado.

–Oh, sí –dijo Guiezi con alegría, mientras pronunciaba la mayor mentira de su vida–. Bien. Mi señor me ha enviado a decir: En este momento acaban de llegar a mí dos jóvenes de la montaña de Efraín, pertenecientes a los discípulos de los profetas. "Te pido que me des para ellos tres mil monedas de plata y dos mudas de ropa".

La historia parecía perfectamente plausible, y Naamán estaba más que feliz de complacerlo.

–"Por favor, llévate seis mil –respondió Naamán, e insistió en que las aceptara.

"Echó entonces las monedas en dos sacos, junto con las dos mudas de ropa, y todo esto se lo entregó a dos criados para que lo llevaran delante de Guiezi".

Naamán hizo puso en movimiento de nuevo a sus caballos y partió, preguntándose si la historia de Guiezi era cierta o si Eliseo quería el dinero para sí mismo, después de todo. Mientras tanto, Guiezi volvió y escondió su botín en un lugar seguro.

Pero si él creía que iba a guardar en secreto algo semejante,

sencillamente no conocía bien a su maestro.

–"¿De dónde vienes, Guiezi? –le preguntó Eliseo.

–"Su servidor no ha ido a ninguna parte –respondió Guiezi.

–¡A parte alguna! –exclamó el profeta con gran enojo–. "¿No estaba yo presente en espíritu cuando aquel hombre se bajó de su carro para recibirte?"

Guiezi miró al suelo avergonzado. ¡Había sido descubierto! ¡Sus terribles mentiras eran conocidas!

Pero Eliseo no había terminado con él todavía:

–"¿Acaso es éste el momento de recibir dinero y ropa, huertos y viñedos, ovejas y bueyes, criados y criadas?" –le increpó con severidad.

No lo era. Guiezi, como siervo del profeta de Dios, debía haberlo sabido.

Entonces vino el castigo:

–"Ahora la lepra de Naamán se les pegará ti y a tus descendientes para siempre" –sentenció el profeta.

El tremendo castigo divino sobre el codicioso Guiezi se realizó de inmediato, y "no bien había salido Guiezi de la presencia de Eliseo cuando ya estaba blanco como la nieve por causa de la lepra".

Por su codicia, su egoísmo y su falsedad, Guiezi había echado a perder algo muy hermoso que Dios había tratado de hacer en favor de todo el reino de Siria y de todo el mundo.

* Isaías 55:1.

El ejército secreto de Eliseo

(2 Reyes 6:8-23)

DESPUÉS que Naamán regresó a Damasco, el rey de Siria –por alguna razón que desconocemos– le declaró nuevamente la guerra a Israel. Pero algo salió mal en la campaña. Cada vez que planeaba un ataque o una emboscada, el rey de Israel lo sabía y se preparaba para la ocasión.

Esto sucedió tantas veces, que el rey de Siria se sintió seguro de que había un traidor en su campamento. Convocando a sus oficiales, les dijo con amargura:

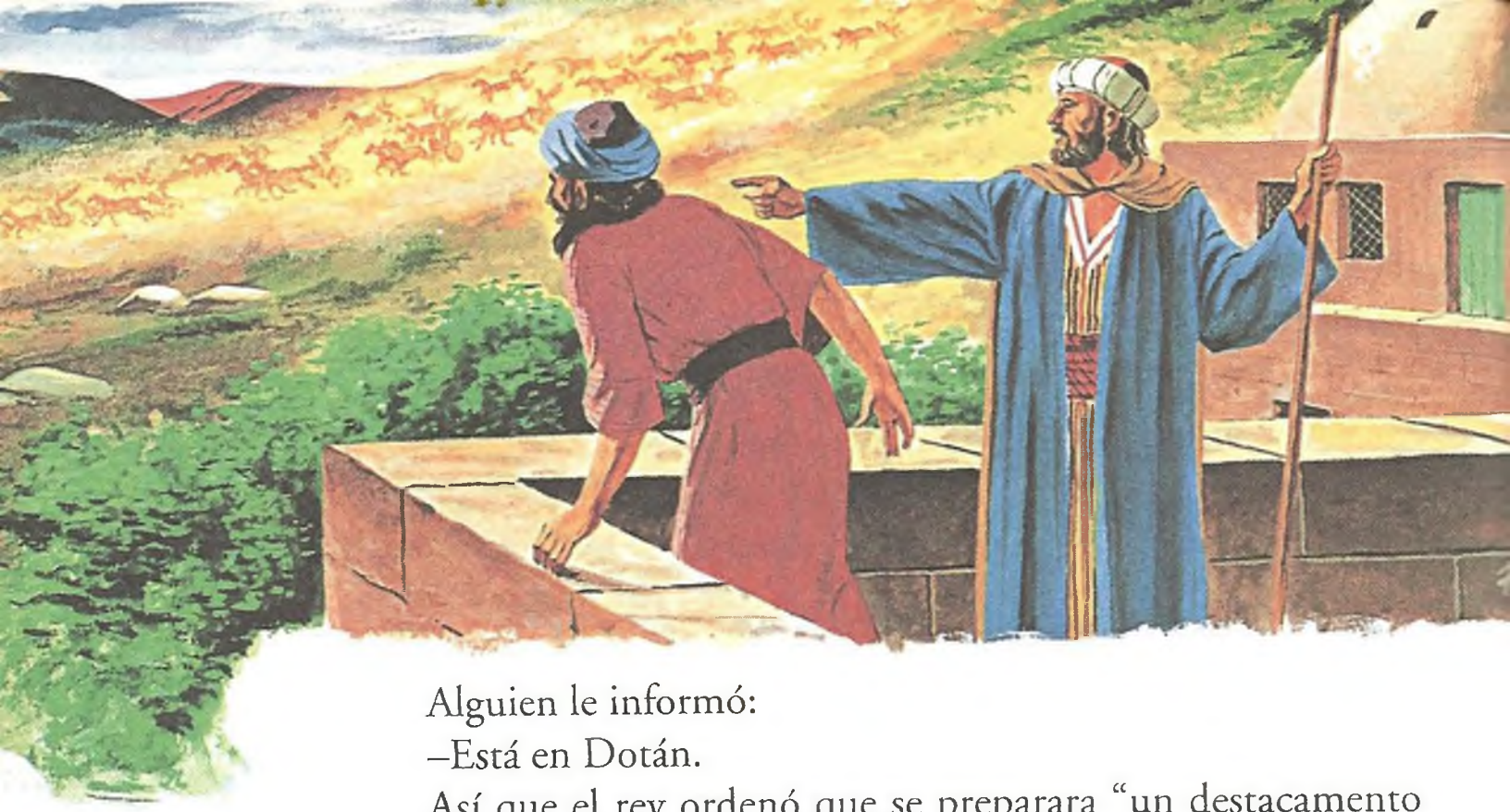
–"¿Quieren decirme quién está informando al rey de Israel?

–"Nadie, mi señor y rey –respondió uno de ellos–. El responsable es Eliseo, el profeta que está en Israel. Es él quien le comunica todo al rey de Israel, aun lo que Su Majestad dice en su alcoba".

Pudo haber sido Naamán mismo quien dijo esto, o alguien al que él había hablado acerca del poder del Dios de Eliseo.

Ahora el problema le parecía fácil al rey. Debía apresar a Eliseo, y todo quedaría resuelto. De modo que dijo a sus hombres:

–"Pues entonces averigüen dónde está –ordenó el rey–, para que mande a capturarlo".



Alguien le informó:

–Está en Dotán.

Así que el rey ordenó que se preparara "un destacamento grande, con caballos y carros de combate" para ir a Dotán a fin de buscar a este hombre que sabía tanto. Pensando en tomar a Eliseo por sorpresa, el ejército llegó de noche y rodeó completamente la ciudad. Parecía que no había forma en que el profeta de Dios se librara esta vez.

Temprano por la mañana del día siguiente, cuando el siervo de Eliseo miró desde los muros de la ciudad y vio todos los caballos y carros de guerra, sintió miedo.

–"¡Ay, mi señor! –exclamó el criado–. ¿Qué vamos a hacer?"

Pero Eliseo no estaba afligido en lo más mínimo. Su confianza en Dios era tan grande, que nada lo angustiaba jamás.

–"No tengas miedo –respondió Eliseo–. Los que están con nosotros son más que ellos".

El joven lo miró. ¿Cómo podía ser? No había nadie en Dotán listo para luchar contra esos sirios. ¿Tenía Eliseo algún ejército secreto?

Claro que sí. Y ahora el profeta oró diciendo: "Señor, ábrele... los ojos para que vea".

Dios contestó la oración. Un momento más tarde el joven vio lo que Eliseo había estado viendo durante todo el tiempo.

–¡Mira! –exclamó entusiasmado–. ¡Míralos a todos!

"Y el criado vio que la colina estaba llena de caballos y de carros de fuego alrededor de Eliseo". Y cuando "ya los sirios se acercaban a él", Eliseo le rogó a Dios: "Señor, castiga a esta gente con ceguera".

Era un extraño pedido, pero tenía un plan maravilloso en mente. Entonces salió de la ciudad y con valor se aproximó a los dirigentes del ejército sirio, que iban de aquí para allá en su ceguera sin saber dónde estaban ni qué hacer.

–"Ésta no es la ciudad adonde iban; han tomado un camino equivocado. Síganme, que yo los llevaré adonde está el hombre que buscan. Pero los llevó a Samaria", precisamente la capital de Israel.

Cuando los tuvo a todos asegurados dentro de los portales de la ciudad oró: "Señor, ábreles los ojos, para que vean". Dios lo hizo, y los soldados vieron con súbito temor que estaban en medio de la ciudad de Samaria. El rey de Israel estaba encantado.

Aquí había una espléndida oportunidad para enseñar a los sirios una lección que nunca olvidarían.

–"¿Los mato, mi señor? ¿Los mato?" –le preguntó a Eliseo con gozo.

–"No, no los mates –contestó Eliseo–. Mejor sírveles comida y agua para que coman y beban, y que luego vuelvan a su rey. Así que el rey de Israel les dio un tremendo banquete. Cuando terminaron de comer, los despidió, y ellos regresaron a su rey".

¡Qué acción generosa y llena de bondad era esa! Era amar a los enemigos de una manera muy extraña. Y tuvo su efecto, por lo menos durante un tiempo. Leemos que "las bandas de sirios no volvieron a invadir el territorio israelita".

Vale la pena tener la protección del ejército secreto de Eliseo. Tú y yo podemos contar con ella también. La Biblia dice: "El ángel del Señor acampa en torno a los que le temen; a su lado está para librarlos".*

* Salmo 34:7.

Cuatro sorprendidos leprosos

(2 Reyes 6:24 a 7:20)

LA Biblia no revela cuántos meses pasaron antes que los sirios olvidaran la bondad que Eliseo había manifestado hacia sus soldados. El hecho es, sin embargo, que lo olvidaron, porque lo próximo que se relata es que Ben Adad, rey de Siria, marchó sobre Samaria y la sitió.

Esta vez, pensó, no habría ningún error. Los sirios querían terminar con Israel de una vez para siempre. De manera que se apostaron frente a todas las salidas de la ciudad, esperando que los israelitas murieran de hambre.

Y esto ocurrió. Al pasar las semanas y los meses, las reservas de alimentos se hicieron más y más escasas. Los precios subieron más y más, hasta que "que la cabeza de un asno se vendía por ochenta piezas de plata"; un enorme precio. Solamente los ricos podían comprar comida. Algunos padres incluso cocieron y comieron a sus propios hijos. Muchos murieron de hambre.

Nunca se había visto tal hambruna. Era aún peor que la que habían soportado en los días de Elías, cuando habían carecido de lluvia por tres años y medio. Eliseo pasó por toda esta penuria, y su-

frió junto con el pueblo. Él sabía que toda esta aflicción había venido como resultado del mal comportamiento del rey. Pero el rey lo culpó a él.

Por fin, cuando las cosas se habían empeorado hasta el máximo, el rey prometió que iba a matar a Eliseo ese mismo día. Se mandó a un verdugo para que cumpliera la sentencia, y el rey lo siguió para asegurarse de que su orden era obedecida.

–"Atranquen la puerta para que no entre" –ordenó Eliseo cuando se enteró de los planes de quitarle la vida.

Pronto se oyeron fuertes golpes, pero no quiso abrir. Entonces, oyó la voz del rey mismo, que decía:

–"Esta desgracia viene del Señor; ¿qué más se puede esperar de él?"

Eliseo le replicó:

–"Oigan la palabra del Señor, que dice así: 'Mañana a estas horas, a la entrada de Samaria, podrá comprarse una medida de flor de harina [4,5 kilogramos] con una sola moneda de plata [14 gramos], y hasta una doble medida de cebada por el mismo precio'.

"El ayudante personal del rey replicó:

–"¡No me digas! Aun si el Señor abriera las ventanas del cielo, ¡no podría suceder tal cosa!"

Los precios que Eliseo había mencionado eran tan bajos que, comparados con los precios de hambre que regían en la ciudad en aquel tiempo, deben haber parecido ridículos. Pero aunque el hombre se burló de él, Eliseo no alteró su profecía. En cambio dijo:

–"Pues lo verás con tus propios ojos –le advirtió Eliseo–, pero no llegarás a comerlo".

Cuatro Sorprendidos Leprosos

El rey y sus hombres regresaron. Tal vez el rey se dijo: "Le daremos un día más y entonces, si nada ocurre, seguramente ordenaré que lo maten".

Como de costumbre, Eliseo no estaba preocupado por estas amenazas airadas. Él sabía que los sirios estaban por retirarse. Su ejército secreto –los carros del Señor y todos sus ejércitos refulgentes– estaban por entrar en acción una vez más, y no había nada que temer.

Esa misma tarde, en la manera admirable en que Dios hace las cosas, "el Señor había confundido a los sirios haciéndoles oír el ruido de carros de combate y de caballería, como si fuera un gran ejército. Entonces se dijeron unos a otros: '¡Seguro que el rey de Israel ha contratado a los reyes hititas y egipcios para atacarnos!' Por lo tanto, emprendieron la fuga al anochecer abandonando tiendas de campaña, caballos y asnos. Dejaron el campamento tal como estaba, para escapar y salvarse".

Los primeros en descubrir que los ejércitos sirios se habían retirado fueron cuatro leprosos que lentamente se morían de hambre fuera de los muros de Samaria. Ocurrió que ese mismo día se habían dicho el uno al otro:

–"¿Qué ganamos con quedarnos aquí sentados, esperando la muerte?"

De manera que al amanecer se dirigieron hacia el campamento sirio y encontraron que no había nadie. No podían creer lo que sus ojos veían. Pensaban que debía haber algún error.

Al ir de una tienda a la otra, hallaron que los sirios habían abandonado todos sus efectos valiosos: ¡el dinero, los vestidos, toda suerte de cosas, y mejor que nada, alimentos! ¡Montones y pilas de alimentos! ¡Y cómo comieron! Se llenaron de lo mejor de cada cosa. Entonces reunieron plata y oro y vestidos de todas clases y los escondieron.

Pero en seguida su conciencia comenzó a molestarlos. Sintieron que eran egoístas, y que solo ellos disfrutaban de todo mientras tantas personas morían de hambre dentro de la ciudad. De manera que enviaron el mensaje al rey.

El monarca estaba en cama cuando estas noticias le llegaron. Cuando lo despertaron, no sabía si creerlo o no. Estaba seguro de que aun cuando fuera cierto, era solamente una trampa que los sirios habían armado. Sin duda que estaban esperando en las montañas que los israelitas salieran; entonces los atacarían.

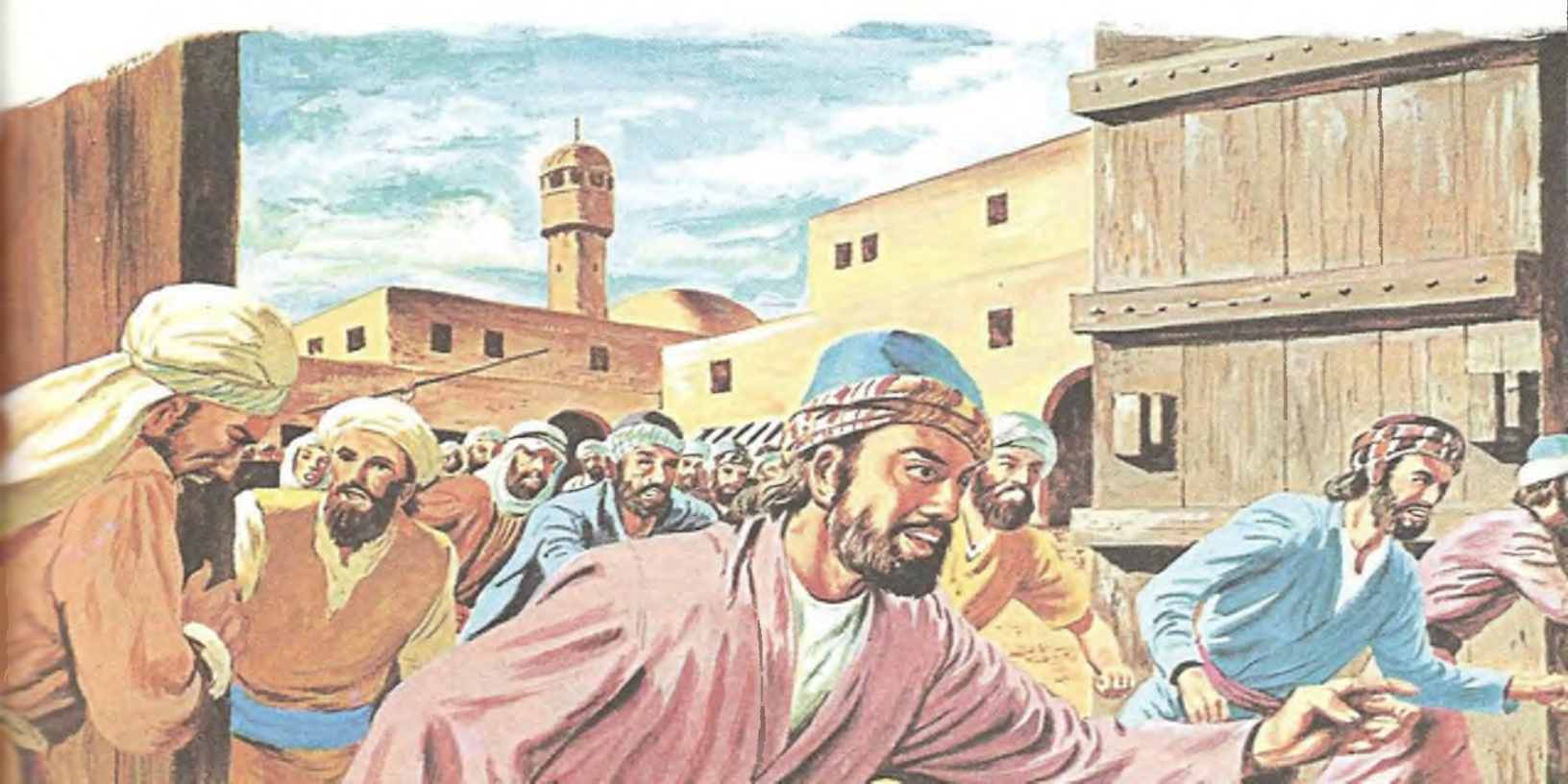
Alguien sugirió que se enviaran cinco jinetes fuera de la ciudad para investigar las cosas. Esta pareció una buena idea, pero por falta

de caballos mandaron solamente dos.

Estos exploradores siguieron las huellas de los sirios hasta el Jordán mismo. A través de todo el camino encontraron "lleno de ropa y de objetos que los sirios habían arrojado al huir precipitadamente".

Cuando regresaron a Samaria, la noticia con respecto al campamento vacío se esparció como reguero de pólvora. Pronto la gente pobre que estaba muriendo de hambre fue saliendo fuera de la ciudad de a miles. Encontraron tanto alimento, que había suficiente para reponer las existencias en los negocios. Los precios bajaron tanto, que una medida de flor de harina se vendía por una sola moneda de plata, y hasta una doble medida de cebada por el mismo precio, tal como Eliseo lo había anunciado.

En cuanto al hombre que se había reído de la profecía de Eliseo, el rey lo puso a cargo de la puerta de la ciudad para dirigir el pesado tránsito. Pero este fue tan grande, que el hombre fue derribado, pisoteado y muerto. De manera que vio los alimentos baratos, pues todos llevaban parte consigo, pero nunca tuvo oportunidad de comerlos. Nunca vale la pena burlarse de un profeta del Señor.



Haciendo que el hierro flote

(2 Reyes 4:38-44; 6:1-7)

DIOS realizó muchos milagros por medio de su fiel siervo Eliseo. Quizá fue porque los tiempos eran tan oscuros, y el pueblo de Dios era tan pobre y necesitado, que el Señor reveló su poder de muchas maneras maravillosas.

Una vez, cuando Eliseo visitaba la escuela de los profetas de Guilgal, descubrió que los estudiantes tenían muy poco para comer. Al ver cuánta hambre tenían los estudiantes, le dijo a su criado:

–Pon esa olla grande –y todos comenzaron a esperar una buena comida.

Mientras el alimento se cocinaba, uno de los estudiantes, ansioso de ayudar, trajo un montón de calabazas silvestres, las cortó en trozos y las colocó en la olla, sin saber que eran venenosas.

Cuando llegó la hora de la comida, los jóvenes rodearon la mesa mientras se les hacía agua la boca. Teniendo a Eliseo a la cabeza sabían que todo les iría bien. Aguardaron ansiosa-

mente mientras el alimento era servido.

Pero entonces vino un terrible chasco. Alguien reconoció el gusto de las calabazas silvestres.

–"¡Hombre de Dios, esto es veneno!" –gritó.

¡Pobres alumnos hambrientos! Todos miraron a Eliseo, preguntándose por qué había permitido que eso ocurriera. Pero él no los abandonó, ni estaba alterado.

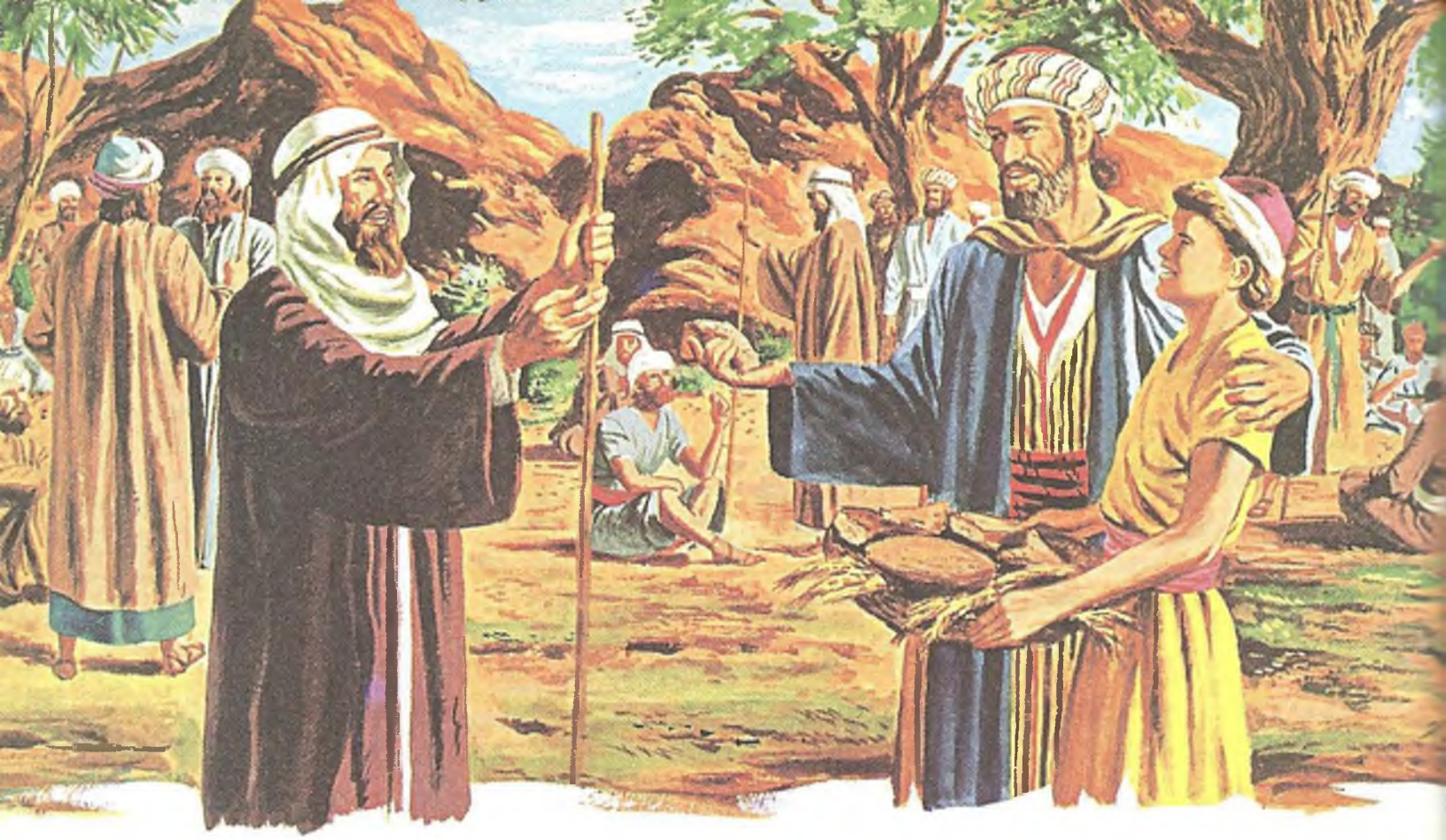
–"Tráiganme harina" –ordenó.

Y trajeron un poco. La echó dentro de la olla.

–"Sírvanle a la gente para que coma" –les dijo.

Así lo hicieron, y he aquí el gusto amargo había desaparecido y el veneno se había desvanecido.

En otra oportunidad, cuando se reunió con un grupo de personas –unas 100 en total– alguien le trajo 20 panes de cebada y algunas espigas de grano en una bolsa.



–"Dale de comer a la gente" –dijo.

–"¿Cómo voy a alimentar a cien personas con esto? –respondió el criado".

–Sí –dijo Eliseo–. "Dale de comer a la gente, pues así dice el Señor: 'Comerán y habrá de sobra'".

Era este un milagro igual al de los panes y los peces que Jesús habría de realizar más de 800 años más tarde. Hubo abundante alimento para todos y además mucho sobrante.

Un día, uno de los dirigentes de una de las escuelas de los profetas vino a Eliseo y le informó que en los edificios ya no había lugar para todos los jóvenes que querían asistir. ¿Estaba bien que levantaran otro edificio? Querían cortar árboles y hacer el resto de los trabajos ellos mismos, para no gastar mucho. Eliseo les dijo que el plan parecía bueno y les deseó éxito.

–"Acompañe usted, por favor, a sus servidores" –le pidie-

ron con urgencia, ansiosos de su buen consejo.

–Iré –dijo él, y fue con ellos.

Al llegar al Jordán, todos comenzaron a derribar y cortar árboles a lo largo de la ribera del río. Repentinamente, se oyó un grito de alarma.

–"¡Ay, maestro! –gritó uno de los alumnos–. ¡Esa hacha no era mía!"

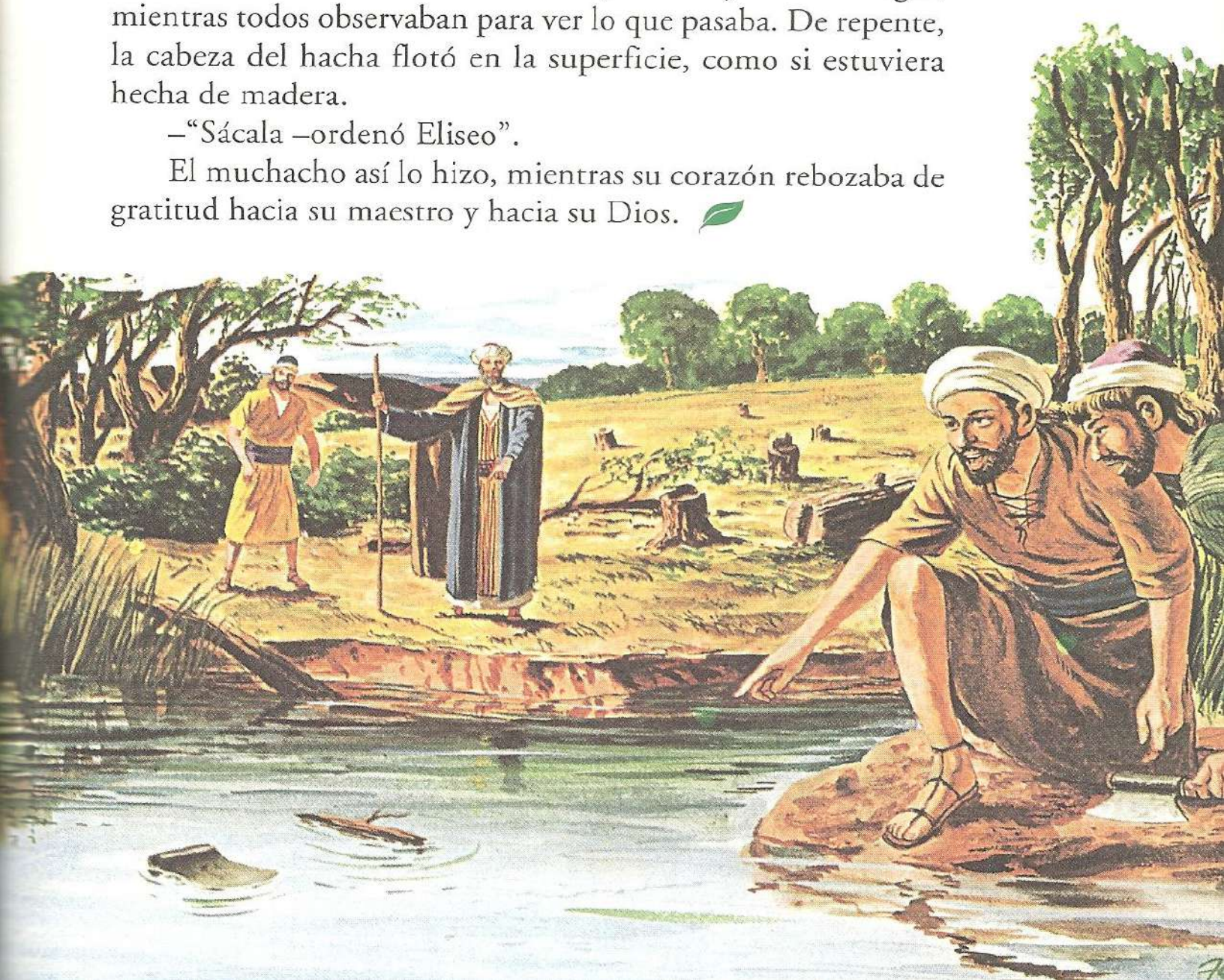
–"¿Dónde cayó? –preguntó el hombre de Dios".

–Aquí –dijo el joven, señalando el lugar donde había desaparecido.

Eliseo cortó un trozo de leña y lo arrojó en ese lugar, mientras todos observaban para ver lo que pasaba. De repente, la cabeza del hacha flotó en la superficie, como si estuviera hecha de madera.

–"Sácala –ordenó Eliseo".

El muchacho así lo hizo, mientras su corazón rebozaba de gratitud hacia su maestro y hacia su Dios.



Flechas de liberación

(2 Reyes 13:14-20)

UNO a uno los años fueron pasando. Eliseo iba desde los palacios hasta las cabañas, hablando con toda naturalidad tanto a reyes como a la gente común. Algunos lo amaban, otros lo odiaban. En tiempo de guerra, hambre y mucho sufrimiento, él era como una torre de fortaleza para todos los que permanecían fieles al Dios del cielo.

Entonces, cayó enfermo "de la enfermedad de que murió". Mientras estaba en su lecho de muerte, Joás, rey de Israel, vino a visitarlo. Con lágrimas, el rey exclamó:

–"¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!"

Esta fue la forma que usó para expresarle cuánto significaba para él y para su reino el anciano profeta. Y sus palabras significaban más aún, debido a que había perdido todo, con excepción de 10 de sus carros de guerra, al enfrentarse con el rey de Siria.

Eliseo sabía cuán desanimado estaba el rey, así que le dijo:

–"Consigue un arco y varias flechas".

Así lo hizo el rey.

Flechas De Liberación

–"Empuña el arco" –le dijo el anciano.

El rey obedeció, y Eliseo puso sus propias manos sobre las manos del rey Joás, para hacerle saber que Dios estaría con él.

–"Abre la ventana que da hacia el oriente" –dijo Eliseo.

De nuevo el rey obedeció.

–"¡Dispara!" –ordenó Eliseo.

Y él tiró.

–"¡Flecha victoriosa del Señor! ¡Flecha victoriosa contra Siria! ¡Tú vas a derrotar a los sirios en Afec hasta acabar con ellos!"

Entonces le dijo al rey:

–"Toma las flechas".

El rey las agarró.

–"¡Golpea el suelo!" –dijo Eliseo.

El rey golpeó con las flechas la tierra tres veces.

–¡No! –exclamó indignado el profeta–. "Debiste haber golpeado el suelo cinco o seis veces; entonces habrías derrotado a los sirios hasta acabar con ellos".

Aun los golpes de las flechas sobre la tierra significaban más de lo que el rey entendía. Debía haber herido con esas flechas la tierra cinco, seis, siete, diez veces, para manifestar su intenso deseo de hacer la obra que Dios quería que hiciera.

Después de esto, Eliseo se debilitó más y más, y se dio cuenta de que su fin estaba cerca. Quizá se preguntó algunas veces si la carroza de fuego que había arrebatado a Elías al cielo vendría a buscarlo. Pero no llegó ninguna carroza. Así que murió como el resto de las personas, "y fue sepultado".

Sin embargo, en la gloriosa mañana de la resurrección, despertará para ver la carroza que viene directamente hacia él, con los resplandecientes jinetes del cielo dispuestos a llevarlo al hogar.

TERCERA PARTE

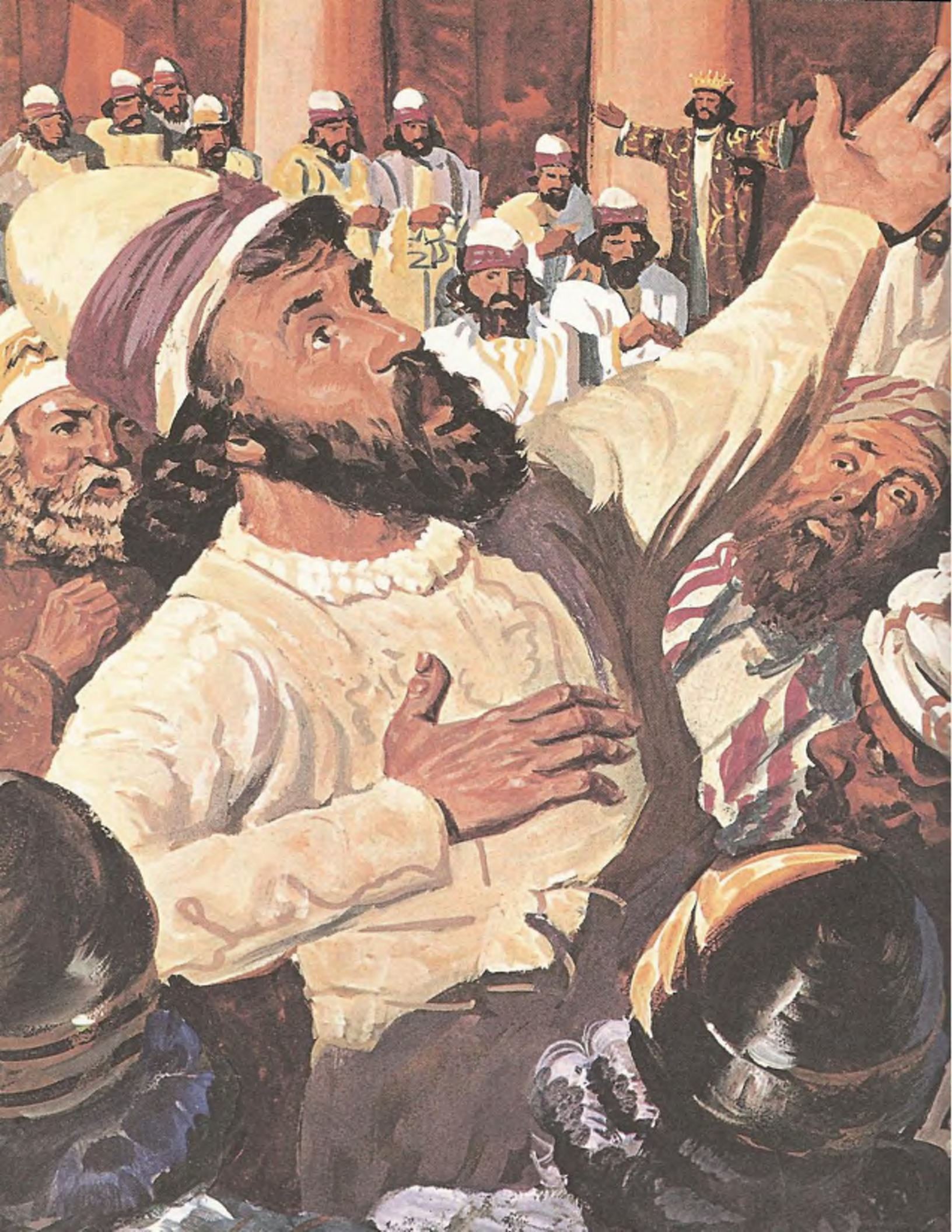
Historias de

Conflicto

y

Bendición

(2 Reyes 13:21 a 16:20; 2 Crónicas 17:1 a 31:21)



El coro que ganó una batalla

(2 Crónicas 20:1-26)

NO es común que un coro guíe a un ejército en la batalla, pero eso es lo que ocurrió cuando Josafat era rey de Judá.

Cierto día, llegó un mensajero a Jerusalén con la noticia de que los moabitas y los amonitas estaban en camino con miles de soldados para atacar la ciudad. Dado que conocía la debilidad de sus propias fuerzas, Josafat se volvió a Dios por ayuda. También envió la noticia a todas las ciudades de Judá pidiéndole con insistencia al pueblo que fuera al templo para orar.

Pronto, padres y madres, muchachos y niñas, comenzaron a llegar a la ciudad de todas las direcciones, hasta que llenaron el patio de la casa del Señor. Debe haber sido una escena maravillosa, porque había allí tantas personas, que parecía como si "todos los hombres de Judá" se presentaban humildemente delante del Señor con "sus mujeres y sus hijos, aun los más pequeños".

Pronto, el rey Josafat comenzó a orar. ¡Y qué oración hermosa fue aquella!

← ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

Cuando el enemigo se acercó, el Señor le dio a Jahaziel un mensaje para que lo comunicara al pueblo: "No tengan miedo ni se acobarden... porque la batalla no es de ustedes sino mía".

–"Señor, Dios de nuestros antepasados –exclamó–, ¿no eres tú el Dios del cielo, y el que gobierna a todas las naciones? ¡Es tal tu fuerza y tu poder que no hay quien pueda resistirte! ¿No fuiste tú, Dios nuestro, quien a los ojos de tu pueblo Israel expulsó a los habitantes de esta tierra? ¿Y no fuiste tú quien les dio para siempre esta tierra a los descendientes de tu amigo Abraham?"

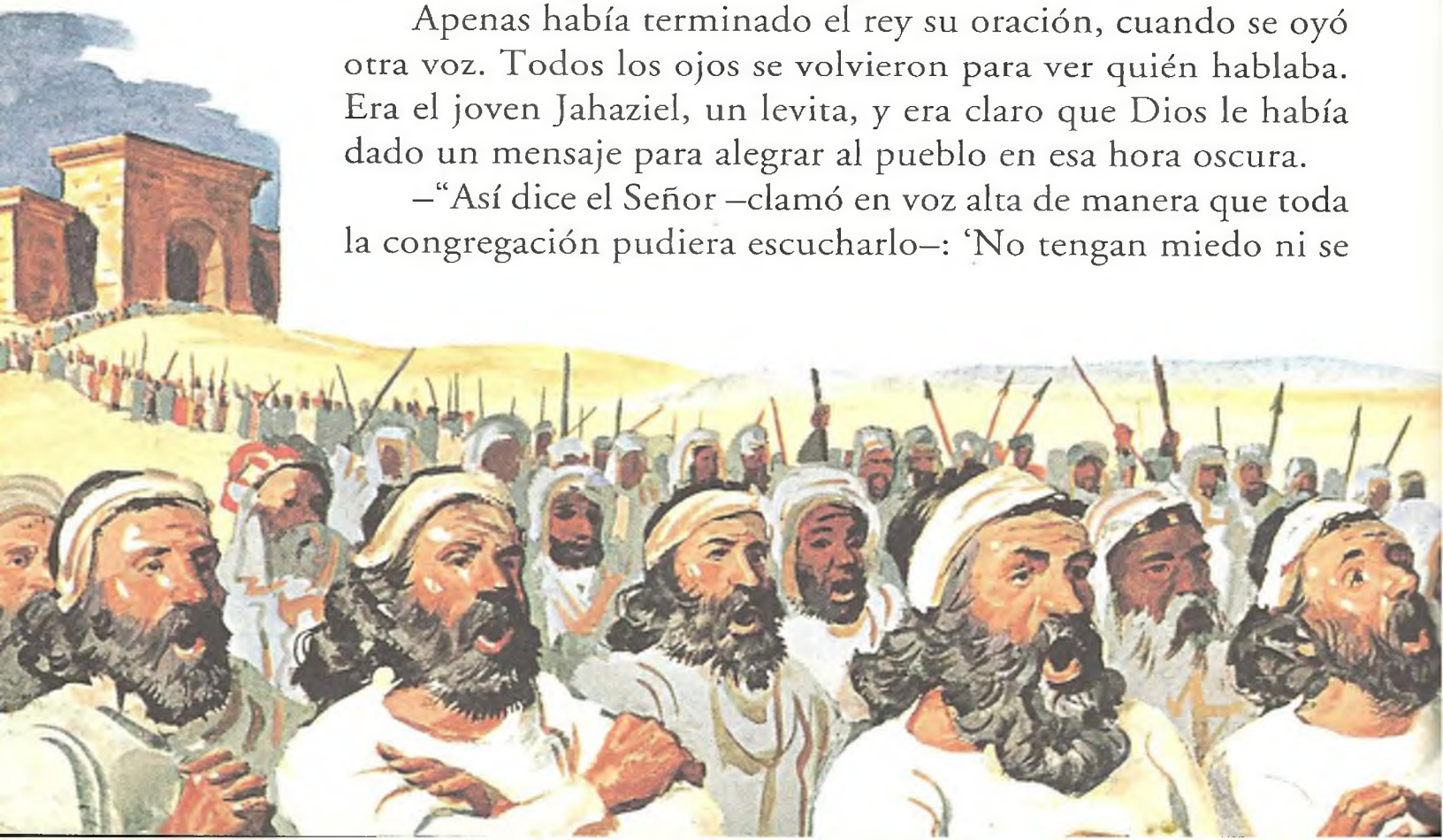
Continuó recordándole a Dios la oración de Salomón con motivo de la dedicación del templo:

–"Cuando nos sobrevenga una calamidad, o un castigo por medio de la espada, o la peste o el hambre, si nos congregamos ante ti... y clamamos a ti en medio de nuestra aflicción, tú nos escucharás y nos salvarás".

Entonces, le habló al Señor del avance de los moabitas y los amonitas, diciendo: "Dios nuestro, ¿acaso no vas a dictar sentencia contra ellos? Nosotros no podemos oponernos a esa gran multitud que viene a atacarnos. ¡No sabemos qué hacer! ¡En ti hemos puesto nuestra esperanza!"

Apenas había terminado el rey su oración, cuando se oyó otra voz. Todos los ojos se volvieron para ver quién hablaba. Era el joven Jahaziel, un levita, y era claro que Dios le había dado un mensaje para alegrar al pueblo en esa hora oscura.

–"Así dice el Señor –clamó en voz alta de manera que toda la congregación pudiera escucharlo–: 'No tengan miedo ni se



acobarden cuando vean ese gran ejército, porque la batalla no es de ustedes sino mía' ".

¡Qué suspiro de alivio hubo entonces! ¡Dios estaba para ayudarlos! ¡Él se había hecho cargo del problema y estaba por resolverlo a su propio modo!

–"No tendrán que intervenir en esta batalla. Simplemente, quédense quietos en sus puestos, para que vean la salvación que el Señor les dará... Salgan mañana contra ellos, porque yo, el Señor, estaré con ustedes".

Cuando Jahaziel terminó de hablar, el rey y el pueblo se inclinaron humildemente delante de Dios, agradeciéndole por su bondadosa promesa de liberación. Nadie dudó de que Dios haría lo que su profeta había dicho. Valientemente Josafat declaró:

–"¡Confíen en el Señor, y serán librados! ¡Confíen en sus profetas, y tendrán éxito!"

Temprano por la mañana siguiente, todo bullía de excitación y animación mientras las tropas se preparaban para partir. Josafat se movía entre ellas hablando palabras de ánimo. Al hacerlo, alguien tuvo una idea luminosa. Precisamente quién fue, no se nos dice, pero el hombre le sugirió al rey que si Dios estaba por obtener una gran victoria ese día, ¿por qué no agradecerle por adelantado? ¿Por qué no hacer que el coro del templo fuera delante y guiara a todo el ejército en un cántico de

alabanza? El rey pensó que esta era una hermosa sugerencia. Al punto "designó a los que irían... para cantar al Señor y alabar el esplendor de su santidad".

De manera que por primera vez en la historia un coro salió a la batalla a la cabeza de los soldados. Sin duda que todo el resto se unió a él, cantando mientras marchaban: "Den gracias al Señor; su gran amor perdura para siempre".

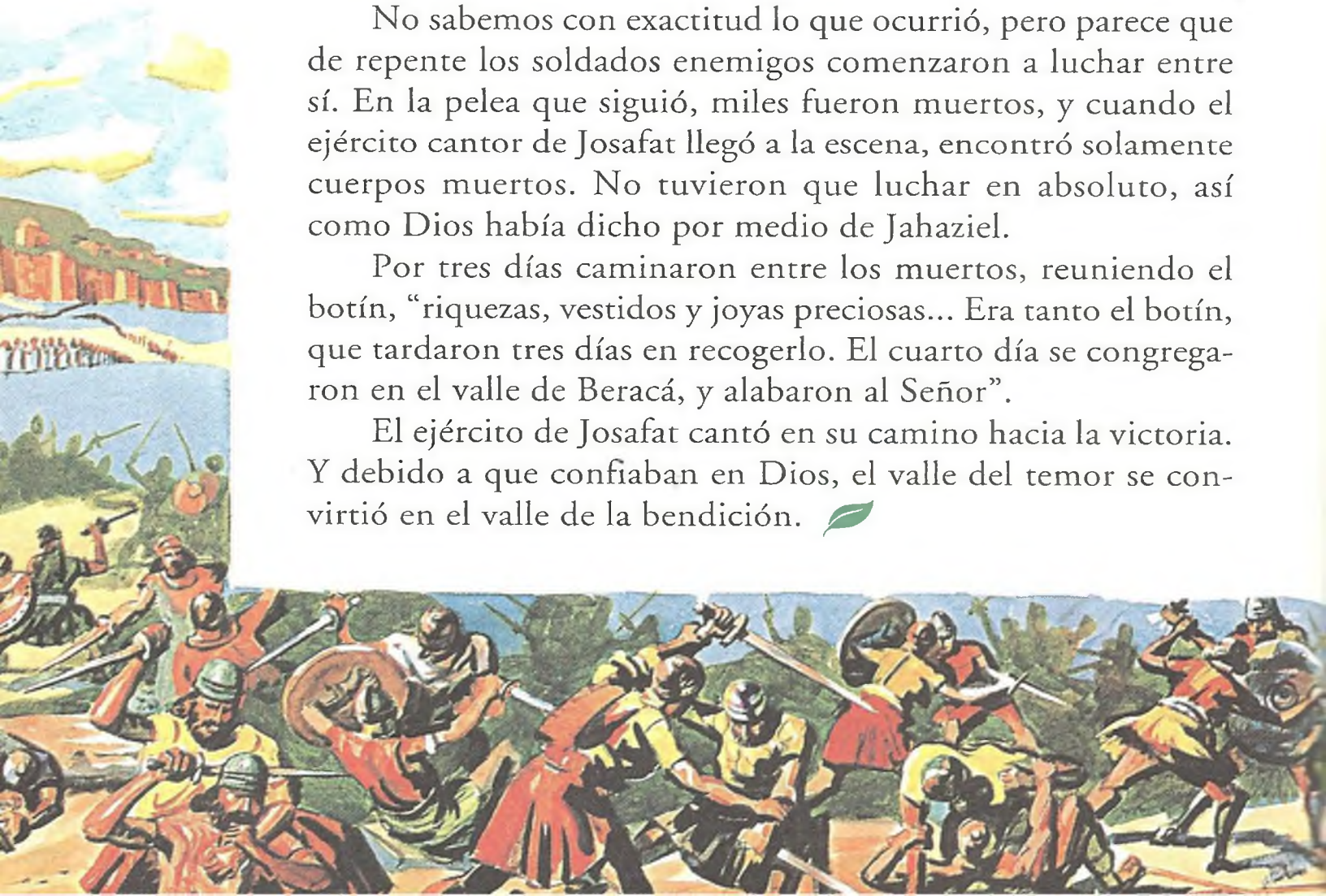
¡Qué escena para recordar! Seguramente que todos los que observaban desde lo alto de los muros de la ciudad esa larga columna de cantores, y oían sus voces de bajo resonando por las montañas, deben haber sentido que aquel era uno de los grandes momentos en la historia de Jerusalén.

¿Y qué ocurrió? La Biblia dice que "el Señor puso emboscadas" contra los amonitas y los moabitas, "se mataron unos a otros".

No sabemos con exactitud lo que ocurrió, pero parece que de repente los soldados enemigos comenzaron a luchar entre sí. En la pelea que siguió, miles fueron muertos, y cuando el ejército cantor de Josafat llegó a la escena, encontró solamente cuerpos muertos. No tuvieron que luchar en absoluto, así como Dios había dicho por medio de Jahaziel.

Por tres días caminaron entre los muertos, reuniendo el botín, "riquezas, vestidos y joyas preciosas... Era tanto el botín, que tardaron tres días en recogerlo. El cuarto día se congregaron en el valle de Beracá, y alabaron al Señor".

El ejército de Josafat cantó en su camino hacia la victoria. Y debido a que confiaban en Dios, el valle del temor se convirtió en el valle de la bendición.



Un bebé escondido en el templo

(2 Reyes 8:16-18; 24-27; 11:1-21; 2 Crónicas 21:1 a 29:1)

CUANDO el buen rey Josafat murió, una serie de problemas golpearon al reino de Judá, tal como ya le había sucedido al reino norteño de Israel. Jorán, el nuevo rey, era diferente de su padre. Se había casado con Atalía, una hija del malvado rey Acab, y ella había desviado su corazón de Dios a Baal.

Lo primero que hizo al ascender al trono fue matar a todos sus hermanos: ¡algo realmente terrible! Entonces "siguió el mal ejemplo de los reyes de Israel".

Por sus pecados, Dios lo abandonó para que hiciera frente a sus enemigos solo. Cuando los filisteos y los árabes fueron a atacar a Jerusalén, Dios no envió emboscadas entre ellos, ni tampoco carros de fuego para rescatarlos. En cambio, los soldados enemigos irrumpieron en la ciudad, invadieron la casa del rey, y tomaron cautivas a sus esposas y a todos sus hijos, salvo Ocozías, el más joven. Pronto el mismo Jorán murió a raíz de una enfermedad muy dolorosa, después de haber reinado ocho años.

Ocozías ocupó el lugar de su padre en el trono y reinó sola-

mente un año. Su madre Atalía "le aconsejaba que hiciera lo malo", de manera que hizo "lo que ofende al Señor, como lo había hecho la familia de Acab". Cuando su tío, el rey de Israel, le pidió que fuera a la guerra contra los sirios, lo hizo, solo para ser muerto en la batalla.

Entonces ocurrió algo extraño y terrible. Cuando Atalía se enteró de la muerte de su hijo, se dispuso a matar a todos los hijos de este –¡a todos sus propios nietos!– pensando sin duda que si no quedaba nadie para reinar, ella sería la reina.

Casi triunfó en su malvado deseo, y lo hubiera hecho de no haber sido por la valentía de la tía Josaba. Al llegarle las noticias de la triste suerte de sus sobrinos y sobrinas, esta mujer buena –cuyo nombre significa que ella había hecho voto de servir a Jehová– tomó al pequeño Joás de dos años de edad y corrió con él a los edificios del templo.

Como era la esposa del sumo sacerdote, conocía bien el lugar. Colocó al niño y a su nodriza en un dormitorio que estaba un poco fuera del camino, y los encerró allí. No creyó probable que alguien los encontrara en ese lugar, y efectivamente así ocurrió.

De manera que el pequeño Joás, a semejanza de Samuel, se

crió en el templo. Casi seis años vivió allí, y fue instruido en los caminos de verdad y rectitud por su tía y por su tío.

Mientras tanto, la malvada Atalía, pensando que todo el linaje real había muerto, gobernaba como le parecía, tratando de que el pueblo de Jerusalén adorara a Baal, al igual que los israelitas en Samaria.

Afortunadamente, Joyadá, el sumo pontífice, era un fiel siervo del Dios del cielo. Él odiaba todo lo malo que la reina estaba haciendo. Y él sabía, mejor que ningún otro, que ella no tenía ningún derecho al trono. Silenciosamente, reunió a sus amigos y les dijo en secreto que el verdadero heredero vivía aún.

No creo que le haya dicho a alguien dónde estaba escondido el niño, para que el secreto no llegara a oídos de la reina. Pero dijo lo suficiente como para que nadie dudara de la verdad de sus palabras.

Poco a poco comenzó a surgir una revolución. Al pasar los años, más y más personas se hicieron a la idea de expulsar a la usurpadora y colocar al verdadero heredero en el trono.

Por fin, el plan estuvo terminado. Joyadá llamó a los principales conspiradores para encontrarse con ellos en el templo. Entonces, cuando todos estaban presentes, trajo al pequeño Joás, que ahora tenía siete años, para que lo vieran. ¡Todos gritaron de entusiasmo! Joyadá puso entonces una corona sobre la cabeza del niño, mientras todo el mundo gritaba: "¡Viva el rey! ¡Viva el rey!"

Al oír el ruido, la reina Atalía se apresuró a llegar al templo para investigar lo que estaba aconteciendo. Para su sorpresa, el lugar estaba lleno de gente que cantaba y gritaba de gozo, conducida por trompeteros y por el coro del templo.

Repentinamente, sus ojos descubrieron al niño rey, que llevaba una corona y vestía un manto real. ¿Quién podía ser este? –se preguntó–. ¿No había matado a todos los nietos, porque podrían haber reclamado el derecho al trono?

–¡Traición! ¡Traición! –gritó.

Pero nadie vino en su socorro. En cambio, algunos de los hombres de Joyadá la sacaron fuera del templo y la mataron.

Con la eliminación de esta malvada usurpadora, se formó una gran procesión, y el rey Joás fue conducido triunfalmente al palacio real y colocado en el trono del reino.

Debe haber parecido bien pequeño y asustado en aquella gran silla, pero todos estaban contentos de verlo allí. "Y se regocijó todo el pueblo del país; y la ciudad estuvo tranquila" nuevamente.

El niño con una alcancía

(2 Reyes 12:4-14; 2 Crónicas 24:4-14)

AL haber sido criado en el templo por Joyadá y por su buena esposa Josaba, Joás escogió servir al Dios del cielo. Y por este motivo no sorprende que quisiera reparar el templo, donde había pasado la mayor parte de su niñez.

Tenía muchas razones para estar agradecido a Dios y a los sacerdotes que lo habían cuidado por tanto tiempo con gran riesgo de sus vidas. Y Joyadá, más de una vez, le habrá sugerido que él podía manifestar su gratitud restaurando la casa de Dios.

Y en verdad necesitaba un arreglo. Aunque habían transcurrido menos de 200 años desde su dedicación, era casi una ruina comparada con lo que había sido el templo en los tiempos de Salomón. No solamente había sido invadido por los soldados del faraón Sisac, por los filisteos y por los árabes, sino que los hijos de la reina Atalía habían "destrozado el templo de Dios" y colocado todas las cosas consagradas en el templo de Baal.

Poco después que fue hecho rey, Joás convocó a los sacerdotes y levitas y les ordenó que fueran a todas las ciudades de Judá y reunieran dinero para reparar el templo.

–Háganlo inmediatamente –les dijo, ansioso de que la obra se comenzara a la brevedad posible.

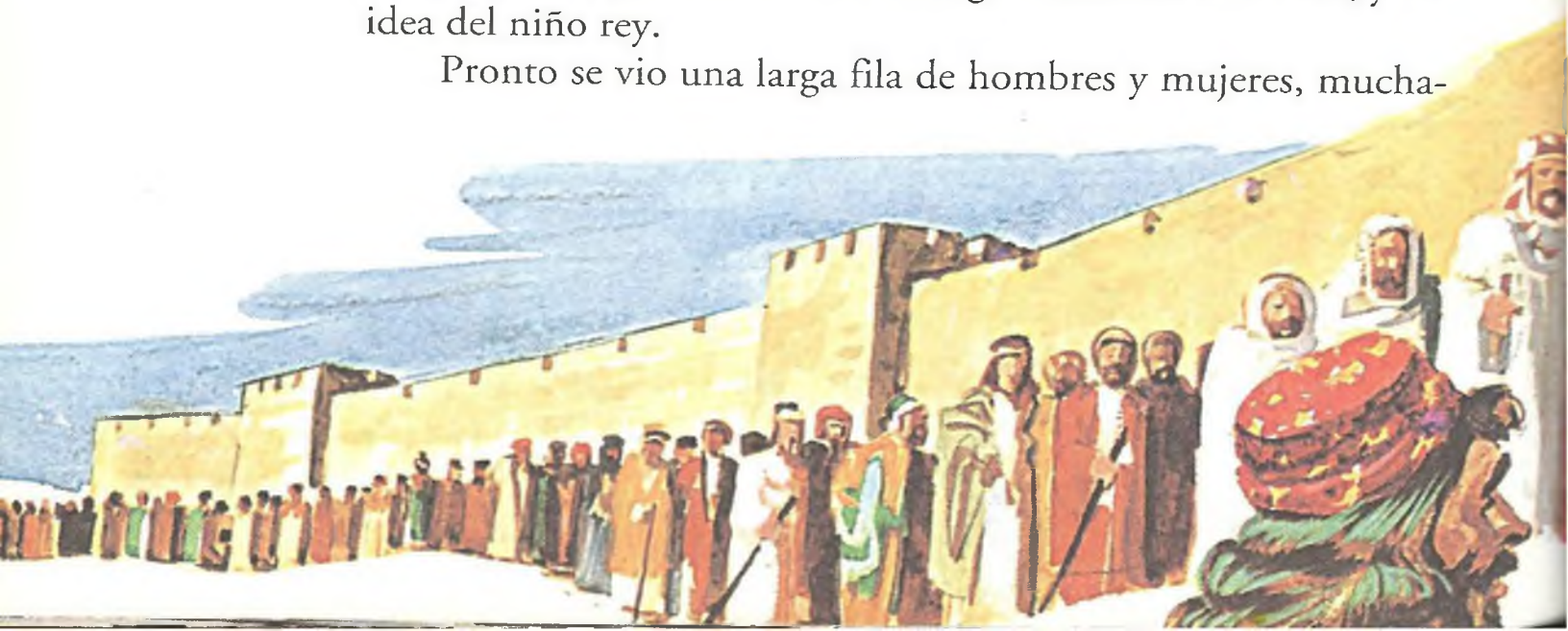
Pero los levitas no se apuraron. Tal vez se dijeron el uno al otro: "El rey todavía es un muchacho, así que ¿por qué hemos de obedecerle?" Cuando el rey se enteró de que su mandato había sido desobedecido, y que el dinero entraba en escasa cantidad, mandó buscar a Joyadá para preguntarle por qué eran tan negligentes los levitas en su deber.

Quería más rapidez, mayor acción. Entonces, lo mismo que cualquier muchacho, sugirió un método muy sencillo de obtener rápidamente el dinero. ¿Qué tal sería colocar una gran caja, o cofre, fuera de los portales del templo, y pedir que todo el mundo pusiera algo en él?

Joyadá accedió, pensando que valía la pena probar esa idea, y en seguida "el rey ordenó que se hiciera un cofre y se colocara afuera, junto a la puerta del templo del Señor".

La Biblia no lo dice, pero estoy seguro de que el rey Joás fue el primero en poner una ofrenda en aquel cofre, como un excelente ejemplo para su pueblo. Inmediatamente después de él vinieron los príncipes del reino y todos los comerciantes de la ciudad, y cada uno ponía su ofrenda. A medida que la noticia del cofre de ofrendas que el rey había ordenado poner se esparcía por el país, comenzó a llegar a Jerusalén gente de todas partes, por miles, para verlo. Esto era algo diferente, novedoso, y era idea del niño rey.

Pronto se vio una larga fila de hombres y mujeres, mucha-

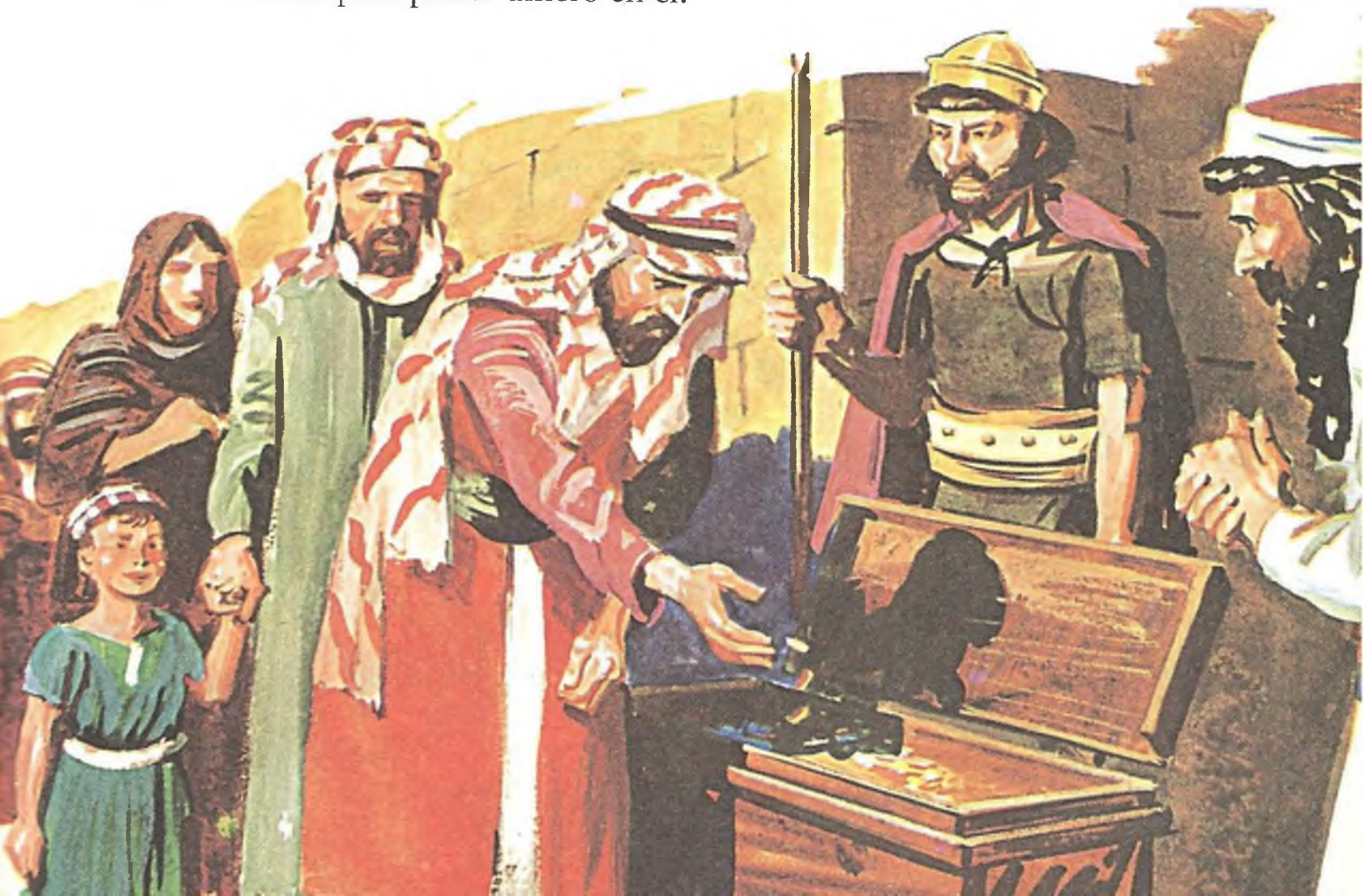


chos y niñas, que esperaban su turno para poner algo en el cofre. En todo momento podía oírse el sonido del oro y la plata que caían en el cofre. A los niños les gustaba eso.

Muy pronto un siervo corrió al rey para informarle que el arca estaba llena. No entraba ni un siclo más. Joás casi no podía creerlo. Ordenó que le trajeran el cofre y lo abrieran en su presencia.

Cuando "el secretario real y un oficial nombrado por el sumo sacerdote" volcaron el cofre en la oficina del rey, extrayendo pilas de monedas de oro y plata, el rey se sintió deleitado. Probablemente nunca había visto tanto dinero antes, pues los sacerdotes del Señor habían sido muy pobres durante el reinado de Atalía, cuando él estaba escondido en el templo.

–¡Llénenlo de nuevo! –dijo, y el cofre vacío fue colocado en su lugar fuera del templo, donde más personas estaban esperando ansiosamente para poner dinero en él.



A la caída de la noche, el cofre estaba lleno una vez más. Otra vez fue vaciado ante el rey, que quedó muy conforme por el éxito de su plan. Hicieron lo mismo "todos los días" y recogieron "mucho dinero".

Con la plata y el oro que iba entrando, se emplearon "canteros, carpinteros, y expertos en el manejo del hierro y del bronce, para repararlo".

No se menciona cuánto tiempo pasó hasta que se hicieron las reparaciones, pero por fin la obra fue terminada. Cuando todas las cuentas fueron pagadas, se halló que había todavía mucho dinero sobrante. Fue usado para hacer vasos de oro y plata, que serían usados por los sacerdotes en los servicios del templo.

Nadie sabe qué ocurrió con el cofre, pero cumplió su objetivo; y su historia nos muestra cómo aun un niño puede tener una brillantísima idea.

El rey que contrajo lepra

(2 Crónicas 24:15 a 26:21)

DESAFORTUNADAMENTE, el niño de la alcancía no se mantuvo fiel a Dios toda su vida. Aunque parezca imposible, después de la muerte del sumo sacerdote Joyadá (a los 130 años), algunos de los príncipes convencieron a Joás de comenzar a adorar ídolos. Peor todavía: cuando Zacarías, el hijo de Joyadá, le señaló cuán malo era aquello, Joás lo hizo matar.

Después de toda la bondad que Joyadá le había manifestado, esto fue lo más malvado que el rey podía haber hecho. Dios estaba sumamente disgustado con esto. El castigo vino pronto. Una tropa de sirios atacó Jerusalén, saqueó la ciudad, mató a los príncipes, y dejó a Joás mismo gravemente herido.

Al ver a Joás indefenso en su lecho, dos de sus siervos lo asesinaron en venganza por la muerte de Zacarías. Este fue el triste fin de un muchacho que empezó bien, pero que se desvió y siguió el consejo de hombres malos.

Amasías ocupó su lugar en el trono. Él también comenzó bien, y Dios le dio victorias sobre sus enemigos. Pero por des-

gracia trajo de vuelta los ídolos de sus enemigos derrotados y los adoró. Un profeta del Señor le dijo:

–"¿Por qué sigues a unos dioses que no pudieron librar de tus manos a su propio pueblo?"

Por la actitud imprudente de Amasías, Dios permitió que una gran dificultad sobreviniera sobre él. El rey de Israel vino desde el norte, derribó gran parte del muro de Jerusalén y tomó todo el oro y la plata del templo.

Todo el dinero que la gente había puesto tan alegremente en el cofre de Joás algunos años antes, se perdió. ¡Qué lástima! ¡Qué precio pagado por el pecado!

El fin de Amasías también fue triste, porque sus súbditos se levantaron contra él, lo persiguieron hasta Laquis, y allí lo mataron. Entonces cargaron su cuerpo sobre el lomo de un caballo y lo llevaron a Jerusalén para enterrarlo.

Un buen joven de 16 años llamado Uzías ocupó el lugar vacante que había dejado Amasías en el trono. Su madre, Jecolías, era una buena mujer que lo había criado en el amor de Dios. Así que "hizo lo que agrada al Señor". El reinado de Uzías fue uno de los más largos en la historia (52 años) y "mientras Uzías buscó a Dios, Dios le dio prosperidad". ¡Cómo hizo prosperar Dios a Uzías! Él dominó a los filisteos y ganó victorias sobre muchas otras naciones, extendiendo su poder hasta los límites de Egipto.

Agrandó su ejército hasta que tenía más de 300.000 hombres equipados con las armas más modernas, incluyendo máquinas para "para disparar flechas y piedras de gran tamaño". Fortificó a Jerusalén construyendo nuevas torres sobre los

muros. "En las montañas y en los valles" edificó muchas defensas para proteger sus fuentes, sus viñedos y sus ganados contra los enemigos.

La Biblia dice que "con la poderosa ayuda de Dios, Uzías llegó a ser muy poderoso". Entonces dio un giro terrible en su vida. "Cuando aumentó su poder, Uzías se volvió arrogante, lo cual lo llevó a la desgracia".

Todos nosotros hacemos frente al mismo peligro. Cuando recibimos grandes bendiciones de Dios, creemos que las hemos ganado por nuestros propios esfuerzos. Y cuando lo hacemos, buscamos problemas, pues "al orgullo le sigue la destrucción".*

Gracias a todo el éxito que Dios le había dado, Uzías pensó que él podía ir al templo y quemar incienso como los sacerdotes. ¿Por qué no? Ellos no eran mejores que él.

Cuando oyó lo que el rey había hecho, el sumo sacerdote Azarías entró detrás de él, junto con 80 sacerdotes del Señor. Uzías estaba junto al altar del incienso, agitando un incensario.

Valientemente, el sumo sacerdote le dijo al rey:

–"No corresponde a Su Majestad quemar el incienso al Señor. Ésta es función de los sacerdotes descendientes de Aarón, pues son ellos los que están consagrados para quemar el incienso. Salga usted ahora mismo del santuario, pues ha pecado, y así Dios el Señor no va a honrarlo".

El rey se enojó. ¿Cómo alguien se atrevía a dudar de su derecho de ir donde se le ocurriera en su reino, aun al templo mismo? ¿Era el sumo sacerdote más santo que él? Pero mientras estallaba en ira contra los sacerdotes, una mancha blanca apareció en su frente. Los sacerdotes la reconocieron de inmediato, y prorrumpieron en un murmullo de horror.

–¡Lepra! ¡Lepra! –clamaron.

Cuando la terrible verdad fue entendida por el monarca, se apresuró a salir del templo, mientras los sacerdotes lo seguían. Él sabía que había sido herido por un juicio de Dios, y su orgullo rápidamente quedó anulado.

El rey Uzías fue leproso durante el resto de su vida. Tuvo que vivir solo en una casa separada, y nunca más se le permitió entrar en el templo.

Pudo haber contado con "la poderosa ayuda de Dios" todos los días de su vida. Pudo haber sido prosperado en sus últimos años así como cuando buscaba al Señor en su juventud. ¡Qué lástima que cometió aquel error! ¡Qué lástima que permitiera que el orgullo insensato echara a perder todo!

---

* Proverbios 16:18.

La liberación de los cautivos

(2 Reyes 15:38 a 16:4; 2 Crónicas 27:1, 9 a 28:15)

JOTÁN, hijo del buen rey Uzías, subió al trono y reinó 16 años. Él fue seguido por Acaz, un hombre muy malo, que no solamente construyó imágenes de Baal, sino que "juntó y despedazó los utensilios del templo del Señor", cerró las puertas del templo, e hizo altares "en cada esquina de Jerusalén". Pero aun, hasta "sacrificó en el fuego a sus hijos, según las repugnantes ceremonias de las naciones".

Fue castigado por sus terribles pecados. Pronto perdió todo lo que su abuelo Uzías había edificado y atesorado en los días en que Dios lo prosperaba.

Judá fue invadido por los sirios, por los edomitas y por los filisteos, que se llevaron muchos cautivos y muchos despojos. Luego, los israelitas se esparcieron por el campo y tomaron a una serie de prisioneros y los llevaron a Samaria. La Biblia dice: "Los israelitas capturaron a doscientas mil personas, incluyendo a mujeres, niños y niñas.... que se llevaron a Samaria".

¡Imagínalo! ¡Qué escenas de miseria! Los hombres heridos, las mujeres aterrorizadas, los muchachos y las niñas sollozando. ¡Qué

llantos de angustia! ¡Qué oraciones por ayuda!

Deben haber quedado muchos hogares destrozados y corazones entristecidos en Judá después de estos diversos ataques. ¡Cuán pobres y miserables se deben haber sentido los que quedaron!

El corazón de Dios estaba conmovido por la trágica escena. Esto era demasiado. El castigo había sido suficiente. Antes que la triste procesión llegara a Samaria, envió a alguien para liberarlos.

"Había allí un hombre llamado Oded, que era profeta del Señor". "Allí" donde la ayuda era más necesaria.

Este hombre valeroso salió a hacer frente a los soldados que traían a una gran hueste de prisioneros a Samaria. Al observar la larga hilera de hombres, mujeres y niños, muchos de ellos atados con sogas, otros con sus pies cortados y sangrantes, todos débiles después de su prolongada marcha forzada desde Judea, sus ojos brillaron de ira.

Reprendió severamente a los soldados, con palabras como estas:

–"El Señor, Dios de sus antepasados, entregó a los de Judá en manos de ustedes, porque estaba enojado con ellos. Pero ustedes los mataron con tal furia, que repercutió en el cielo. Y como si fuera poco, ¡ahora pretenden convertir a los habitantes de Judá y de Jerusalén en sus esclavos! ¿Acaso no son también ustedes culpables de haber pecado contra el Señor su Dios?"

Entonces, ordenó que los prisioneros fueran liberados.

–"Por tanto, háganme caso –clamó fervorosamente–: dejen libres a los prisioneros... ¡La ira del Señor se ha encendido contra ustedes!"

La procesión se detuvo. Los prisioneros que habían oído las

palabras del profeta cobraron nuevas fuerzas. Se esparció por toda la línea la noticia de que Dios había enviado ayuda. Sus oraciones estaban por ser contestadas. Las frentes desalentadas se levantaron: las lágrimas fueron enjugadas. Más de un muchacho y de una niña miraron hacia arriba y dijeron:

–Yo te dije, mamá; yo sabía que Dios no nos olvidaría.

Mientras tanto, los jefes de los soldados discutían entre ellos. Algunos dijeron:

–¿Por qué debemos escuchar a este hombre? No entregaremos a nuestros prisioneros. Piensen en el trabajo que nos costó conseguirlos.

Los cuatro hombres más nobles hablaron. Sus nombres eran Azarías, Berequías, Ezequías y Amasá, y merecen ser recordados entre los grandes hombres de la historia.

Estos cuatro se hallaban entre los miles del pueblo que habían venido apresuradamente desde Samaria para encontrarse con los soldados que regresaban. Estaban de acuerdo con el profeta Obed, y se pusieron de su lado. De hecho, fueron más allá. Muy firmemente dijeron a los soldados:

–"No traigan aquí a los prisioneros, porque eso nos haría culpables ante el Señor. ¿Acaso pretenden aumentar nuestros pecados

y nuestras faltas? ¡Ya es muy grande nuestra culpa, y la ira del Señor se ha encendido contra Israel!"

Avergonzados de lo que habían hecho, los soldados se retiraron, abandonando a los cautivos y el despojo. Y estos cuatro hombres nobles, Azarías, Berequías, Ezequías y Amasá, hicieron una de las cosas más hermosas mencionadas en la Biblia. Tomaron a todos los pobres cautivos, y "con la ropa y el calzado del botín vistieron a todos los que estaban desnudos. Luego les dieron de comer y de beber, y les untaron aceite. Finalmente, a los que estaban débiles los montaron en burros y los llevaron a Jericó, la ciudad de las palmeras".

¡Qué procesión diferente debió emprender el camino de regreso, rumbo al hogar! ¡Cuántos temores se habían ido! ¡Todas las lágrimas se habían enjugado, y todos los ojos estaban brillantes de agradecimiento y de nueva esperanza! ¡Cómo deben haber clamado de gozo los muchachos y las niñas mientras corrían de aquí para allá en aquel glorioso camino de regreso!

¡Y cuán agradado debió haber estado Dios con aquel hecho bondadoso de los cuatro hombres nobles! Si solamente hubiera habido más de estos en Israel, el reino habría permanecido para siempre.

Dos semanas maravillosas

(2 Crónicas 29)

¿RECUERDAS a Joyadá, el sumo sacerdote que crió a Joás en el templo? ¿Y recuerdas que tenía un hijo que se llamaba Zacarías, que más tarde fue asesinado por el mismo Joás? Bueno, este tuvo una niña llamada Abías, que llegó a ser una de las mujeres más importantes de la Biblia.

Así Abías, que amaba al Señor, se convirtió en la esposa del rey Acaz, y tuvo un hijo al que llamó Ezequías. Aunque su malvado esposo estaba tratando de hacer que el pueblo de Judá se volviera a Baal, ella enseñaba a su precioso niño a amar y honrar al Dios del cielo.

Nunca sabremos los problemas con que Abías tuvo que luchar, pero a pesar de todos ellos, se mantuvo leal a la fe de su padre y de su abuelo. Y cuando Acaz murió, ella tenía un hijo listo para sentarse en el trono, un hijo que aborrecía todo lo malo que su padre había hecho.

Ezequías tenía 25 años cuando comenzó a reinar y, gracias a la cuidadosa instrucción de su madre, "hizo lo que agrada al Señor".

Su primer acto, después de la coronación, fue abrir las puertas del templo que su padre había cerrado. Entonces, ordenó a los levitas que fueran a limpiar toda la suciedad que se había acumulado mientras el lugar había estado cerrado, y comenzaran de nuevo a realizar allí los servicios.

Antes que empezaran con la tarea, reunió a los sacerdotes y los levitas en la plaza oriental y habló con ellos. Después de pedirles que se santificaran a sí mismos antes de comenzar con la limpieza del templo, siguió diciendo: "Es un hecho que nuestros antepasados se rebelaron e hicieron lo que ofende al Señor nuestro Dios... Así mismo, cerraron las puertas del atrio, apagaron las lámparas, y dejaron de quemar incienso y de ofrecer holocaustos en el santuario al Dios de Israel.

"¡Por eso la ira del Señor cayó sobre Judá y Jerusalén, y los convirtió en objeto de horror, de desolación y de burla, tal como ustedes pueden verlo ahora con sus propios ojos! ¡Por eso nuestros antepasados murieron a filo de espada, y nuestros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres fueron llevados al cautiverio!

"Yo me propongo ahora hacer un pacto con el Señor, Dios de Israel, para que retire de nosotros su ardiente ira. Así que, hijos míos, no sean negligentes, pues el Señor los ha escogido a ustedes para que estén en su presencia".

Animados por el rey, todos fueron a trabajar con un propósito común. ¡Y cómo se esmeraron en la tarea!

"Los sacerdotes entraron al interior del templo del Señor para purificarlo. Sacaron al atrio del templo todos los objetos paganos que encontraron allí". Luego, los levitas sacaron la basura de la ciudad y la echaron al torrente de Cedrón.

Les tomó más de una semana el realizar lo más grueso del

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Gracias a la educación recibida de su buena madre, el primer acto del joven Ezequías fue abrir las puertas del templo que, años atrás, su propio padre había clausurado.

trabajo, y otra semana terminarlo en forma adecuada. Entonces, tanto los sacerdotes como los levitas fueron al rey Ezequías a informarle de lo que habían hecho.

–"Ya hemos purificado el templo del Señor –dijeron–, el altar de los holocaustos con sus utensilios, y la mesa para el pan de la Presencia con sus utensilios. Además, hemos reparado y purificado todos los utensilios que, en su rebeldía, el rey Acaz profanó durante su reinado, y los hemos puesto ante el altar del Señor".

Ezequías estaba sorprendido de que hubieran terminado tan pronto, y muy contento por ello. A la mañana siguiente se levantó temprano, y tomando consigo a todos los gobernantes de la ciudad, se fue al templo. Como sacrificio trajo siete bueyes, siete carneros, siete corderos, siete machos cabríos y "ordenó a los sacerdotes descendientes de Aarón que los ofrecieran en holocausto sobre el altar del Señor". Esto era una ofrenda por el pecado en favor de todo Israel.

Ni bien se encendió el fuego y el humo del sacrificio co-

menzó a elevarse en el aire matutino, se oyó una explosión de cánticos y música. Los sacerdotes tocaron las trompetas sagradas, mientras los levitas tocaban los címbalos, los salterios y las arpas, en tanto que cantaban "los cantos al Señor ".

Todos estaban felices de que el templo fuera abierto de nuevo, y de que desde ese momento se restableciera el culto a Dios como en los días de antaño. Y "los cantores entonaban los cantos y los trompetistas hacían resonar sus instrumentos".

Era un gran día. Después que la ofrenda por el pecado fue consumida, Ezequías pidió que el pueblo trajera ofrendas de agradecimiento, algo que todos hicieron con corazones gozosos. Se trajeron 600 bueyes y 3.000 ovejas; tantos, que los sacerdotes eran demasiado pocos para ofrecerlos, por lo que "sus parientes levitas tuvieron que ayudarlos".

Debe haber sido un espectáculo admirable el de tantas personas trayendo ansiosamente sus ofrendas. Jerusalén no había visto algo semejante por muchos años. "Y Ezequías y todo el pueblo se regocijaron de que Dios hubiera preparado al pueblo para

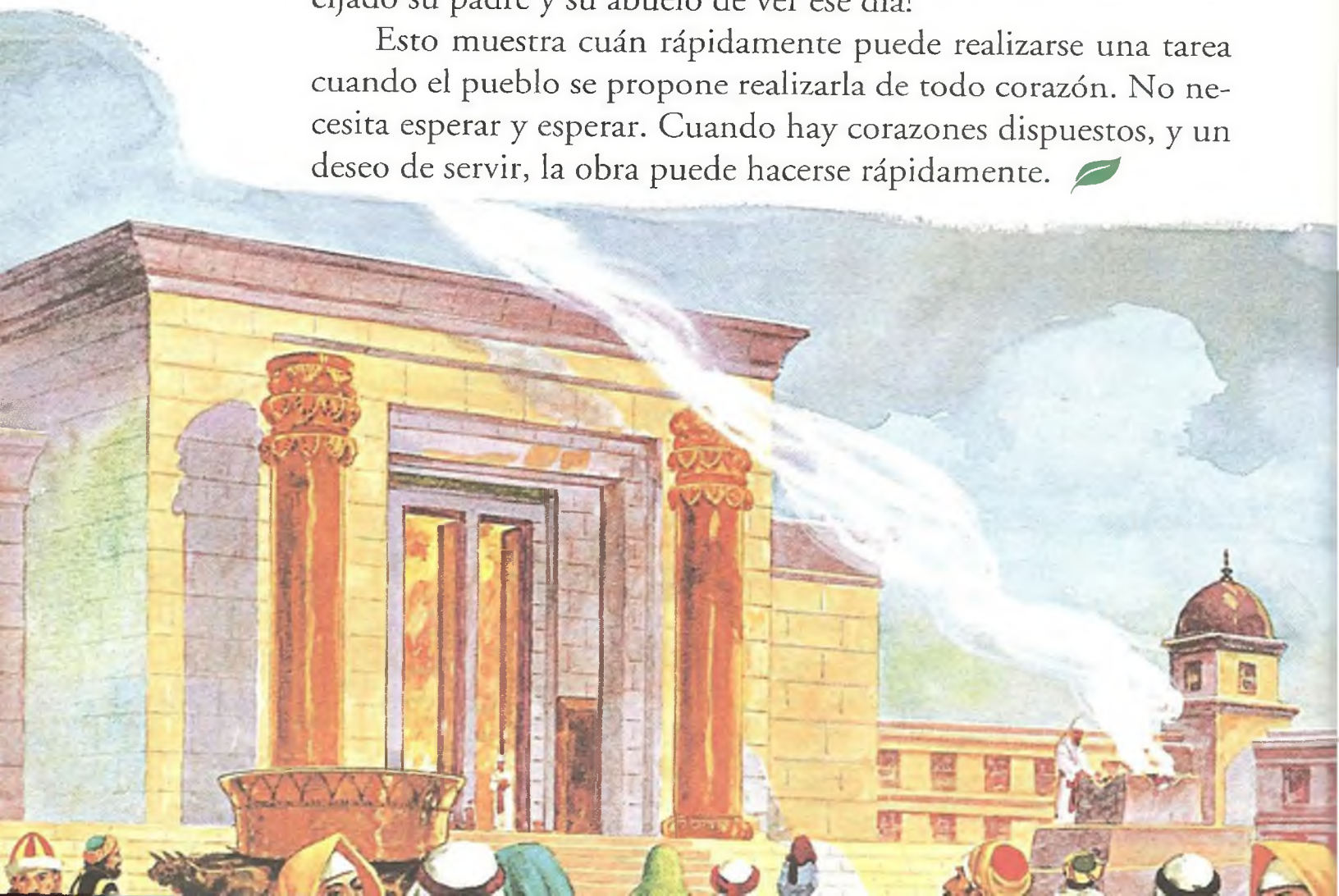
hacerlo todo con rapidez".

"Con rapidez" es la palabra. Poco más de dos semanas habían pasado desde que las puertas del templo fueron abiertas y se había comenzado con la obra de limpieza.

Algunas personas habían pensado que pasarían meses, tal vez años, antes que el lugar fuera debidamente preparado para el culto de Dios y los servicios pudieran comenzar otra vez. ¡Pero todo se hizo en dos semanas, dos semanas maravillosas!

Parecía demasiado bueno para ser verdad. Y sin embargo lo era. El templo estaba abierto. El culto había comenzado. El humo de los sacrificios estaba ya elevándose hacia el cielo. ¡No es de admirar que Ezequías estuviera feliz! Y también lo estaba su madre, Abías. Para ella era todo un sueño hecho realidad. Ese fue su momento de triunfo después de todos los años oscuros que había vivido con el malvado Acaz. ¡Cómo se habrían regocijado su padre y su abuelo de ver ese día!

Esto muestra cuán rápidamente puede realizarse una tarea cuando el pueblo se propone realizarla de todo corazón. No necesita esperar y esperar. Cuando hay corazones dispuestos, y un deseo de servir, la obra puede hacerse rápidamente.



Gran gozo en Jerusalén

(2 Crónicas 30)

CONTENTO por lo que había ocurrido cuando el templo fue abierto de nuevo, el rey Ezequías sugirió a sus consejeros que sería muy bueno que toda la nación –tanto Israel como Judá– celebrara la Pascua como en los días pasados.

Era una idea valiente, puesto que solo habían pasado pocos años desde que los soldados de Samaria habían tomado cautivos a aquellos 200.000 de los que leímos. ¡Era una propuesta atrevida la de abrir las puertas de Jerusalén a personas que podían ser tan crueles!

Pero el rey estaba tan seguro de que hacía bien y de que Dios bendeciría el plan, que convenció a todos. Entonces, envió mensajeros por toda Palestina, desde Berseba hasta Dan, pregonando por todo Israel "que todos debían acudir a Jerusalén para celebrar la Pascua del Señor".

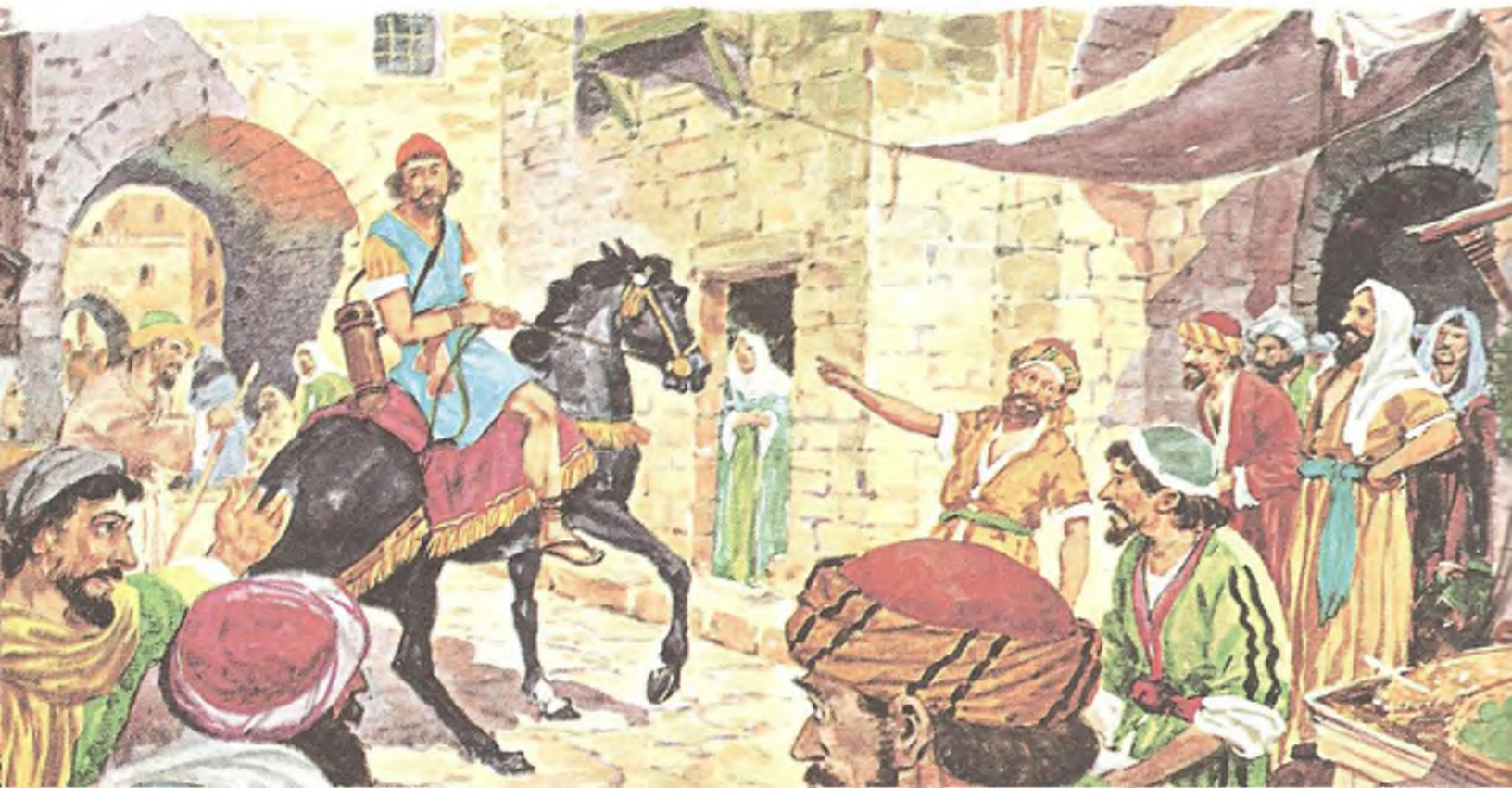
Los mensajeros fueron por todo Israel y Judá con las cartas del rey y de sus oficiales. "Israelitas –decía el mensaje–, vuélvanse al Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, para que

él se vuelva a... ustedes... Sométanse al Señor, y entren en su santuario, que él consagró para siempre. Sirvan al Señor su Dios, para que él retire su ardiente ira. Si se vuelven al Señor, sus hermanos y sus hijos serán tratados con benevolencia por aquellos que los tienen cautivos, y podrán regresar a esta tierra. El Señor su Dios es compasivo y misericordioso. Si ustedes se vuelven a él, jamás los abandonará".

Fue un mensaje muy hermoso y mucho más importante de lo que nadie entendió –aun el mismo Ezequías– en ese momento. De hecho, era la última oportunidad de Israel, su última esperanza de escapar de la condenación que estaba tan cerca.

Ya los asirios habían invadido el norte de Palestina y se habían llevado a muchos cautivos. Pronto –muy pronto– el mismo enemigo regresaría para llevarse a casi toda la población. Si el pueblo de Israel hubiera aceptado la invitación de Ezequías y se hubiera vuelto de sus pecados, Dios lo habría perdonado, como lo había hecho tantas veces antes, y lo habría salvado, como salvó a Jerusalén. Pero no la aceptó.

Cuando los mensajeros de Ezequías iban de una ciudad a



otra, las personas "se reían y se burlaban de ellos". Algunos pensaban que era una trampa. Otros afirmaban que era una locura hacer que tanta gente viajara a Jerusalén en tiempos tan peligrosos. "¿Con qué propósito –preguntaban otros–. ¿Para qué revivir ahora el servicio de la vieja Pascua?"

Unos pocos aceptaron la invitación, pero en general la respuesta de Israel no fue buena. En Judá, sin embargo, "cumplieron unánimes la orden del rey". Fueron de miles a Jerusalén, y "una inmensa muchedumbre se reunió en Jerusalén para celebrar" la Pascua.

Cuando todos habían llegado, se decidió primero limpiar a Jerusalén de todo rastro de adoración idolátrica. Así que el pueblo rompió todos los altares que habían sido edificados en honor a los dioses paganos y los arrojó al arroyo de Cedrón que corría cerca de allí.

Entonces, comenzó el servicio de la Pascua. Debido a la multitud, muchos de los que habían venido de cierta distancia no habían podido lavarse como se esperaba que lo hicieran antes de tomar parte en esta celebración tan solemne; pero cuando Ezequías se enteró de esto, "oró así a favor de ellos: 'Perdona, buen Dios, a todo el que se ha empeñado de todo corazón en buscarte a ti, Señor, Dios de sus antepasados, aunque no se haya purificado según las normas de santidad'".

Esa oración manifestó qué gran hombre era Ezequías. Él creía que Dios se preocupa más de lo que ocurre en el interior del corazón de una persona que de cuán limpias están sus manos o sus pies. Y tenía razón. La Biblia dice que el Señor escuchó a Ezequías "y perdonó al pueblo".

¡Qué horas gloriosas pasaron juntos! Durante siete días observaron la fiesta "con mucho gozo... Los levitas y los sacerdotes alababan al Señor todos los días, y le entonaban cantos al son de sus instrumentos musicales".

Todos disfrutaron tanto de la festividad, que se resolvió proseguirla durante otros siete días. Y la segunda semana fue tan feliz como la primera.

"Toda la asamblea de Judá estaba alegre, lo mismo que todos los...de Israel, así como los que vivían en Judá. Desde la época de Salomón hijo de David, rey de Israel, no se había celebrado en Jerusalén una fiesta tan alegre".

Montones y montones de bendiciones

(2 Crónicas 31)

EUFÓRICOS de gozo por el vuelco que habían dado las cosas, las personas salían de Jerusalén con la mente dispuesta a terminar de una vez para siempre con el culto a los ídolos. Fueron por todas las ciudades de Judá y rompieron las imágenes y derribaron los altares "hasta acabarlo todo".

Cuando terminaron, Ezequías sugirió que el pueblo comenzara a pagar el diezmo de nuevo para el sostén de los sacerdotes y los levitas, y para la obra de la casa de Dios.

Alegremente, todos estuvieron de acuerdo. Estaban tan felices por la maravillosa reforma que se estaba realizando, que tan pronto como los deseos del rey se conocieron, "los israelitas entregaron en abundancia las primicias del trigo, del vino, del aceite, de la miel y de todos los productos del campo. También dieron en abundancia el diezmo de todo".

Además de todo esto, "entregaron el diezmo de bueyes y ovejas, y de todas aquellas cosas que eran consagradas al Señor su Dios, y todo lo colocaron en montones".

Nunca antes se había visto algo así, al menos desde los días

de Salomón. Ya desde el mismo comienzo había demasiado para ser colocado en los lugares normales de almacenaje. "Comenzaron a formar los montones en el mes tercero, y terminaron en el séptimo". En otras palabras, durante cuatro meses el pueblo siguió trayendo sus diezmos y ofrendas hasta que, por fin, había montones y más montones por todas partes.

Al enterarse de lo ocurrido, el rey fue a ver por sí mismo. "Cuando Ezequías y sus oficiales fueron y vieron los montones, bendijeron al Señor y a su pueblo Israel".

Los sacerdotes bendijeron al pueblo, también, porque esta fue la primera oportunidad durante años en que habían tenido suficiente para comer.

–"En esos montones –dijo Azarías al rey después que los sacerdotes y los levitas comieron hasta saciarse– está lo que ha sobrado".

ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

En cuanto al pueblo, no perdió nada a causa de su generosidad. Aunque las personas dieron grandes cantidades de sus buenas cosas a Dios, él les dio a ellas mucho más como recompensa.

Entonces, surgió la pregunta de qué debía hacerse con todo lo que el pueblo había traído. Siempre práctico, Ezequías dio orden de que se edificaran cámaras dentro de los terrenos del templo. Esto se hizo, y los levitas guardaron "fielmente las ofrendas, los diezmos y los dones consagrados". Había tantos elementos de toda clase, que Ezequías nombró a una comisión de doce hombres para cuidar de todo aquello, con Conanías como jefe.

Con el paso de los años, parecía que todo lo que el rey Ezequías había iniciado, había tenido éxito. Sin duda, se debía a que "todo lo que emprendió para el servicio del templo de Dios, lo hizo de todo corazón, de acuerdo con la ley y el mandamiento de buscar a Dios, y tuvo éxito".

Obrar así proporcionará el éxito a toda persona.

CUARTA PARTE

Historias de

Reyes

y

Profetas

(2 Reyes 17:1 a 25:30; 2 Crónicas 32:1 a 36:21; Isaías; Jeremías; Lamentaciones)

La causa de la caída de Israel

(2 Reyes 17:1-18)

SOLO unos pocos años después de esa increíble Pascua realizada en Jerusalén, Samaria cayó ante el ataque de los asirios, que pusieron fin al reino de Israel. Oseas estaba en el trono como último de los reyes de Israel. Así como todos los que habían reinado antes que él, "hizo lo que ofende al Señor".

Salmanasar, rey de Asiria, había pedido a Oseas una gran suma de dinero. Incapaz de pagarla, no había pedido ayuda a Dios, sino al rey So, de Egipto. Esto fue un gran error, porque no solo el rey So no podía ayudarlo, sino que el rey Salmanasar se enteró de lo que había hecho Oseas, y se enojó mucho.

Marchando sobre Samaria con un gran ejército, rodeó la ciudad. El sitio duró tres años, y mucha gente murió de hambre. En este tiempo no había ningún Eliseo que viniera en ayuda del pueblo, ni había carros del Señor que acudieran a aterrorizar y ahuyentar a los invasores.

Seguramente que Oseas y su pueblo clamaron a Baal para

← ILUSTRACIÓN DE FRED COLLINS

Cuando Oseas, rey de Israel, buscó la ayuda de Baal en lugar de acudir a Dios, durante el sitio de Samaria, los asirios derribaron las puertas y llevaron cautivo al pueblo.

que los librara, pero no vino ninguna ayuda. Fue la prueba final que tuvo el pueblo de Israel de cuán inútiles eran todos los ídolos que habían adorado. Por fin, todos estaban demasiado débiles como para resistir por más tiempo. Las puertas de la ciudad fueron abiertas, y los soldados asirios se apresuraron a entrar. Gran parte de la población fue muerta, y el resto fue llevado al cautiverio.

Lo mismo sucedió en toda ciudad y aldea de Israel, pues "invadió el país entero... deportó a los israelitas a Asiria y los instaló en Jalaj, en Gozán (que está junto al río Jabor) y en las ciudades de los medos".

Fue un final sumamente triste de lo que podía haber sido una historia muy gloriosa. En poco más de 200 años, Israel había caído desde el lugar que ocupaba entre las naciones más ricas, más grandes y más poderosas de la tierra, para convertirse en un grupo esparcido de cautivos miserables y azotados por la pobreza.

En solo 200 años habían perdido todo: sus tierras, sus casas, sus muebles, su ganado, su dinero, su honor. No les

había quedado nada de todo lo que el Señor les había dado. ¿Y por qué? Porque se apartaron del Dios del cielo. Desde Jeroboán hasta Oseas, precisamente 20 reyes se sentaron en el trono de Israel, y todos ellos fueron rebeldes a Dios. Todos adoraron a Baal e indujeron al pueblo a hacer lo malo.

"Todo esto sucedió porque los israelitas habían pecado contra el Señor su Dios, que los había sacado de Egipto... y siguieron las costumbres de las naciones que el Señor había expulsado delante de ellos... Además blasfemaron contra el Señor su Dios, y... erigieron piedras sagradas e imágenes de la diosa Aserá; y en todos los altares paganos quemaron incienso, siguiendo el ejemplo de las naciones que el Señor había desterrado delante de ellos. Fueron tantas las maldades que cometieron, que provocaron la ira del Señor. Rindieron culto a los ídolos, aunque el Señor se lo había prohibido categóricamente".

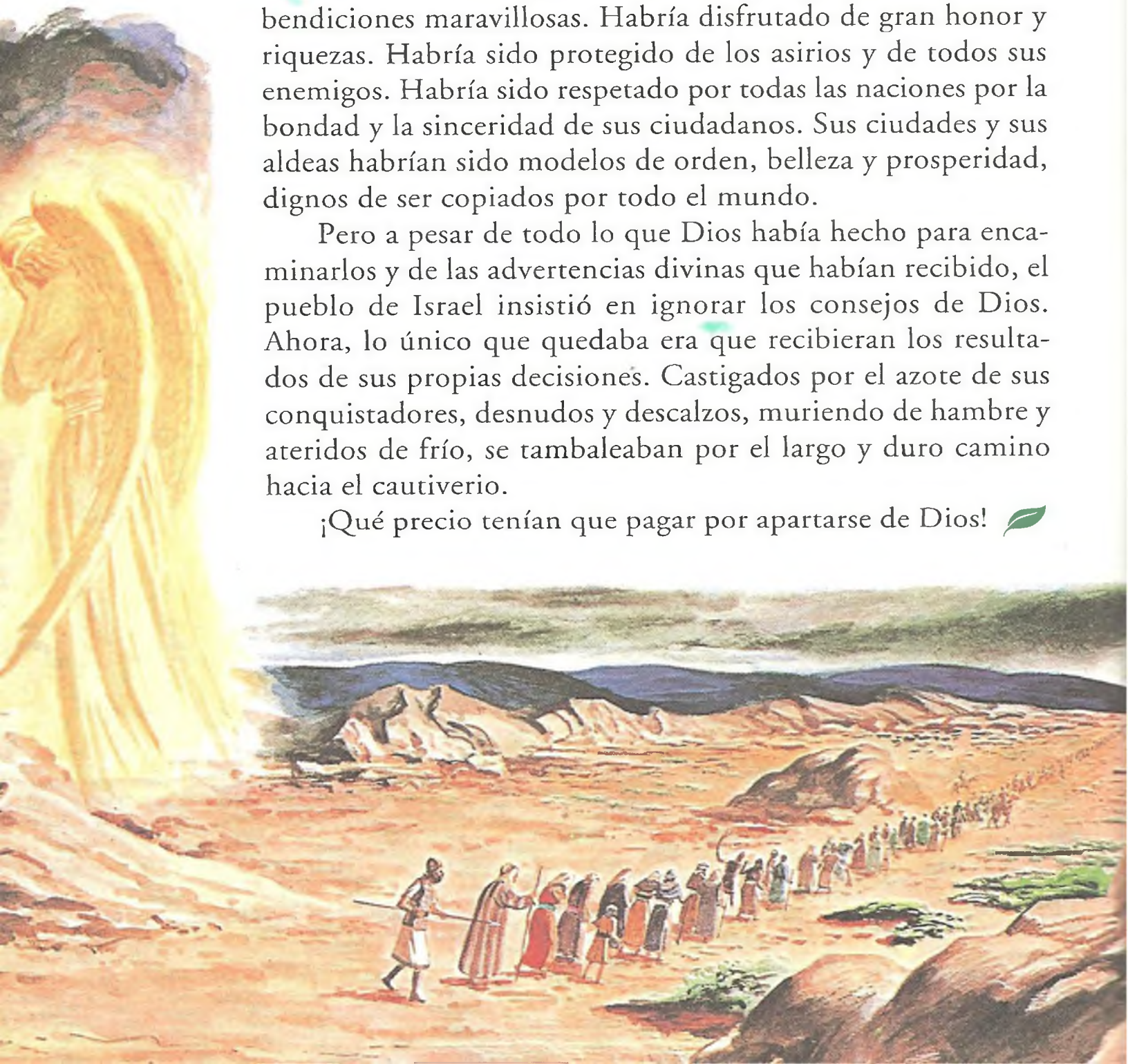
Una y otra vez Dios les había rogado que se arrepintieran de su maldad. Había mandado a Elías, a Eliseo, y a otros profetas con el mensaje: "¡Vuélvanse de sus malos caminos! Cumplan mis mandamientos y decretos"; pero ellos "fueron tan tercos como lo habían sido sus antepasados, que no confiaron en el Señor su Dios... Abandonaron todos los mandamientos del Señor su Dios, y se hicieron dos ídolos fundidos en forma

de becerro y una imagen de la diosa Aserá. Se postraron ante todos los astros del cielo, y adoraron a Baal; sacrificaron en el fuego a sus hijos e hijas; practicaron la adivinación y la hechicería; en fin, se entregaron a hacer lo que ofende al Señor, provocando así su ira. Por lo tanto, el Señor se enojó mucho contra Israel y lo arrojó de su presencia".

Si Israel hubiera permanecido fiel a Dios, habría recibido bendiciones maravillosas. Habría disfrutado de gran honor y riquezas. Habría sido protegido de los asirios y de todos sus enemigos. Habría sido respetado por todas las naciones por la bondad y la sinceridad de sus ciudadanos. Sus ciudades y sus aldeas habrían sido modelos de orden, belleza y prosperidad, dignos de ser copiados por todo el mundo.

Pero a pesar de todo lo que Dios había hecho para encaminarlos y de las advertencias divinas que habían recibido, el pueblo de Israel insistió en ignorar los consejos de Dios. Ahora, lo único que quedaba era que recibieran los resultados de sus propias decisiones. Castigados por el azote de sus conquistadores, desnudos y descalzos, muriendo de hambre y ateridos de frío, se tambaleaban por el largo y duro camino hacia el cautiverio.

¡Qué precio tenían que pagar por apartarse de Dios!



Un joven de visión

(Isaías)

AL mismo tiempo en que todas estas cosas terribles le estaban ocurriendo a Israel, Dios levantó a uno de los más grandes profetas que alguna vez vivieran, con el objetivo de dar palabras de advertencia y consuelo a su pueblo.

No se nos dice precisamente cuándo nació Isaías, pero debe haber sido no mucho tiempo después de la muerte de Eliseo. Por lo menos sabemos que vivió durante los reinos de "Uzías, Jotán, Acaz y Ezequías, reyes de Judá". Esto significa que él también vivió durante los reinos de los últimos siete reyes de Israel, desde Jeroboán II hasta Oseas.

Si recordamos esto, nos ayudará a comprender muchas cosas que Isaías escribió. ¡Cuán adecuadas eran las palabras concernientes a Israel! "¡Ay, nación pecadora, pueblo cargado de culpa, generación de malhechores, hijos corruptos! ¡Han abandonado al Señor! ¡Han despreciado al Santo de Israel! ¡Se han vuelto atrás!... Su país está desolado, sus ciudades son presa del fuego; ante sus propios ojos los extraños devoran sus

campos; su país está desolado, como si hubiera sido destruido por extranjeros. La bella Sión [Jerusalén] ha quedado como cobertizo en un viñedo, como choza en un melonar, como ciudad sitiada".

Isaías recibió su llamado a la tarea de profeta al final del reinado de Uzías, antes que el pueblo de Samaria fuera llevado al cautiverio por los asirios. Él mismo nos relata cómo Dios lo llamó a su servicio.

"El año de la muerte del rey Uzías –dice él–, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo".

Por encima del trono vio serafines, que tenían seis alas. Dos de ellas cubrían el rostro y dos los pies de cada una de estas maravillosas criaturas, mientras las otras dos alas eran usadas para volar.

"Y se decían el uno al otro: 'Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria'". Los postes de las puertas temblaron al sonido de la voz, y el edificio se llenó de humo

"¡Ay de mí –exclamó el joven–, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos, ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al Señor Todopoderoso!"

Repentinamente, uno de los serafines tomó "una brasa" del altar del incienso y voló con él hasta donde estaba Isaías. Tocó suavemente la boca del joven con este carbón encendido, mientras decía:

–"Mira, esto ha tocado tus labios; tu maldad ha sido bo-

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Rodeado por la gloria del cielo mientras adoraba en el templo, Isaías exclamó: "Soy un hombre de labios impuros", y un ángel tocó sus labios con una brasa del altar.

rrada, y tu pecado, perdonado".

Entonces, a través del humo vino otra voz que decía:

–"¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? "

¡Era la voz de Dios! ¡El Señor mismo estaba pidiendo que se pusiera a su servicio. Humildemente, Isaías respondió:

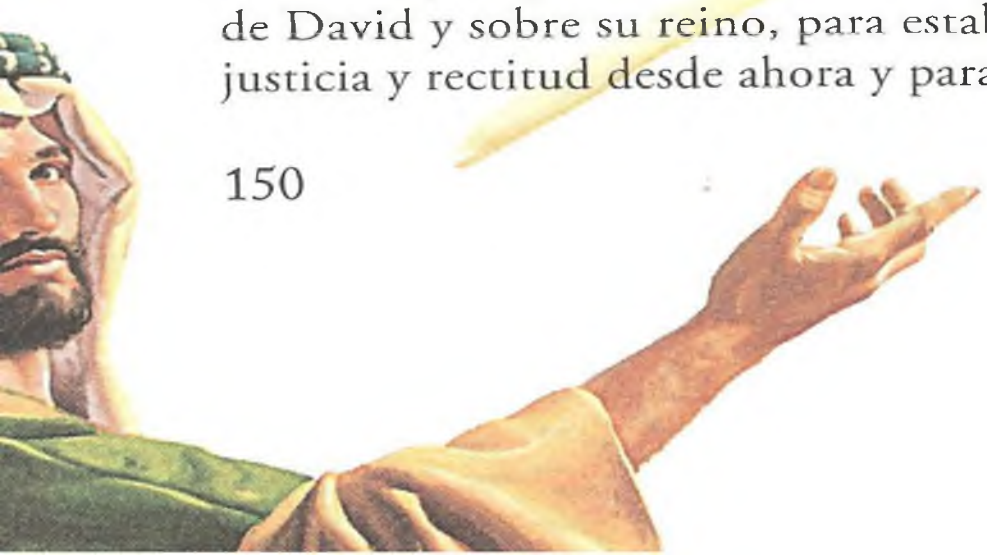
–"Aquí estoy. ¡Envíame a mí! "

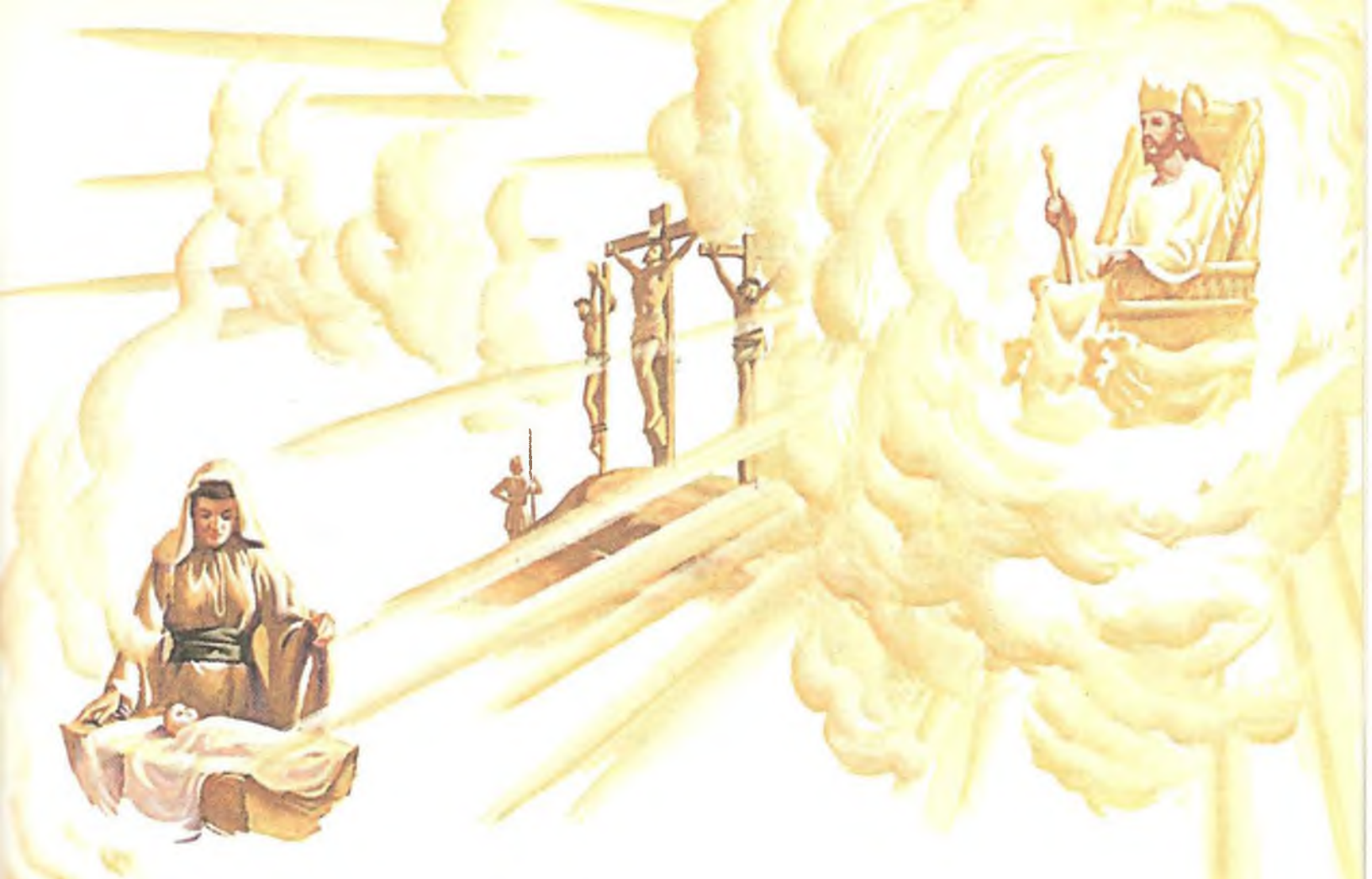
"Ve" –dijo Dios, dándole el mensaje que había de llevar al pueblo.

Y así fue como aquel profeta Isaías comenzó la obra de su vida. "El año de la muerte del rey Uzías", cuando todo Jerusalén estaba temeroso y afligido acerca del futuro, él vio al Rey eterno, sentado en el trono del universo, el único trono que nunca ha de pasar.

Esta visión jamás lo abandonó. Durante todo el reinado de Acaz, a través de las terribles invasiones de Israel y Judá por los reyes de Asiria, él recordaba lo que había visto y oído aquella noche maravillosa. Otros podrían atemorizarse, pero no él. Tenía la seguridad de que Dios vive y reina, y finalmente vencerá.

En los tiempos oscuros y malos en que vivió, habló con palabras de valor y esperanza. Algún día Dios levantaría un libertador. Algún día se diría: "Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Se extenderán su soberanía y su paz, y no tendrán fin. Gobernará sobre el trono de David y sobre su reino, para establecerlo y sostenerlo con justicia y rectitud desde ahora y para siempre. Esto lo llevará





a cabo el celo del Señor Todopoderoso".

¡Cuán consoladora debió haber sido esta promesa en aquellos días de guerra, invasión, sufrimiento y muerte! Para que ninguno dudara de que esa profecía habría de verificarse, agregó: " Esto lo llevará a cabo el celo del Señor Todopoderoso".

En otra ocasión dijo al pueblo afligido y doliente: "Levanten los ojos al cielo; miren la tierra aquí abajo: como humo se esfumarán los cielos, como ropa se gastará la tierra, y como moscas morirán sus habitantes. Pero mi salvación permanecerá para siempre, mi justicia nunca fallará".

Para alegrar los corazones de la multitud, dijo además: "Aunque cambien de lugar las montañas y se tambaleen las colinas, no cambiará mi fiel amor por ti ni vacilará mi pacto de paz, dice el Señor, que de ti se compadece".

Justinen

"Busquen al Señor mientras se deje encontrar –urgió–, llámenlo mientras esté cercano. Que abandone el malvado su camino, y el perverso sus pensamientos. Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar, y de él recibirá misericordia".

Por fin les aseguró que todo lo malo llegaría a su final.

"Fortalezcan las manos débiles, afirmen las rodillas temblorosas; digan a los de corazón temeroso: 'Sean fuertes, no tengan miedo. Su Dios vendrá, vendrá con venganza; con retribución divina vendrá a salvarlos'. Se abrirán entonces los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; saltará el cojo como un ciervo, y gritará de alegría la lengua del mudo...

"Y volverán los rescatados por el Señor, y entrarán en Sión con cantos de alegría, coronados de una alegría eterna. Los alcanzarán la alegría y el regocijo, y se alejarán la tristeza y el gemido".

No habrá más guerras, ni más sufrimiento, ni más muerte. La gente edificará casas y cultivará huertas sin temor a los invasores, y "disfrutarán de las obras de sus manos". Entonces habrá paz y amistad en todo el mundo. "'En todo mi monte santo no habrá quien haga daño ni destruya', dice el Señor".

Este fue el hermoso mensaje de Isaías, quien cuando era solo un joven, vio a Dios en su trono.

← ILUSTRACIÓN DE CARLOS ZINGARO

Isaías describió una visión de la hermosa tierra nueva, libre de todo temor e infelicidad, donde Jesús habitará con los que, en esta tierra, han sido fieles a él y obedientes a su ley.

Un ángel al rescate

(2 Reyes 18:13 a 19:37; 2 Crónicas 32:1-22; Isaías 36; 37)

ALGUNOS años después que los asirios capturaron Samaria, invadieron Judá y trataron de tomar Jerusalén. Senaquerib era entonces rey de Asiria, y "atacó y tomó todas las ciudades fortificadas de Judá".

Solo Jerusalén se salvó. De todo el territorio que Dios le había dado al pueblo que trajo de Egipto, esta era la única ciudad que permanecía en su posesión. Todas las otras, desde Dan hasta Beerseba, habían sido perdidas.

Nunca había parecido tan solitaria la ciudad de David, allí en la cumbre de la montaña. Muchos deben haberse preguntado cómo podría resistir ante todo el poderío de Asiria. No habrá faltado quien dijera: "Si toman Jerusalén, ¿qué esperanza habrá de que alguna vez se cumplan las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob? ¿Cómo podría alguna vez la simiente de la mujer herir la cabeza de la serpiente?"

Afortunadamente, en ese tiempo había en Jerusalén, detrás de sus puertas atrancadas con barricadas, dos grandes hombres y una noble mujer: Isaías el profeta, Ezequías el rey, y Abías,

la madre del rey.

Ansioso por evitar un ataque, si fuera posible, Ezequías mandó mensajeros a Senaquerib para dialogar con él. El invasor puso un precio muy alto: 300 talentos de plata y 30 talentos de oro.

Ezequías trató de reunir el dinero, aun sacando el oro que recubría las puertas y las columnas del templo. Se lo mandó a Senaquerib. Pero el rey asirio no estaba satisfecho. Quería más. Dijo que de cualquier manera iba a tomar la ciudad, y que Ezequías haría bien en abrir las puertas y rendirse.

Pero Ezequías no era de los que se rinden sin luchar. Presentó de nuevo el asunto a sus príncipes, y estos decidieron resistir. En primer lugar cegaron todas las fuentes de agua que había fuera de la ciudad. "Entre todos cegaron los manantiales y el arroyo que atravesaba la región, pues no querían que al llegar los reyes de Asiria encontraran agua en abundancia".

Luego "Ezequías reconstruyó toda la muralla que había sido derribada y levantó torres sobre ella" y "mandó fabricar muchas lanzas y escudos".

Reuniendo todos sus capitanes, Ezequías los animó, diciendo: "¡Cobren ánimo y ármense de valor! No se asusten ni se acobarden ante el rey de Asiria y su numeroso ejército, porque nosotros contamos con alguien que es más poderoso. Él se apoya en la fuerza humana, mientras que nosotros contamos con el Señor nuestro Dios, quien nos brinda su ayuda y pelea nuestras batallas".

¡Qué fe maravillosa! Como Eliseo, Ezequías estaba seguro de que los carros del Señor vendrían en su rescate. Los capitanes estaban entusiasmados y el pueblo "tuvo confianza" en las palabras del rey. Necesitaban ánimo, dado que pronto llegó a la ciudad parte del ejército asirio, liderado por su comandante en jefe, que pidió tener una reunión. Tres hombres salieron a negociar con él: "Eliaquín... que era el administrador del palacio, junto con el cronista Sebna y el secretario Joa". Sin duda

que esta es la razón por la que tenemos un relato tan completo de lo que ocurrió.

El comandante en jefe les dijo a los tres hombres que volvieran al rey Ezequías y le dijeran que no ganaría nada con resistir por más tiempo. Si él esperaba ayuda de los egipcios, estaba dependiendo de una caña quebrada. Si confiaba en el Dios del cielo, se hallaba igualmente equivocado. De cualquier forma, el Señor le había dicho al rey de Asiria que viniera y destruyera a Jerusalén.

En este momento Eliaquín, Sebna y Joa le rogaron que hablara en arameo, y no en hebreo, de manera que la gente que escuchaba desde los muros de Jerusalén no entendiera. Pero el comandante en jefe no quiso hacerlo. En lugar de esto, levantó su voz y gritó:

–"¿Acaso alguno de los dioses de las naciones pudo librar a su país de las manos del rey de Asiria? ¿Dónde están los dioses de Jamat y de Arfad? ¿Dónde están los dioses de Sefarvayin?"

No hubo respuesta de parte de la gente que estaba sobre los muros, pues el rey Ezequías había pasado la orden a todo el mundo: "No le respondan". Pero cuando el diálogo terminó y el comandante se había ido, Ezequías se sintió muy afligido. Mandó a Eliaquín, a Sebna y a Joa para ver a Isaías, a fin de contarle todo lo que había acontecido.

Cuando volvieron a ver al rey le trajeron este mensaje del Señor: "¡Mira! Voy a poner un espíritu en él, de manera que cuando oiga cierto rumor se regrese a su propio país".

El comandante en jefe oyó que su rey estaba luchando contra otro pueblo, así que abandonó Israel para ir al frente de ba-

talla. Pero la amenaza sobre Jerusalén no había terminado. Finalmente llegó una carta del rey de Asiria, repitiendo todo lo que había dicho el comandante en jefe, exigiendo de nuevo que la ciudad se rindiera. Cuando Ezequías la leyó, "subió al templo del Señor, la desplegó delante del Señor". Luego oró:

"Señor, Dios de Israel –exclamó–, entronizado sobre los querubines: sólo tú eres el Dios de todos los reinos de la tierra. Tú has hecho los cielos y la tierra. Presta atención, Señor, y escucha; abre tus ojos, Señor, y mira; escucha las palabras que Senaquerib ha mandado a decir para insultar al Dios viviente.

"Es verdad, Señor, que los reyes asirios han asolado todas estas naciones y sus tierras. Han arrojado al fuego sus dioses, y los han destruido, porque no eran dioses sino sólo madera y piedra, obra de manos humanas. Ahora, pues, Señor y Dios nuestro, por favor, sálvanos de su mano, para que todos los reinos de la tierra sepan que sólo tú, Señor, eres Dios".

¡Qué oración hermosa, tan ferviente, tan llena de fe y de confianza! Dios la oyó. Seguramente el Señor envió de inmediato a Isaías para decirle que no se aflija. Le dijo: "Yo, el Señor, declaro esto acerca del rey de Asiria: 'No entrará en esta ciudad,

ni lanzará contra ella una sola flecha. No se enfrentará a ella con escudos, ni construirá contra ella una rampa de asalto. Volverá por el mismo camino que vino; ¡en esta ciudad no entrará! Yo, el Señor, lo afirmo. Por mi causa, y por consideración a David mi siervo, defenderé esta ciudad y la salvaré'".

¡Maravillosa promesa! Dios mismo iba a defender la ciudad. Él sabía exactamente lo que estaba por ocurrir y cómo el enemigo sería rechazado. Todos podían sentirse tranquilos.

Esa misma noche, el ángel del Señor entró en acción. Hubo una gran matanza en el campo de los asirios. La Biblia no nos cuenta exactamente lo que ocurrió, pero por la mañana, había 185.000 soldados muertos que yacían en toda el área que rodeaba a Jerusalén.

Los habitantes de Jerusalén se agolparon sobre los muros para ver la asombrosa escena. Apenas podían creer lo que veían, porque no se había arrojado una sola flecha ni una sola piedra. ¡Y sin embargo allí estaban sus enemigos en el sueño de la muerte! ¡El ejército asirio ya no existía!

En cuanto al poderoso Senaquerib, "tuvo que volver avergonzado a su país", donde dos de sus hijos lo mataron.

El sol retrocede

(2 Reyes 20:1-11; Isaías 38:1-8)

UNO de los eventos más fabulosos de la historia ocurrió durante el reinado de Ezequías. El rey se había enfermado, e Isaías le había dicho que iba a morir.

Pero Ezequías no quería morir. De manera que "volvió el rostro hacia la pared y le rogó al Señor: 'Recuerda, Señor, que yo me he conducido delante de ti con lealtad y con un corazón íntegro, y que he hecho lo que te agrada'". Mientras oraba, "lloró amargamente".

Dios oyó a su siervo fiel. Y antes que Isaías hubiera llegado al centro del patio de la casa del rey, "cuando le llegó la palabra del Señor: 'Regresa y dile a Ezequías, gobernante de mi pueblo, que así dice el Señor, Dios de su antepasado David: He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas. Voy a sanarte, y en tres días podrás subir al templo del Señor. Voy a darte quince años más de vida'".

Nadie sabe cuánta distancia había desde el centro del patio hasta el dormitorio del rey; pero en el corto tiempo que le tomó a Isaías recorrerla, vino la respuesta de Dios. Ezequías

entonces preguntó si podía tener una señal de que realmente el Señor había de sanarlo.

Sí, dijo Isaías, podía tenerla. Y podía elegir entre dos. Señalando la escala que el rey Acaz había construido para marcar el paso de las horas, le preguntó al monarca si le gustaría que la sombra avanzara "diez gradas" o "retrocediera diez".

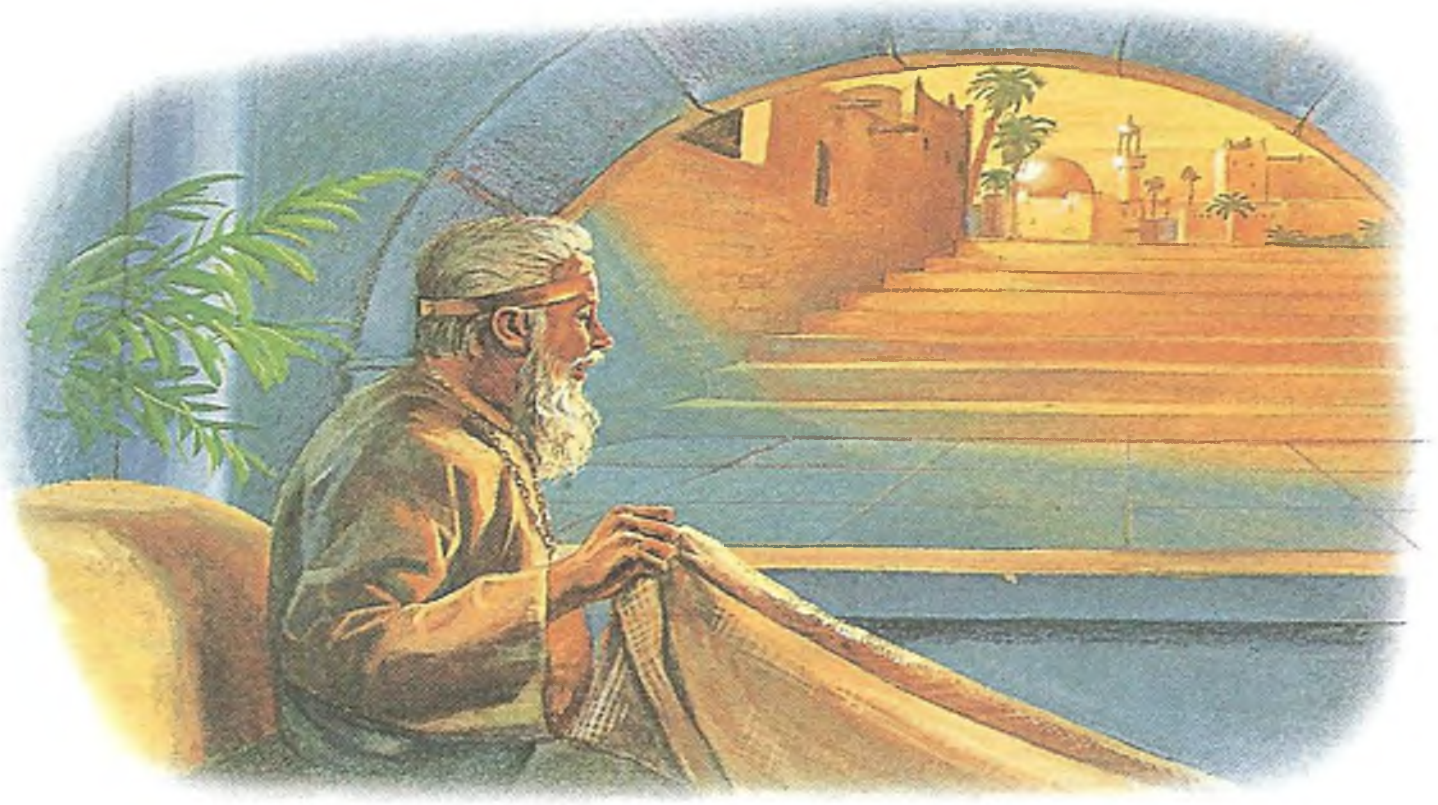
Ahora, Ezequías era un hombre muy enfermo que acababa de llorar desconsoladamente al verse al borde la muerte. Pero su mente todavía estaba lo suficientemente lúcida como para ver que, si la sombra avanzaba diez gradas, no significaría mucho. Después de todo, eso es lo que hace la sombra a medida que el día avanza. Pero si la sombra retrocedía diez gradas; bueno, eso sería un milagro muy grande.

–"Es fácil que la sombra se alargue diez gradas –replicó Ezequías–, pero no que vuelva atrás".

Así, Isaías clamó con fervor a Dios para que él hiciera esta maravilla. Mientras el profeta oraba, el rey observó el reloj de sol desde su cama. ¡No podía ser! ¡Sí! La sombra se movía. ¡No hacia adelante, sino hacia atrás! ¡Nada semejante había ocurrido antes! Era increíble. Pero estaba aconteciendo. Iba retrocediendo, retrocediendo, retrocediendo... Una grada, dos gradas, tres gradas, cuatro gradas. ¡Milagro de milagros! ¡Ocho, nueve, diez gradas!

Ezequías debió haber observado con desconcierto. Por un momento, quizás pensó que tal vez había pedido demasiado. Porque he aquí que Dios estaba trastornando el universo entero –o por lo menos así parecía– para contestar su oración sencilla y más bien irreflexiva.

Esto muestra cuánto está dispuesto Dios a hacer en favor de los que lo aman y confían en él con todo su corazón. Él aun hará que el sol retroceda en el cielo si hace falta, antes que chasquear a uno de sus hijos fieles.



Visitantes de Babilonia

(2 Reyes 20:12-17; Isaías 39:1-6)

¿CÓMO ocurrió el milagro de la sombra del sol en la escala? Nadie lo sabe. Pero debe haber ocurrido, porque las personas que estaban mirando la sombra del sol en Babilonia, a cientos de kilómetros, también vieron que retrocedía en el mismo momento. Y debe haberse notado en todo el mundo. Por todas partes la gente se preguntaba qué significaba aquello.

Con respecto a Ezequías, se mejoró, tal como lo había dicho Isaías. Tres días después, estaba de regreso en el trabajo, tan sano como siempre. Fue entonces cuando escribió estas palabras:

"Sin duda, fue para mi bien pasar por tal angustia. Con tu amor me guardaste de la fosa destructora, y le diste la espalda a mis pecados. El sepulcro nada te agradece; la muerte no te alaba. Los que descienden a la fosa nada esperan de tu fidelidad. Los que viven, y sólo los que viven, son los que te alaban, como hoy te alabo yo".

Algunas semanas después, llegaron a Jerusalén ciertas vi-

sitas de gran importancia. Eran embajadores de Babilonia, con cartas y regalos del rey Merodac Baladán para felicitar a Ezequías por su recuperación. También habían venido "para investigar acerca de la señal extraordinaria que había tenido lugar en el país",* de la que todos estaban hablando.

Ezequías estaba encantado. Por cierto, debe haber sido muy consolador para él que todavía tuviera algunos amigos. Dado que Jerusalén era la única ciudad de toda Palestina que se hallaba en pie, resistiendo el poder de los asirios, a veces el rey debió haberse sentido sumamente solo.

De manera que les dio a los embajadores de Babilonia una gran bienvenida. Con alegría les contó cómo la sombra se había movido hacia atrás en la escala, y cómo esto había sido una señal de que se recuperaría de su enfermedad y viviría otros 15 años.

Luego, con gran orgullo, les mostró sus bóvedas secretas, "la plata, el oro, las especias, el aceite fino, su arsenal y todo lo que había en ellos".

No se nos dice lo que los embajadores pensaron de todo esto. Indudablemente que tomaron nota de todo, por si llegaran a necesitar la información en el futuro. Ellos sabían que su amo real, el rey de Babilonia, estaría seguramente interesado en tener noticias acerca de dónde podía encontrar un buen acopio de oro y plata cuando se los necesitara.

Por fin, los embajadores emprendieron el regreso, con muchas palabras bondadosas y buenos deseos de parte de Ezequías y del pueblo de Jerusalén.

Ni bien habían desaparecido por la pendiente de la colina

cuando Isaías fue al palacio real. Él quería saber quiénes habían sido y qué habían dicho los visitantes.

–"De un país lejano –respondió Ezequías–. Vinieron a verme desde Babilonia.

–"¿Y qué vieron en tu palacio? –preguntó el profeta.

–"Vieron todo lo que hay en él" –dijo Ezequías alegremente, pensando que sin duda Isaías estaría contento con la cortesías que él había manifestado hacia sus huéspedes.

Pero al profeta no le agradó esto. Ezequías había cometido un error. Él no debía haber exhibido sus tesoros antes estos extranjeros.

–"Oye la palabra del Señor: Sin duda vendrán días en que

todo lo que hay en tu palacio, y todo lo que tus antepasados atesoraron hasta el día de hoy, será llevado a Babilonia. No quedará nada –dice el Señor".

El rey se sintió conmovido. Nunca había pensado en esto. Por cierto, debía haber sido más cuidadoso. Ahora era demasiado tarde. Aquellos hombres habían visto todo, y contarían lo que habían observado. Sus mejor guardados secretos serían conocidos no solamente en Babilonia, sino tal vez hasta en Nínive. ¡Cuán imprudente había sido!

Deberíamos ser cuidadosos con cada palabra y acción. Un hecho irreflexivo, realizado por orgullo o vanagloria, puede traer tristes consecuencias. Cuán sabios son los que muestran a sus visitas, no los tesoros de sus casas, sino las riquezas del amor de Dios hacia ellos.

---

* 2 Crónicas 32:31.

El niño-rey malo

(2 Reyes 20:21 a 21:18; 2 Crónicas 32:33 a 33:16)

EXACTAMENTE 15 años después del milagro de la sombra del sol que retrocedió en la escala, Ezequías murió. Su lugar en el trono fue ocupado por su joven hijo, Manasés, uno de los peores reyes que haya conocido Judá.

Es un misterio cómo un padre tan bueno llegó a tener un hijo tan malo. Cualquiera fuera la causa, Manasés fue un pequeño rebelde desde el comienzo. Le encantaba desafiar a su padre e ir contra sus deseos. Tan pronto como llegó al trono, empezó a deshacer todo el bien que su padre había realizado. Dio orden de que se reedificaran los altares de los dioses paganos que Ezequías había destruido. Reinstaló el culto a Baal en Jerusalén, y "se postró ante todos los astros del cielo y los adoró".

Su mayor pecado fue el de colocar una imagen tallada en el templo mismo: un insulto terrible al Dios del cielo, que había ordenado a su pueblo diciendo:

"No te hagas ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza

con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni los adores".*

Además de todo esto, Manasés volvió a poner en práctica todos los malvados procedimientos de los paganos. "Sacrificó en el fuego a sus hijos... practicó la magia, la hechicería y la adivinación, y consultó a nigromantes y a espiritistas. Hizo continuamente lo que ofende al Señor, provocando así su ira".

Para ese entonces, Isaías ya había muerto, quizá asesinado por Manasés, que "derramó tanta sangre inocente que inundó a Jerusalén de un extremo a otro". Pero Dios envió a otros profetas para amonestar al joven rey acerca de lo que le acontecería si continuaba con su mal proceder. Por medio de uno de ellos dijo:

"Como Manasés, rey de Judá, ha practicado estas repugnantes ceremonias... voy a enviar tal desgracia sobre Jerusalén y Judá, que a todo el que lo oiga le quedará retumbando en los oídos... Voy a tratar a Jerusalén como se hace con un plato que se restriega y se pone boca abajo".

Pero aunque Dios les habló tan claramente a Manasés y a su pueblo, no quisieron escuchar.

Como resultado, un terrible castigo cayó sobre ellos. Los asirios vinieron y tomaron cautivo a Manasés. La imagen tallada que había instalado en el templo no lo salvó, ni todos los dioses paganos a quienes había adorado. Atado con cadenas, fue conducido a Babilonia como prisionero.

No sabemos cuánto tiempo permaneció en la cárcel en un país extranjero, pero allí se acordó de su bondadoso padre y de

su Creador. Llegó a ver cuán terrible error había cometido, y pidió perdón a Dios.

"Estando en tal aflicción, imploró al Señor, Dios de sus antepasados, y se humilló profundamente ante él. Oró al Señor, y él escuchó sus súplicas ".

Maravillosamente, Dios lo perdonó, aunque había puesto una imagen tallada en el templo. Dios "le permitió regresar a Jerusalén y volver a reinar. Así Manasés reconoció que sólo el Señor es Dios".

Convertido por fin, Manasés trató de deshacer todo el mal que había hecho en su juventud. En primer lugar, sacó aquel horrible ídolo de la casa del Señor. También derribó todos los altares que había edificado en Jerusalén y los arrojó "fuera de la ciudad". Además "reconstruyó el altar del Señor, y en él ofreció sacrificios de comunión y de acción de gracias, y le ordenó a Judá que sirviera al Señor, Dios de Israel".

De esta manera, el niño-rey malo obró bien al final. ¡Pero qué lástima que hubiera hecho tal desastre al comienzo! ¡Qué años más desperdiciados! ¡Cuánto sufrimiento innecesario!

El reinado de Manasés duró 55 años. ¡Qué reino glorioso podría haber sido si hubiera permanecido siempre fiel a Dios y seguido en los pasos de su padre!

---

* Éxodo 20:4, 5.

El niño-rey bueno

(2 Reyes 21:18 a 23:23; 2 Crónicas 33:20 a 35:19)

DESPUÉS de la muerte de Manasés, su hijo Amón ocupó el trono. Pero solo reinó dos años. Al igual que su padre, fue un mal muchacho, y fue asesinado por sus siervos. Entonces, su pequeño hijo Josías llegó a ser el rey.

Josías tenía solo 8 años en el momento de su coronación, y es una edad muy tierna para ser rey. Debe haber tenido una muy buena madre, pues desde el comienzo, "hizo lo que agrada al Señor... no se desvió de él en el más mínimo detalle".

Cuando tenía 16 años, "siendo aún muy joven", rindió su corazón a Dios; y cuando tenía 20, comenzó a limpiar la ciudad a buen ritmo. Los altares de Baal fueron derribados "en su presencia". Fue personalmente para ver a los ídolos mientras eran destruidos. En cuanto a los altares para quemar incienso y los lugares donde las personas adoraban a Aserá, él mismo los destruyó. Quemó todos los ídolos de madera, esparciendo las cenizas sobre las tumbas de los que habían sacrificado holocaustos a ellos. Las imágenes de metal fueron pulverizadas, así como Moisés había destruido el becerro de oro en el desierto.

Luego de eliminar todos los ídolos de Israel, Josías fue por "toda la región de Israel" e hizo lo mismo en toda ciudad y aldea. Puesto que los asirios se habían vuelto a su tierra por ese entonces, no había nadie que lo detuviera.

Mientras proseguía su viaje, fue pidiendo ofrendas para ayudar a reparar el templo, que había sido grandemente dañado durante el reino de Manasés y su malvado hijo Amón. Por pobre que fuera la gente, dio lo que pudo. Josías usó este dinero para comprar piedra y madera, y para pagar a los jornaleros.

Fue en esa oportunidad que se realizó un asombroso descubrimiento. Mientras se vaciaba el arca en el que estaba guardado el dinero, Jilquías, el sumo sacerdote, descubrió un rollo de pergamino. Tomándolo, vio que era "la ley del Señor, dada por medio de Moisés". Alguien lo había escondido en el cofre mucho tiempo antes para protegerlo de los enemigos.

Emocionado por el hallazgo, Jilquías llamó a Safán el escriba y le dijo: "He encontrado el libro de la ley en el templo del Señor".

Safán casi no podía creer lo que oía. Esto era demasiado bueno para ser cierto. Todos pensaban que los libros de Moisés habían sido destruidos hacía tiempo. Salió corriendo para ver a Jilquías, y ávidamente tomó el libro de las temblorosas manos del sumo sacerdote.

¡Sí! Con toda seguridad era el ejemplar, extraviado desde hacía mucho tiempo, del Libro Sagrado escrito por el mayor dirigente de Israel. Estrechando el pergamino entre sus manos, Safán corrió a darle las maravillosas noticias a Josías. Entonces le leyó largos pasajes.

Cuando Josías escuchó, quedó profundamente conmovido. De repente descubrió cuán bajo habían caído en el pecado los hijos de Israel, y cuánto debían haber desilusionado a Dios.

Como sabes, la gente no poseía Biblias en sus hogares en aquellos días. El conocimiento de la voluntad de Dios dependía mayormente de la memoria de las personas, y esta no era muy buena. Este fue el motivo por el que el descubrimiento del libro resultó importantísimo.

Puedes imaginarte cómo se sintió Josías al escuchar la lectura de los Diez Mandamientos, por primera vez en su vida.

"No tengas otros dioses además de mí.

"No te hagas ningún ídolo...

"No pronuncies el nombre del Señor tu Dios a la ligera...

"Acuérdate del sábado, para consagrarlo...

"Honra a tu padre y a tu madre...

"No mates.

"No cometas adulterio.

← ILUSTRACIÓN DE MANNING DE V. LEE

Cuando Safán el escriba le leyó al rey Josías los consejos de Dios del rollo sagrado que había estado perdido por tantos años en el templo, el rey se sintió conmovido de dolor.

"No robes.

"No des falso testimonio en contra de tu prójimo.

"No codicies la casa de tu prójimo...". [1]

–¡Los hemos quebrantado todos! –debe haber clamado el joven rey, al pensar en todas las cosas malvadas que su pueblo había estado haciendo.

Entonces, escuchó con silencioso pavor lo que leyó Safán:

"Pero... si no obedeces al Señor tu Dios ni cumples fielmente todos sus mandamientos y preceptos que hoy te ordeno, vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones:

"Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo...

"Maldito serás en el hogar, y maldito en el camino.

"El Señor enviará contra ti maldición, confusión y fracaso". [2]

El rey estaba perturbado, profundamente abatido y lleno de aflicción.

–"Vayan a consultar al Señor por mí... –les dijo a sus oficiales–. Sin duda que la gran ira del Señor se ha derramado contra nosotros porque nuestros antepasados no tuvieron en cuenta su palabra, ni actuaron según lo que está escrito en este libro".

Jilquías y Safán fueron a ver a Huldá, la profetisa, para pedirle consejo. Ella les dijo que Judá sería seguramente castigado por todo el mal que había hecho, pero que este castigo no vendría en los días de Josías, porque él se había humillado delante de Dios y había llorado por las transgresiones de su pueblo.

Cuando Josías recibió este mensaje, llamó a todos sus súb-

ditos para que se reunieran con él en el templo. Cuando llegaron, "en presencia de ellos, leyó todo lo que dice el libro del pacto que fue hallado en el templo del Señor".

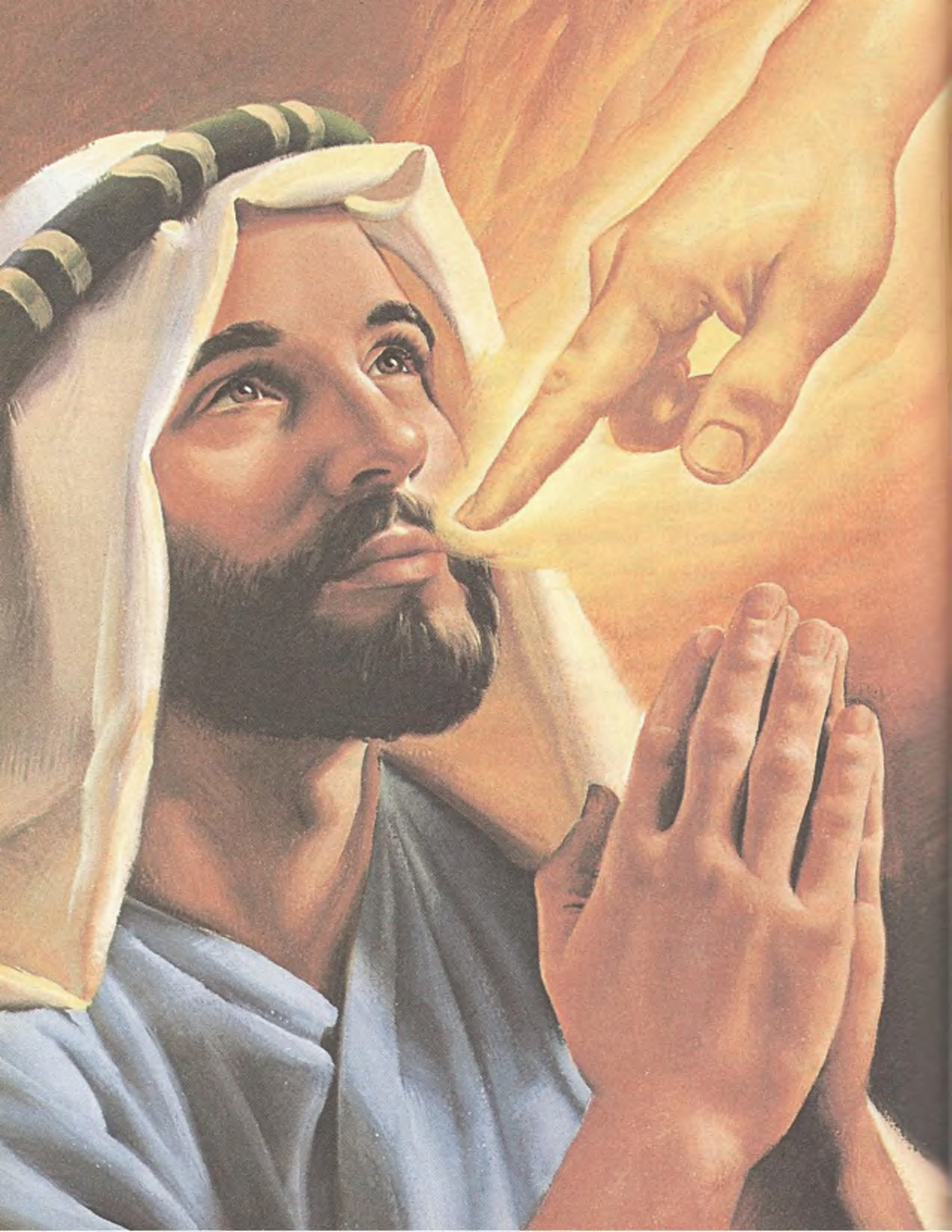
Prometió públicamente "seguir al Señor y poner en práctica, de todo corazón y con toda el alma sus mandamientos, preceptos y decretos". Entonces pidió a todos que se unieran a él en esta reconsagración a Dios.

Mientras el pueblo manifestaba arrepentimiento, le presentó el plan de festejar de nuevo la Pascua. Todos aceptaron con alegría. "Desde la época del profeta Samuel no se había celebrado una Pascua semejante". Pero fue la última Pascua que vieron la vieja Jerusalén y el antiguo templo de Salomón.

Cuando el buen rey Josías murió, murió también con él la última esperanza para Judá. Poco más de 20 años después, tanto la ciudad como el templo estaban en ruinas.

[1] Éxodo 20:1-17.

[2] Deuteronomio 28:15-20.



El llamado a Jeremías

(Jeremías 1)

ENTRE los que lloraban la muerte del rey Josías estaba "Jeremías hijo de Jilquías", que tal vez fuera el mismo Jilquías que encontró el libro de la ley en el cofre del templo.

Jeremías y Josías deben haber tenido aproximadamente la misma edad, pues cuando Josías tenías 21 años, Jeremías fue llamado por Dios a ser profeta. Estos dos jóvenes crecieron juntos, con las mismas esperanzas e ideales. Trabajaron juntos para tratar de eliminar el culto de los ídolos y traer el pueblo de regreso a Dios. No es de admirar que Jeremías llorara cuando su buen amigo murió.

De niño, Jeremías nunca soñó que sería un profeta una vez crecido, ni quería serlo. Amaba al Señor y esperaba servirlo como un fiel sacerdote, como su padre. ¡Pero ser un profeta, como Elías, Eliseo, o Isaías... ¡No! No tenía planes de convertirse en uno de ellos.

Sin embargo, Dios tenía sus ojos sobre este muchacho. El Señor vio que era fiel en sus deberes; un niño en quien podía confiar. Cierto día, Dios le habló. ¡Y qué sorpresa se llevó Jeremías!

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Llamado por Dios para ser profeta, el joven Jeremías alegó tímidamente que no sabía hablar. Sin embargo, Dios tocó sus labios y le aseguró: "Mis palabras serán como fuego en tu boca".

–"Antes de formarte... ya te había elegido –le dijo Dios–... ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones".

Esto equivalía a decir: "Estaba pensando en ti y haciendo planes para tu vida antes que nacieras".

A Jeremías le resultó difícil creerlo. Rogó que fuera eximido, tal como Moisés lo hizo cuando Dios lo llamó desde la zarza ardiente.

–"¡Ah, Señor mi Dios! –dijo–. ¡Soy muy joven, y no sé hablar!"

Pero el Señor no lo dejó. En cambio, puso su mano sobre la boca de Jeremías y le dijo:

–"He puesto en tu boca mis palabras".

Esto era una experiencia aún más maravillosa que la de Isaías cuando fue llamado. Pues aunque los labios de Isaías fueron tocados por "una brasa" del altar, los de Jeremías fueron tocados por el dedo de Dios.

Entonces, el Señor le dijo a este joven más bien vergonzoso:

–"Mira, hoy te doy autoridad sobre naciones y reinos, para arrancar y derribar, para destruir y demoler, para construir y plantar".

Jeremías no era hombre de derribar o destruir algo. Prefería una vida más pacífica. De cualquier manera, no le gustaba hablarle a la gente; era tímido y las multitudes le daban miedo.

Dios entendió. Pacientemente dijo:

–"No le temas a nadie –no había necesidad–. Hoy te he puesto como ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de bronce, contra todo el país, contra los reyes de Judá, contra sus autoridades y sus sacerdotes, y contra la gente del país. Pelearán contra ti, pero no te podrán vencer, porque yo estoy contigo para librarte, afirma el Señor".

¡Qué maravillosa promesa! ¿Qué otra cosa podría hacer Dios por este joven al que quería en su servicio? Él le quitaría todo temor, todo su sentimiento de debilidad, y convertiría sus cargadas espaldas en columnas de hierro. Haría que fuera como una ciudad con muros de acero, que ningún enemigo podría derribar. Y en los días más oscuros, Dios estaría con él para librarlo.

Jeremías aceptó este llamado, y llegó a ser uno de los mayores profetas de todos los tiempos.

Tal vez algún día Dios te llame a su servicio. Si esto ocurre, recuerda las promesas que le hizo a Jeremías. Permite que sus dedos toquen tus labios. Permite que sus palabras sean tus palabras. Y no te asustes de la gente. "No le temas a nadie", pues Dios estará siempre contigo para ayudarte y librarte.

La última oportunidad de Judá

(2 Crónicas 36:1-5; Jeremías 3:22 a 11:22)

SE le estaba acabando el tiempo a Judá y Jerusalén, pero el pueblo no se daba cuenta, ni les importaba. Después de la muerte de Josías, todo fue de mal en peor. Sus hijos no se parecían a él en nada. Ellos restauraron el culto a los ídolos, y se metieron en un problema tras otro.

Ni bien Joacaz llegó a ser rey, el faraón Necao lo destituyó e instaló en el trono a su hermano Joacim. Al mismo tiempo, el faraón demandó un tributo de cien talentos de plata [34 kilogramos] y un talento de oro [0,3 kilogramos].

Al imponer elevados impuestos sobre el pueblo, Joacim reunió el dinero. Pero terminaba de pagar a los egipcios cuando llegaron los babilonios. Estos saquearon parcialmente el templo y se llevaron una buena cantidad de príncipes cautivos, incluyendo a Daniel y sus amigos.

Durante esos días oscuros y terribles, Jeremías trató de llevar al rey y al pueblo el último llamado divino de arrepentimiento. La profundidad del amor de estos mensajes es algo que asombra.

La Última Oportunidad De Judá

"¡Vuélvanse, apóstatas, –rogaba con fervor en el nombre de Dios–, y los curaré de su infidelidad!" "Israel, si piensas volver, vuélvete a mí –afirma el Señor–. Si quitas de mi vista tus ídolos abominables... entonces 'en él serán benditas las naciones, y en él se gloriarán'".

Todavía había una oportunidad para que ellos evitaran ser llevados cautivos. Solamente necesitaban arrepentirse. "Jerusalén –exclamó el profeta–, limpia de maldad tu corazón para que seas salvada".

Si tan solo pudiera encontrarse un hombre honrado en la ciudad, dijo él, todos serían perdonados. "Recorran las calles de Jerusalén, observen con cuidado, busquen por las plazas. Si encuentran una sola persona que practique la justicia y busque la verdad, yo perdonaré a esta ciudad".

"Enmienden su conducta y sus acciones –volvió a rogar–, y yo los dejaré seguir viviendo en este país".

¡Con cuánta ternura habló Dios a esta gente que le había vuelto la espalda y le había desobedecido innumerables veces! ¡Cuánto debía amarlos para ofrecerles el perdón completo después de haberse manifestado tan malvados!

¿Escucharon? ¿Se detuvieron a considerar sus caminos? ¿Se arrepintieron? No, por cierto.

Cuando Dios les dijo: "Deténganse en los caminos y miren; pregunten por los senderos antiguos. Pregunten por el buen camino, y no se aparten de él. Así hallarán el descanso anhelado", ellos contestaron: "No lo seguiremos".

El pueblo había andado por tanto tiempo en sus malos caminos, que había llegado a gustarle más el mal que el bien. "¡Y mi pueblo tan campante!", se lamentaba el profeta. Ya no querían más ser buenos.

Cuando los sacerdotes, gobernantes y mercaderes ricos se rieron de él por su sencilla y anticuada predicación, Jeremías les dijo: "Así dice el Señor: 'Que no se gloríe el sabio de su sabiduría, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza. Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe de conocerme y de comprender que yo soy el Señor, que actúo en la tierra con amor, con derecho y justicia, pues es lo que a mí me agrada –afirma el Señor".

A medida que pasaron los días y los meses y nadie le prestaba atención, las advertencias de Jeremías se hacían más y más vigorosas.

"Pueblo de Israel, voy a traer contra ustedes una nación lejana, una nación fuerte y antigua, una nación cuyo idioma no conocen, cuyo lenguaje no entienden... Acabarán con tu co-

secha y tu alimento... matarán a tus rebaños y ganados... y destruirán tus viñas y tus higueras... Así como ustedes me han abandonado y en su propia tierra han servido a dioses extranjeros, así también en tierra extraña servirán a gente extranjera".

Nuevamente dijo: "Les enviaré una calamidad de la cual no podrán escapar". "Los jóvenes morirán a filo de espada, y sus hijos y sus hijas se morirán de hambre".

Pero nadie prestó atención a sus amonestaciones. Lo llamaron profeta de mal agüero, y decían que no sabía de qué hablaba. ¿No había estado en pie Jerusalén por centenares de años? ¿Y no seguiría quedando en pie por centenares de años más?

Con pesar, Jeremías les contestó: "Aun la cigüeña en el cielo conoce sus estaciones; la tórtola, la golondrina y la grulla saben cuándo deben emigrar. Pero mi pueblo no conoce las leyes del Señor".

Las cigüeñas, las tórtolas y las grullas, y muchas otras aves conocen el tiempo en que han de emigrar, y lo obedecen. Pero el pueblo de Dios, cegado por el pecado, no podía ver que la hora de su juicio había llegado.

Sacado de la cisterna

(Jeremías 20:1-9; 26:20-23; 36:1-23; 37:12 a 38:13)

DADO que Jeremías continuaba advirtiendo al pueblo acerca del juicio inminente, se metió en problemas con los líderes de Judá. Después de un sermón en que dijo que Jerusalén llegaría a estar "desolada y deshabitada" si no regresaba a Dios, fue arrestado y llevado delante de los líderes de la ciudad.

–"Este hombre debe ser condenado a muerte –dijeron los acusadores–, porque ha profetizado contra esta ciudad, tal como ustedes lo han escuchado con sus propios oídos".

Tan enojados estaban algunos de los sacerdotes y príncipes, que lo habrían matado allí mismo si unos pocos amigos poderosos no hubieran hablado en su favor. Otro profeta, Urías, que había dado exactamente el mismo mensaje, fue asesinado.

En otra ocasión, cuando Jeremías estaba predicando, Pasur, el sumo sacerdote y principal oficial del templo, lo golpeó y lo puso en el cepo, donde permaneció toda la noche. A la mañana siguiente, cuando se lo dejó en libertad, Jeremías le dijo a Pasur lo que había de ocurrirle:

–"Porque así dice el Señor –le informó–: Entregaré a todo Judá

en manos del rey de Babilonia, el cual los deportará a Babilonia o los matará a filo de espada... Y tú, Pasur, irás al cautiverio de Babilonia junto con toda tu familia. Allí morirás, y allí serás enterrado, con todos tus amigos, a quienes les profetizabas mentiras".

Como tenía tantas personas que se le oponían y que se reían de él, le resultaba difícil a veces a Jeremías continuar con su obra. "Todo el mundo se burla de mí–murmuró–; se ríen de mí todo el tiempo".

Más de una vez pensó en abandonar su tarea. "No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre", se dijo. Pero no lo pudo hacer. La palabra de Dios era como un fuego ardiente metido en sus huesos, y no podía quedar callado.

Pensando que si ponía por escrito todos los mensajes que Dios le había dado el pueblo haría mayor caso de ellos, los dictó a Baruc, que los escribió en un rollo. Entonces, pidió a Baruc que fuera y leyera el rollo en el templo. Algunos de los líderes se interesaron,

y le pidieron a Baruc que se los leyera en privado. Pero cuando el rey Joacim oyó hablar del rollo, mandó buscarlo. A medida que le terminaban de leer tres o cuatro columnas, "el rey las cortaba con un estilete de escriba y las echaba al fuego del brasero".

Después que Sedequías llegó al trono, Jeremías fue acusado de traición. Se lo apresó mientras abandonaba la ciudad con intención de ir a la tierra de Benjamín, pues el guarda pensó que iba a unirse con los babilonios.

–"¡Mentira, no voy a pasarme a los babilonios!" –dijo Jeremías.

Pero no lo escucharon. Fue castigado y puesto en prisión. Cuando el rey Sedequías oyó lo que había acontecido, mandó traer a Jeremías y le preguntó si había alguna nueva palabra de Dios. Sí, dijo el profeta:

–"Su Majestad será entregado en manos del rey de Babilonia".

Por esto fue mandado de vuelta a la cárcel. Pero aún así se

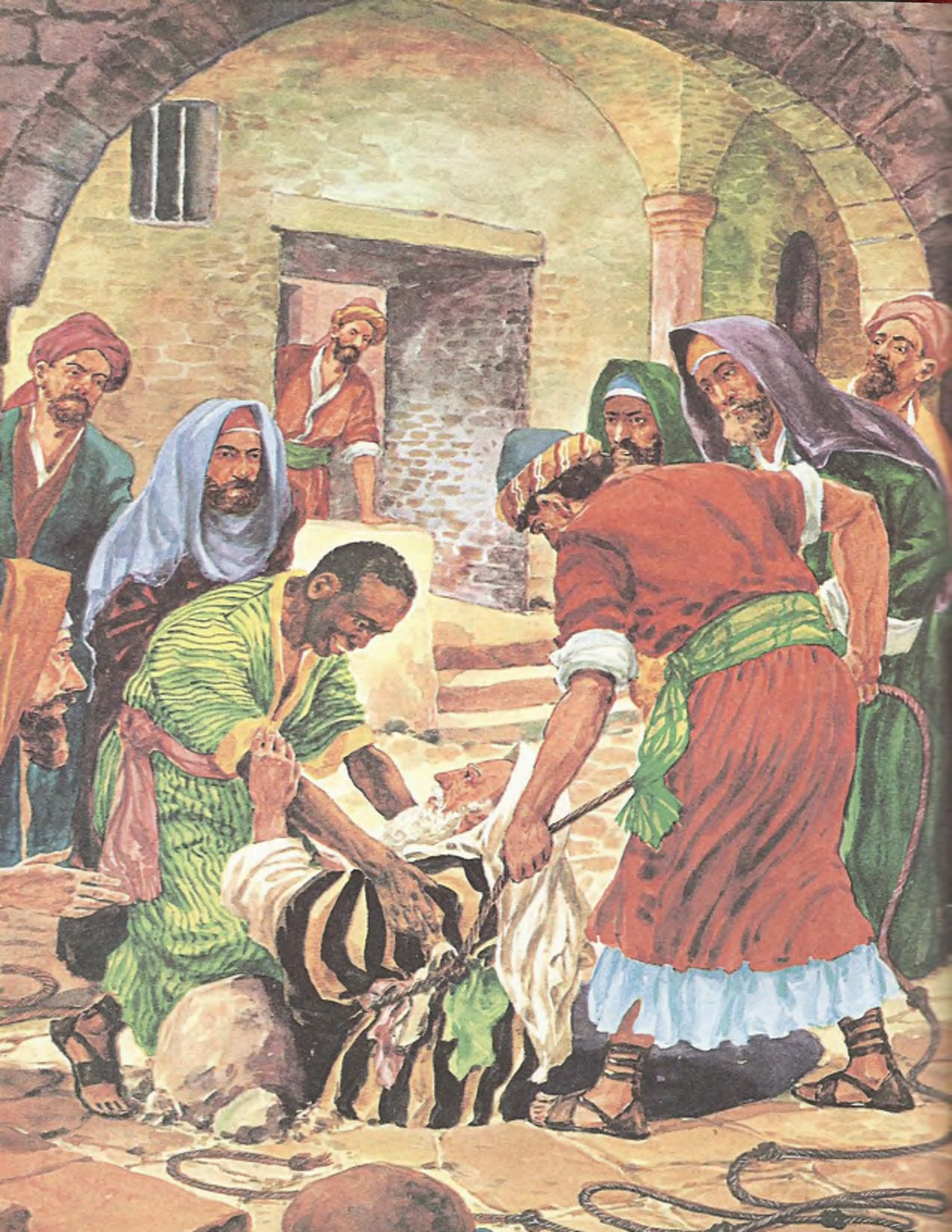
mantuvo dando el mismo mensaje: "Esta ciudad caerá en poder del ejército del rey de Babilonia, y será capturada".

Finalmente los príncipes no lo pudieron soportar más. Fueron a Sedequías y le dijeron:

–"Hay que matar a este hombre. Con semejantes discursos está desmoralizando a los soldados y a todo el pueblo que aún quedan en esta ciudad. Este hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia".

Sedequías les dijo que podían hacer lo que quisieran con él. De manera que "tomaron a Jeremías y, bajándolo con cuerdas, lo echaron en la cisterna del patio de la guardia". Debe haber sido muy profunda, porque necesitaron sogas para bajarlo. El fondo de ella era húmedo y barroso, y Jeremías "se hundió en él".

Era un lugar terrible para que cualquier persona fuera dejada sola a fin de ser castigada, y particularmente un hombre tan anciano, como Jeremías debía ser por ese entonces. ¡Cuán frío era! ¡Cuán cansador, sin ningún lugar donde sentarse o acostarse! ¡Cuán molesto, con sus pies sumergidos en el barro todo el tiempo! Cada



minuto debió haberle parecido una hora y cada hora una eternidad.

Solamente una persona en toda Jerusalén se preocupó del asunto, y ese fue Ebedmélec: No era un israelita, sino un etíope, un siervo de la corte del rey. Él quería al anciano profeta y sabía cuán buen hombre era.

Con valentía fue a ver al rey y le dijo cuánta injusticia se le había hecho a Jeremías.

–"Allí se morirá de hambre" –le dijo al monarca.

Entonces, pidió permiso para sacar al anciano del foso terrible.

Sedequías accedió, y le dijo a Ebedmélec que tomara consigo a tres hombres para ayudarlo. ¡Cuán gozoso se sintió Jeremías al ver el rostro bondadoso de aquel amado hombre de piel oscura que lo miraba desde arriba! Puedo oírlo diciendo:

–"Dios te bendiga, hijo, por venir a mi rescate".

El etíope descolgó la soga. Cuando Jeremías la alcanzó, vio que había una cantidad de ropa vieja atada a ella, y un par de zapatos.

–"Ponte en los sobacos estas ropas y trapos viejos –le dijo Ebedmélec–, para protegerte de las sogas".

¡Cuán considerado era! Jeremías lo hizo, y los hombres comenzaron a tirar de la cuerda. Por fin lo trajeron a la superficie, cubierto de barro, hambriento y temblando de frío, ¡pero cuán contento de estar de nuevo a la luz del sol!

No se nos dice lo que le ocurrió a Ebedmélec, aunque estoy seguro de que Dios debe haberlo bendecido por su bondad. En cuanto a Jeremías, fue conservado en la prisión de la corte, y estuvo allí "hasta el día en que Jerusalén fue capturada".

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Jeremías bendijo al etíope bueno que lo sacó de la fangosa cisterna convertida en calabozo, donde Sedequías lo había puesto por haber osado decirle que iba a ser vencido por Babilonia.

Jerusalén es capturada

(2 Reyes 24:8 a 25:21; 2 Crónicas 36:8-21)

SE cumplió todo lo que Jeremías profetizó contra Jerusalén. Tal como lo había dicho, los babilonios tomaron la ciudad y la destruyeron.

Primero habían venido en los días de Joacim, cuando apresaron a Daniel y a sus amigos, y se llevaron algunos de los tesoros del templo. Después de la muerte de Joacim, vinieron de nuevo durante el reinado de tres meses de Joaquín.

En esa ocasión se llevaron consigo al joven rey, "junto con su madre y sus funcionarios, generales y oficiales" a Babilonia, junto con "los tesoros del templo del Señor y del palacio real", tal como Isaías le había dicho a Ezequías que acontecería algún día.

En lugar de Joaquín, Nabucodonosor, rey de Babilonia, puso en el trono a Sedequías, tío de Joaquín, creyendo que le sería leal. Pero no lo fue. Después de unos pocos años se rebeló y los ejércitos de Nabucodonosor lo atacaron con gran furia.

Esta vez el sitio de Jerusalén duró dos años y medio. Mientras esto ocurría, se consumió todo el alimento de la ciudad.

"El hambre se agravó en la ciudad y no había más alimento para el pueblo".

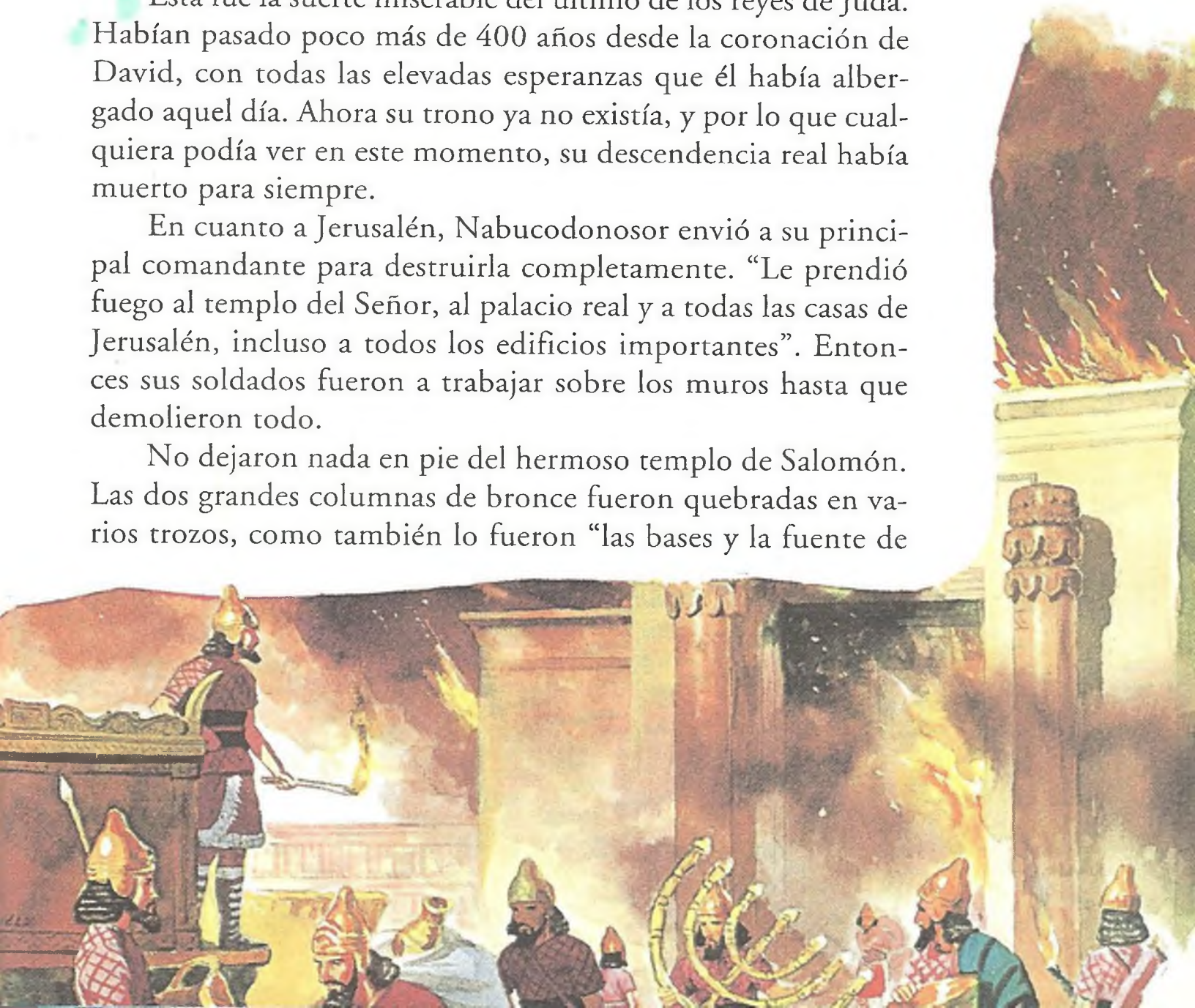
Por fin los babilonios rompieron las murallas. Viendo que ya no había esperanzas de resistir por más tiempo, "todo el ejército se escapó. Salieron de noche", y el rey con ellos. Llegaron hasta Jericó, pero los babilonios los apresaron allí.

Sedequías fue llevado ante Nabucodonosor, que ordenó que sus hijos fueran muertos delante de sus ojos. Entonces le quitaron a los ojos, y le pusieron "cadenas de bronce para llevarlo a Babilonia".

Esta fue la suerte miserable del último de los reyes de Judá. Habían pasado poco más de 400 años desde la coronación de David, con todas las elevadas esperanzas que él había albergado aquel día. Ahora su trono ya no existía, y por lo que cualquiera podía ver en este momento, su descendencia real había muerto para siempre.

En cuanto a Jerusalén, Nabucodonosor envió a su principal comandante para destruirla completamente. "Le prendió fuego al templo del Señor, al palacio real y a todas las casas de Jerusalén, incluso a todos los edificios importantes". Entonces sus soldados fueron a trabajar sobre los muros hasta que demolieron todo.

No dejaron nada en pie del hermoso templo de Salomón. Las dos grandes columnas de bronce fueron quebradas en varios trozos, como también lo fueron "las bases y la fuente de



bronce", y todo el metal fue llevado a Babilonia. No dejaron a nadie en la ciudad o cerca de ella, salvo unos muy pocos pobres. Todo el resto fue conducido en cautividad. "Así Judá fue desterrado y llevado cautivo".

¡Cuán triste, cuán terriblemente triste! Seguramente los ángeles deben haber llorado al pensar en todo lo que Dios había hecho por los hijos de Israel desde que él los sacó de Egipto: los maravillosos milagros del cruce del Mar Rojo y el Jordán, las victorias gloriosas de Josué, la sabiduría y la fama de Salomón.

¡Y ahora esto! ¡Qué fracaso! ¡Qué desilusión! ¡Qué pena!

¿Y qué diremos de las promesas que le fueron hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob? ¿Qué pasaría con la promesa hecha a Adán y Eva en el jardín del Edén? ¿Había fracasado para siempre el plan de Dios? ¿Había él perdido la batalla con el mal?

No. Por oscuro que fuera el panorama, todavía brillaba una estrella de esperanza. Aunque era tenue, se haría más y más brillante con el paso de los años.

Dios nunca puede ser derrotado. Lejos, más allá del desierto, en la vieja Babilonia, él había empezado a edificar de nuevo.

5

Elías permanece en la historia como uno de los más grandes profetas.

Los cuervos lo alimentaron durante una hambruna. Hizo descender fuego del cielo. Incluso resucitó a los muertos. Él le pasó su don a Elías, el profeta que sanó a Naamán de la lepra. Luego vinieron Isaías y Jeremías, que se enfrentaron valientemente a los reyes malvados. El tomo 5 tiene la más completa colección de historias de los profetas que puedas encontrar en alguna parte; excepto en la Biblia.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson